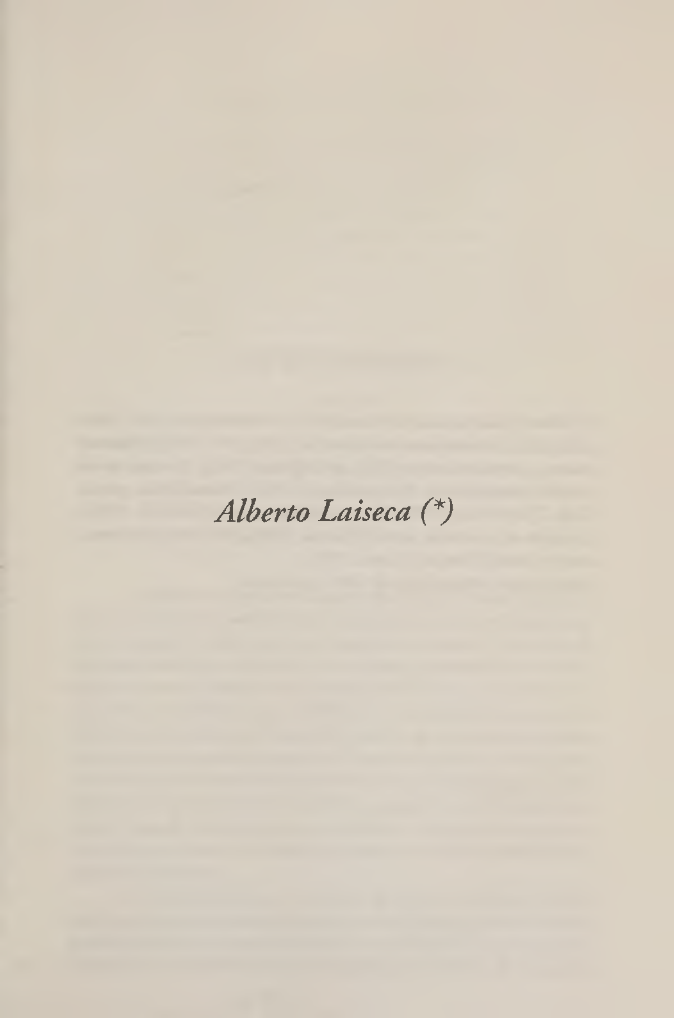
# SACAMOS A PASEAR AL MONSTRUO

Alberto Laiseca - Edgardo González Amer
Gloria Pampillo - Raúl Brasca
Cristina Fernández Barragán - Silvia Silberstein

Santos Dumont 4458 (1427) Bs. As. Argentina
ISBN 950-777-012-7
Impreso y hecho en Argentina
Hecho el depósito que prevé la Ley 11.723



# *Alberto Laiseca (*)*

(*) Alberto Laiseca nació en Rosario el 11 de febrero de 1941. Tiene publicados: *Su turno para morir*, novela (Corregidor, 1976); *Matando enanos a garrotazos*, cuentos (Edit. de Belgrano, 1982); *Aventuras de un novelista atonal*, novela (Sudamericana, 1982); *Poemas chinos*, poesía (Edic. Tierra Firme, 1987); *La hija de Kheops*, novela (EMECE, 1989); *La mujer en la muralla*, novela (Planeta, 1990); *Por favor ¡plágienme!*, ensayo (Beatriz Viterbo Editora, 1991).
Ganó la beca Guggenheim de 1991 en Ficción.

# *JACK EL OLVIDADOR*

La policía de Inglaterra, desconcertadísima. Un maniático anda suelto en Yorkshire, condado éste donde pululan mujeres epicúreas y concupiscentes. Constantemente atragantado, inquieto y trémulo, el chiflado trastabilla por las calles, mirando severo a una chica, hablando rígido con otra. Distraído cual anacoreta se tortura a sabiendas con ascetismos, mortificaciones y penitencias. Falsa templanza, pues, en la intimidad de su corazón. Con la fealdad de un puritano implacable, exige respeto por sus duros ángulos. Tieso, el muy solemne, se acongoja si una mujer no se conmueve con sus silencios y paredes blancas. Toma a las chicas y olvida sus pieles, sus vientres, sus cuellos. Las olvida de oreja a oreja. Cuando las tiene a su merced se distrae y abandona. Luego huye ensimismado, el inatento, pisando con descuido, en medio de londinenses nieblas de Nirvana.

Un famoso profesor, experto en proyectiles balísticos y física teórico-práctica, fue confundido con Jack el Distraído pues la semana pasada se olvidó a su mujer en el cine. La policía pudo, a duras penas, rescatarlo de la multitud furiosa que pretendía lincharlo. El científico

permaneció demorado varias horas en Scotland Yard hasta que pudo aclarar su situación.

El Yorkning Post ofreció una recompensa de 20.000 libras esterlinas moneda británica del Reino, a quien aporte datos que conduzcan a la detención del Olvidador, pero, hasta el momento, el misterioso lunático sigue haciendo de las suyas.

El pasado miércoles, una bulliciosa manifestación de quinientas enfurecidas mujeres apedreó las ventanas del matutino Cocodriling Post. Esta protesta tiene como origen una de las tiras cómicas del citado periódico donde se narran las aventuras de un distraído personaje.

Según las activistas, "son infames chistes como ése los que estimulan la aparición de olvidadores. Así la vida pasa. Cuando quiera acordarse de nosotras, el Olvidador ya será viejo y estará frito. ¿Qué tal señor Jack, quienquiera que sea y esté donde esté?¿Qué tal esas arruguitas y patas de gallo?"

Declaraciones de Glenda Bradford, la primera víctima. "Le pedí fuego. Al principio no me escuchó pues iba distraído. Eso debió alertarme, pero ....¡soy tan estúpida!. Tuve que repetirle mi pedido. Presa de la mayor confusión -quién sabe qué ensueño delicioso había yo interrumpido- manoteó por sus fósforos. Abrió la cajita con tanta violencia que varias cerillas cayeron al pavimento. Quedé helada ante esa falta de respeto por la realidad material. Ya furiosa pregunté: «Dígame, ¿es un ermitaño usted?» «¿Ermitaño?, ¡de ninguna manera! ¿Por qué lo dice?». «Por nada. Déme fuego».

"Casi se agachó para recoger los fósforos. Tuvo el tiento de no hacerlo, pero no el suficiente como para evitar que yo me percatase de su duda. Cuando finalmente logró encender uno, luego de dos o tres nerviosos actos fallidos, casi me prendió el cigarrillo por la mitad. «Cuidado, ¿qué hace?», exclamé. Yo ya llevaba cinco terribles minutos, por lo menos, preguntándome qué hacía allí, qué inercia viciosa me retenía y por cuál razón aún no me había mandado a mudar. Habiendo tantas personas en el condado tenía que abordar justo a ese tipo. Lo describiré para que a otra no le pase lo mismo. No muy alto, teniendo en cuenta que es inglés: un metro con ochenta. Rubio, pómulos salientes, manos peludas -de troglodita-, cejas negras y muy pobladas. Vestiría correctamente si no fuera porque se olvida de ponerse algunas cosas y de planchar otras."

Declaraciones de Maureen Preston. "Había oído hablar del Olvidador, por supuesto, pero una nunca piensa que le va a tocar. Lo primero que hizo fue empezar a contarme chistes herméticos: «'El rostro vacío del niño consultó la ventana vacía'. *Ulises.* Joyce». «¿Cómo dijo?», pregunté muy confundida. Pensando que el estilo tenía la culpa de que yo no entendiese su chiste excelente, me lo repitió con variación: «'El niño, con su mirada vacía, consultó la ventana vacía'. *Ulises.* Joyce. Digo, porque yo ahora, frente a usted, soy como ese niño de mirada vacía que la está mirando. Usted es mi ventana. *Ulises.* Joyce.»

"Con seguridad, decir que yo era *su* ventana, le debió parecer altamente seductor. Me pregunté si estaba ante un oligofrénico. Muy conmovedor, sin duda, el hecho de compararme a una ventana vacía. Pero lo más increíble era la forma como repetía una vez y otra la última frase: «*Ulises.* Joyce»; con un tono eléctrico, festivo, buscando complicidad: como ante una maravilla regia. Me había encontrado con el idiota patrón del cuento, el de iridio y platino que está guardado en París.

"Luego de varios intentos por interesarme en las pinturas de Altamira y su influencia en la arquitectura, particularmente en el gótico radiante -su tesis-, quedó mudo. Con los ojos clavados en mi boca.

"Yo ya me iba. Entonces, a unos tres metros de mí, parloteó (sin duda para asegurarse de que volviera a conversar con él la próxima vez): «'Mujeres, dijo el penado alto'. *Las palmeras.* Faulkner».

"Hasta el día de hoy ignoro por qué no le pregunté lo que me salía del corazón: «Dígame, ¿usted siempre fue así?, ¿había degenerados en su familia?».

"Debí darme cuenta. Estaba ante Jack, el Olvidador de Yorkshire."

Así las cosas, una extraña carta llegó al despacho de Teddy O'Connor Dowding, jefe de policía de Leeds (la pieza postal tardó un tiempo increíble en llegar pues el remitente había olvidado poner la estampilla y parte de la dirección).

"Mi próxima distracción la cometeré en Halifax. Hay muchas mujeres hermosas allí, hermosas y vitales. Elegiré la más linda, la que más me guste y pensaré en cualquier otra cosa. Para no caer en tentaciones llevaré un diario. El Cocodriling Post, por ejemplo. En el momento adecuado leeré alguna idiotez. Las cosas que se dicen sobre mí, quizá.

Suyo afectísimo, el Olvidador."

Indignado ante tal desmesurada soberbia y cinismo, el jefe de policía declaró: "No descansaré un solo minuto, ni de día ni de noche, hasta atraparlo. Ya caerá ese maldito fanfarrón. No vive y además se jacta. Se pavonea, el megalomaníaco pisto. The *living police* aplastará sus ínfulas atufadas, humos y moños. ¿Endiosa su silla de ruedas mentales? Pues bien: dejen nomás que yo le eche una mano".

Este raro lenguaje parapolicial debemos atribuirlo, sin duda, al abatimiento que sufría Teddy O'Connor Dowding durante esos días. Pero sus bellas frases habrían de ser aniquiladas poco después mediante una nueva andanada de sofismas descargada por el Olvidador. En efecto, algunos días más tarde, O'Connor Dowding recibió una cinta magnética.

"Yo soy Jack, el Olvidador. ¿Cómo estás Teddy? Encantado de hablar contigo, viejo. No lo tomes como algo personal, Teddy, pero la verdad es que has sido bastante tonto.

"Te tomaste demasiado en serio mi última carta. Largaste a tus mujeres policías a patrullar Halifax. Tonto de ti, Teddy, viejo. Ellas paseaban con sus escotes mostrando abundancias no victorianas. Esta vez casi me agarraron, lo confieso. Sabía que era una trampa pero igual estuve por acercarme a una de esas chicas. Resistí la tentación. Luego me sentí muy culpable por rechazar la vida, mientras los años se acercan amenazando con deslomarme. Si hay algo que me encanta es sentirme culpable, Teddy. Ya ves. Por ese lado no va. Tu plan no resulta. Lo tengo todo bajo control.

"Ignoro dónde cometeré mi próxima distracción. Tal vez en una fiesta, en la cual alguna mujer podría hacerme feliz si estuviese atento. Creo que en julio llegaré tarde a una cita en Preston. Las mujeres no aprenden, Teddy, son dadoras de segundas y terceras oportunidades. Como la vida. ¿Para qué pierden el tiempo con un tipo como yo, que con sus masoquismos tiene bastante?.

"Hasta la próxima, Teddy. Con afecto, Jack el Olvidador."

Carta recibida por el Yorkning Post: "Sr. Director: a través de los periódicos he sabido de la existencia de un distraído llamado el Olvidador de Yorkshire. Como este maniático envió su voz grabada en una cinta, se me ocurrió un plan para atraparlo. Usted sabe que la voz humana es como una impresión digital. Ahora bien, ese registro puede brindarse como dato a una máquina electrónica. Dicha máquina, luego,

con el registro de la voz del *asesino de la atención* en el banco de memorias, servirá para detenerlo. Si logramos que hable frente a ella, y el mecanismo está preparado, se encenderá una luz roja en un comando, lo cual hará que Jack sea detectado. Sabremos que es él, con toda certeza.

"Cuento con la vanidad del maniático. Por otro lado, él quiere que lo agarren de una buena vez. Es el primero en desear que no continúe toda esta locura. El Yorkning Post puede organizar una suerte de falsa campaña: '¿Por qué olvida el Olvidador?, ¿Qué clase de vida hará?, ¿Qué sugerencia tiene usted para cazarlo? Premiaremos la mejor historia. No aceptamos correspondencia. Venga a discutir sus ideas con nosotros'. Algo por el estilo. De acuerdo con las declaraciones de las víctimas, podemos deducir que este personaje es escritor. Pero uno muy especial, cuyo arte, en lugar de contribuir a la vida, la destruye. Lo más probable es que haya escrito incontables libros. Novelas larguísimas en varios tomos; como se dice: 'pura literatura'. Es un dato. Como el Olvidador está lleno de vanidad -prueba de ello son las cartas y cinta magnética que envió a Teddy O'Connor Dowding, el jefe de policía- y además es un frívolo (como todos los herméticos) pienso que no resistirá la tentación de contar su propia historia. Se dirá: 'No sólo no pueden atraparme sino que, incluso, ganaré algún dinero presentando la mejor hipótesis sobre el Olvidador'. El problema es que a lo mejor planea ir y después se olvida. No sé, ¿a usted qué le parece?

"Lo saluda con respeto Oscar Fingaal O'Flaherthy Wills; lord Wooton."

No sabemos cuál será el final de esta historia. Hasta el momento de terminar mi artículo, los hechos son los siguientes: Glenda Bradford, Maureen Preston, Olivia Jackson, Josephin Mac Intosh, Wilma Richardson, Vera Clarence y Joan Hill. La lista sigue creciendo.

# *LOS SANTOS*

En aquella ciudad sólo estaban autorizados a residir los santos. Por una extraña misericordia del Gobierno de ese país, todos los hombres en estado de santidad podían habitar en el mencionado sitio -beca estatal mediante- y dedicarse a su tarea específica.

No era obligatorio haber nacido en la nación para gozar de tal beneficio. El Gobierno, a través de sus embajadas dispersas por el mundo, pagaba el viaje a los extranjeros que lo desearan.

Se calificó de misericordiosa la obra del Gobierno; pero quién sabe: tal vez fuera un helado acto implacable, pues muchas acciones que se creen bondades o clemencias sólo son resultantes de una crueldad tan terrible como sólo el hombre puede llegar a tener, en tanto que la naturaleza, aparentemente inexorable y despiadada, suele ser magnánima -mucho más de lo que el ser humano imagina y merece-.

Hubo quienes se dedicaron con exclusividad a rezar (a la divinidad que fuera: Buda, Cristo o la planta Tulasi; al Estado le era indiferente). Abundaban los ascetas de todo tipo: yoguis, monjes de sectas extrañísimas, etc. Durante treinta y dos años cuatro hombres

vivieron en lo alto de sendos postes. La comida les era subida en cestas, por los discípulos, mediante cuerdas.

La adoración de la planta Tulasi, a la que se hizo referencia y que practicaban muchos miembros de la ciudad de los santos, consiste en lo siguiente: un hindú toma un puñado de tierra donde previamente introdujo una semilla de dicha planta. Aferra bien los terrones con el puño y lo ata con géneros para que no pueda abrirse en un descuido. Se sienta en el pasto y de allí ya no se mueve en lo que le resta de vida. Con un vaso riega la semilla encerrada en su mano y queda inmóvil, con el brazo extendido, esperando que la planta nazca. Así horas y horas, días y días, años y años. Un discípulo se encarga de traerle alimentos.

Con el paso del tiempo la semilla echa un brote y raíces. Empieza a crecer e invade la mano -rodea, penetra- y parte del brazo. El organismo del hombre se defiende secando la extremidad, que luego será parte del vegetal. Las raíces crecen, poderosas, bajan hasta la tierra y se hunden en ella. Con los años llega a transformarse en una planta inmensa. El hombre sigue vivo y a su sombra, incrustado, orándole.

Durante varios años residió en la ciudad un literato que se dedicó a escribir su obra única: la novela atonal. No había en ésta argumento ni ilación del tipo que fuera. Resultaba muy semejante a las construcciones de Arnold Schoemberg. Tocaba en ella, mediante escritura discontinua, todos los temas humanos y divinos: magia, teología, gramática, distintos idiomas, historia, geografía, música, pintura, etc.; era una suerte de compendio enciclopédico-poético, y a la vez incomprensible, de todo el saber humano. Había escritas ya, a máquina, cinco mil páginas. Consideraría terminado su trabajo cuando llegara al millón.

Otro escritor se consagró a *Las torturas y los goces;* tal el título del libro, fruto de su invención. Estaba dividido en dos columnas. Para cada tortura buscaba un gozo, equivalente en intensidad, que sirviera de contrapeso. Los dos platillos de la balanza. Cuando le faltaban datos sobre suplicios reales, los inventaba. Igual era el procedimiento con los placeres.

Debemos mencionar a un recopilador de hechos insólitos. Estaban destinados a figurar en su obra absolutamente todos los raros e increíbles sucesos que en el mundo han sido. Luego de media docena de lustros (comienzo del camino) reunió tres tomos de materiales, cada uno extenso como la *Biblia.* Nada más que la especialidad *Muertes extrañas* abarcaría dieciséis volúmenes según calculaba.

Una parte de la población dedicábase a la magia por la magia misma, sin intenciones de aplicarla jamás. Era su propósito acumular el mayor poder posible, y ser capaces de efectuar los más grandes milagros; pero como una cosa cerrada, en sí misma. Llegaban a la muerte con total, definitivo renunciamiento a la acción.

Teníamos allí a los buscadores de la piedra filosofal y a los de la cuadratura del círculo (aun sabiendo de antemano que ésta no existe, y sin importarles tal hecho).

Otros hombres aplicábanse al aprendizaje de todos los idiomas de la Tierra (incluyendo dialectos africanos y chinos). No sólo lenguas vivas sino también las muertas, tales como el egipcio, el etrusco y el babilónico.

Un habitante se propuso leer exclusivamente enciclopedias: toda la Británica y los cien tomos de la Espasa Calpe. Suponiendo que alguna vez terminara, en el acto empezaría a leerlas de nuevo. Tomar notas, escribir memorias, construir archivos (todo relacionado con lo mismo) era su tarea suplementaria.

La ciudad de los santos estaba custodiada por un guardián, encargado del cumplimiento de las reglas dadas por el Gobierno. En cierta ocasión llegó un visitante extranjero ante el cuidador, para que éste lo interiorizara en la vida y actividad de tan extraños ciudadanos.

Dijo el hombre de armas al recién llegado : "Podrá ver aquí a un joven que está a punto de recibirse de médico. Luego se especializará en psiquiatría, psicología y psicoanálisis. Para cuando haya terminado esta primera parte se propone entrar en ingeniería electrónica. Ya recibido ha de seguir con abogacía, agronomía, veterinaria, etc. Toda una vida dedicada al estudio.

"Hay un ciudadano que consagró su existencia a levantar la Gran Muralla china. El solo, sin ayuda. Lo único que hace el Superior Gobierno es llevarle los ladrillos, la arena, la cal y el cemento hasta el campo donde la construye. Los trabajos están bastante avanzados: la Muralla es tan alta y ancha como la verdadera. Cuenta con torres de vigilancia, refugios para los inexistentes guardias, etc.. Ya tiene doscientos metros de largo. Para completarla faltan sólo tres mil kilómetros.

"Tenemos también al constructor de los Jardines Colgantes, y al de los muros de Babilonia.

"Si tiene un poco de paciencia le mostraré al hombre que edifica

la Gran Pirámide, con todos sus corredores, pasadizos secretos, Cámara del Rey, Cámara de la Reina, etc.. Como una persona no puede mover bloques de piedra tan pesados, él utiliza ladrillos. Hace diez años que se aplica: va por el equivalente a la cuarta hilada.

"Noto una diferencia con los constructores del pasado. Ellos eran muchos y terminaron sus trabajos. Estos, en cambio, actúan solos y saben de antemano que la tarea jamás será finalizada.

"Un hombre intenta aprender de memoria las tabla de logaritmos. Y no se vaya a pensar que es uno de esos seres humanos con retentiva fuera de lo común. Muy lejos de ello: le cuesta muchísimo aprender.Luego que ha logrado memorizar una parte la tiene que repasar de continuo. Cada tanto avanza otro poco. A veces sufre surmenage y debe parar sus estudios por un año o cosa así. Se fortalece con vitaminas e inyecciones y retoma su trabajo. Cuando lo hace, como es natural, lo ha olvidado todo y no le queda otro remedio que empezar nuevamente.

"Lo que une a estos santos, lo que todos tienen en común, es la voluntad de servir hasta más allá del deber, hasta la inmolación. La vocación de servicio por el servicio mismo, sin patria ni causa ni razón terrenal alguna que la justifique. Todos ellos han caído en una de las tentaciones más difíciles de reprimir: la abdicación, hasta sus últimas consecuencias, de todo rasgo humano.

"Desde hace veinte años alguien recopila cuanto acto de amor físico ha existido: lujurias de Mesalina, bacanales romanas, las aventuras de Paulina Bonaparte, Sade, Don Juan Tenorio (Casanova), etc.. El mismo jamás durmió con una mujer y no piensa hacerlo. Morirá virgen. Hay otro que se limita a escuchar música: todos los discos (de pasta y *long play*) que se hayan grabado en el mundo, más todas las cintas magnéticas con música electrónica, concreta, experimental. Cuando lo haya oído todo, recién dará su tarea por terminada."

"¿Y cuáles son los propósitos del Gobierno para con esta gente?"

"Nadie lo sabe. Ni siquiera yo, que soy el guardián. Tal vez maquine reunirlos a todos para luego matarlos arrojando una bomba atómica. No dejaría de ser una pena, pues entre ellos existen mentes prodigiosas, verdaderos sabios. O quizá me equivoque y las intenciones del Estado sean opuestas a las que imagino. Tal vez ellos (quienes mandan) estén de acuerdo con lo que aquí se hace. Los habitantes de esta ciudad se encuentran en el límite de lo que puede llegar a ser el

hombre. Más allá: la nada, con todos sus abismos. O ellos son el abismo, mejor dicho. Aunque no quiero tomar partido. Son indudablemente santos; pero santos de verdad: lo digo sin ironía. Resultan más peligrosos que la dinamita, las armas nucleares y bacteriológicas y la guerra de gases. Todos juntos pueden destruir la Tierra con facilidad. Es como acumular plutonio: tarde o temprano se alcanza la masa crítica. Muchas veces me pregunto por qué ( o para qué) el Gobierno los agrupa.

"Pero, en fin, prosigo informándolo: contamos con una multitud de ayunadores. Entre los que no lo son hay sin embargo gente que ni siquiera come vegetales. Sostienen: "los vegetarianos son unos asesinos tan grandes como los que devoran vacas". Ellos no matan cosa alguna viviente. Caminan muy poco por miedo a pisar un insecto. Cuando no tienen más remedio que moverse, lo hacen tomando miles de precauciones. Van abriéndose camino con grandes escobas, con las que barren. Sin ellas no se atreverían a dar un paso. Se alimentan de raíces de árboles caídos, pasto seco y otros restos. Como ingieren sólo lo muerto se encuentran en avanzado estado de desnutrición... y contradicción (cada vez que las defensas automáticas de sus cuerpos eliminan millones de microbios, en su esfuerzo por mantenerlos con vida). Si dejan las cosas como están, la carnicería de microbios continúa. Si se suicidan, matan un ser vivo.

"Hay un hombre que hace cuarenta años se propuso escribir todos los números: 0,1,2,3,4, etc.., hasta el infinito. Ya lleva ochenta gordos tomos. Forma una biblioteca con eso.

"Otro está fabricando un diccionario, sin consultar los ya existentes y sacándolo de sí mismo. Procede como si ese instrumento - para crear el cual trabajaron miles de hombres - aún no se hubiera inventado. Tiene largas listas de palabras y procede a ordenarlas. Cada tanto verifica si alguna no está repetida. Es un trabajo infernal y, como todos los que se realizan en esta ciudad, para toda la vida.

"No podía faltar un matrimonio, que vive en extrema pobreza pese a recibir bastante dinero de los dirigentes. Se privan de alimentos, visten harapos, no tienen hijos ni reparan la casa -que se viene abajo- para no gastar. Destinan hasta la última pelucona a la compra de dinamita. Son jóvenes. Cuando dentro de cincuenta años hayan juntado suficiente explosivo, lo harán detonar en un erial. Su objetivo es alcanzar a reunir el equivalente a una bomba de hidrógeno.

"Aquí también tenemos a uno de los más interesantes personajes: un hacedor de desiertos. Yo diría que su tarea es muy simbólica. Trabaja como un esclavo carpiendo grandes extensiones de terreno, desde que amanece hasta las primeras sombras del ocaso. Destruye la maleza pero también las flores. Por otro lado, no se propone desarraigar las plantas como paso previo a la siembra. Hiere a conciencia y en profundidad, tratando de eliminar hasta la última semilla. Si encuentra un árbol inmenso, lo arranca. Si tropieza con una plantación de maíz o trigo, deja ese sitio como si lo hubiese atacado una gigantesca langosta con pecho de hierro y rostro humano. Los colonos perjudicados odian al carpidor. Se asegura que el Gobierno los indemniza; no sé si ello es verdad, pero aunque así fuera igual abominarían de él pues aman a sus plantas.

"En quince años transformó en baldío una extensión de cuatrocientos metros de ancho por un kilómetro de largo. Su objetivo es dejar estéril toda la Tierra.

"Constantemente se ve obligado a efectuar patrullajes sobre lo ya removido, pues, las semillas transportadas por los pájaros y el viento, vuelven -con una convicción tan fuerte que ni siquiera es un desafío- a cubrir todo de verde."

Poco a poco, el guardián y el extranjero habían ido acercándose hasta un siniestro páramo, iluminado por fosforescencias violetas. En lontananza podía verse a un hombre destruyendo plantas. El guardián no le prestó atención. Dijo en cambio, mirando un punto de aquella tundra de artificio:

"Yo le aseguro que llenar una biblioteca con números o construir la Gran Muralla china es un estímulo difícil de resistir. El error consiste en tomar a estos hombres como excepciones. Es tarea común a los humanos, sólo que tales trabajos por lo general son parciales e invisibles. Le hablé de lo poderoso de la tentación. Aun así dominarla no resulta irrealizable: basta con rechazar el espejismo desértico para que la arena deje de crecer a costa de la tierra. Sin trabajo interior el hombre se convierte en santo automáticamente. No porque esto sea lo natural, sino a causa de que hoy el mundo está lleno de incentivos y catalizadores en esa dirección. A veces desearía que los megatones nos borrasen del mapa. Son momentos de cansancio, cuando el Anti-ser logra tomarme por sorpresa. Demasiado bien sé que éste es también un deseo beato, de esos que canonizan al instante y, en realidad, la propuesta final.

"Es muy raro, casi imposible, pero a veces sucede que un venerable, ya harto, abandona la ciudad sin propósito de enmienda, busca una mujer y siembra el suelo. Son los que aún no alcanzaron a superar los diez años de santidad, pues a medida que se sobrepasa tal período la ruptura es cada vez más improbable; luego de ese lapso, en el cerebro humano tiene lugar un extraño fenómeno parecido a las cifras que se repiten en una división inexacta. Yo lo llamaría el umbral del número plúmbeo, para diferenciarlo del áureo. Pero también están los otros, como le dije: los que desisten. Puede tratarse por ejemplo de un atonalista, de un asceta carnal, de un orante, de un estudioso de idiomas o de quien acapara carreras universitarias. Tal vez cierto día deje la ciudad el buscador de la piedra filosofal o el de la cuadratura del círculo. Hasta el que construye diccionarios quizá tenga salvación. En tanto que jamás, nunca, podrán irse aquellos que atentaron contra la tierra. El carpidor -ello es absolutamente seguro- permanecerá con nosotros para siempre."

## *EL SUPERHOMBRE PUNK DE NIETZSCHE*

(más vale Nietzsche en mano que cien volando)

"Ahora que ya no hay nada viene de todo." (Profesor Federico Chopus; premio Nobel de Literatura, 1999.)

Pese a los brillantes adelantos de la Tecnocracia, tanto en materia edilicia como en lo referido a bienestar social, había muchos que insistían en seguir viviendo en el cementerio. Y resultaba lógico: ningún lugar era más barato y tranquilo. Bien podía decirse que la necrópolis fue el Barrio Latino de la capital tecnócrata. Allí transcurrían sus existencias los fronterizos, los poetas y los orgiastas. El derecho de cada uno a irse a vivir al camposanto se respetaba escrupulosamente en aquel país.

La Carabela era el principal de los cementerios de Monitoria, la capital de Tecnocracia, y el más concurrido. Al atardecer empezaba la festichola. Las águilas funerarias de los monumentos, de alas plegadas, marcaban largas sombras. Parecían Dioses cansados que, luego de arduo trabajo, sólo se permitieran disciplinadamente esos bloqueos de luz como única manifestación física de agotamiento. Se observaban planchas de tierra con trincheras de cipreses a ambos lados. Dentro de un macizo de árboles -entre tumbas colosales y estatuas monstruosas- que se encontraba situado a la derecha del camino, borboteaban reflejos

sangrientos. Eran los destellos de una enorme fogata que alguien había encendido. Se escuchaban, desde ese lugar, ruidos y gritos horrísonos. El titánico grupo de vegetales, con hoguera como centro y corazón, recordaba a una especie de Hiperbórea verde y escarlata. Pero el cazador de fantasmas se hubiese llevado un chasco, pues al llegar al claro de la espesura funeraria y divisar las cosas que se movían alrededor de las llamas de tres metros de altura, hubiera comprobado con horror que no se trataba de muertos resucitados, como esperaba, sino de hombres y mujeres bailando y que se refocilaban entre vodkas y canciones rusas.

Muchos bardos tenían la costumbre de dormir en el fondo de las criptas. Alumbrados por velas escuchaban discos con sus amigos, unos a otros se leían sus trabajos, etc.. Entre ellos estaba el escritor Camilo Aldao Iseka, quien se hizo famoso por su poema reventado: *Nena, ¿por qué no querés venir conmigo al cementerio?*

Por cierto, pese a que hacía rato que ellas estaban instaladas en ese lugar, negábanse a curtir con él de la manera más firme y terminante. Decían: "Este pibe me gasta. Su poesía mata pero él es un seis. No me interesa su dibujo. Yo estoy en otra película. Sus transas siempre terminan en pálidas. Estás curtiendo lo más bien, sin mala onda, y de repente se pone el cucuruchito maléfico de sombrero. Siempre en órbita pero mal, ¿viste?, con mano negueta. No es que yo lo quiera mandar al pozo, ahí donde hace frío, pero es que larga átomos de seis. Es la antigloria. Como el culo de la vaca o jamón de chancho gigante supercerdo. Su viaje me parece una pirueta absurda. Polifétido con 500 megaciclos por segundo".

Así hablaban muchas de ellas, aunque no todas; porque como bien dijo Dostoiewski: "No existe hombre que sea tan malo o tan feo, que no encuentre por lo menos una mujer que lo quiera". Por eso nunca faltaba alguna que, de última, se le unía: *¡Liebe macht blind!* (¡El amor es ciego!"). Lo que le dio justa fama, diré por otra parte, no fue el referido poema sino su novela en 14 tomos titulada *El pterodáctilo se comió la manteca.*

A veces los artistas borrachos salían por entre las tumbas, en procesión de antorchas, con el propósito de hacer toda clase de barbaridades. Rompían los vidrios, rajaban las lápidas, dejaban los techos de los mausoleos llenos de trastos, se jugaban las mujeres a las cartas, etc.. Andaban en moto sobre los canteros, caracoleaban por entre

los cipreses y perdía aquel que se rompía la crisma. Después se arrepentían y ayudaban al cuidador a limpiar las inmundicias, pegar las cosas, revocar las paredes de los panteones, y los escultores dejaban como nuevas a las águilas de alas plegadas y estatuas yacentes. En realidad fundían tanto los níqueles estos poetas, que era un milagro que el Monitor -que así se llamaba el súper de los tecnócratas -no llamase a sus ejércitos acantonados en Nubia para exterminarlos.

Paralelepipedinsky era el más grande de todos los músicos de la Tecnocracia. Existía desde muchos años atrás un aparato llamado pirófono, dotado de innumerables tubos de vidrio, los cuales le daban el aspecto de un órgano. Se basaba en los efectos sonoros que provoca el fuego al pasar por cilindros de distinto largo, diámetro y espesor. Tal máquina, por razones que Paralelepipedinsky no podía comprender, jamás había salido de los gabinetes de física donde los profesores, con fines didácticos, experimentaban con ella ante sus alumnos. El sería, pues, el primero en utilizarla en el reino de la música. Construyó, como cabía esperar de un tecnócrata, un órgano enorme con tubos que iban desde los dos metros de largo hasta los veinticinco. Invitado por los bohemios decidió dar un recital de rock *punk* en el cementerio de la Carabela. Allí estrenaría su aparato.

La noche del concierto, Paralelepipedinsky apareció conduciendo su pirófono, al cual había dotado de motorización orugada, como la de los tanques, única forma de contrarrestar el enorme peso. Una bulliciosa multitud saludó su aparición alborozadamente con gritos escandalosos, silbidos y desnudeces. Las chicas *punk* tenían pelos de colores naturales pero *les deux mamelle* (las dos ... pechugas, como quien dice) pintadas de violeta, naranja, fucsia o amarillo glotón. Otras, recatadas, habían cubierto sus pechos con blusas de seda, con flecos, pero mostraban verdes culastros a través de agujeros circulares practicados en los pantalones. Ellos, por su parte, protegieron sus cabezas con cascos de acero sobrantes de guerra, llenos de dibujos con símbolos tecnócratas e inscripciones obscenas. Ello contrastaba con el pelo corto y la indumentaria convencional (trajes de casimir donde ni siquiera faltaba la corbata y el chaleco).

Paralelepipedinsky encendió la caldera del pirófono y efectuó algunas pruebas. Ya con los tubos calientes comenzó a tocar aquella música extraña, contradictoria, triste, agresiva, nihilista, feroz y, al

propio tiempo, llena de esperanzas que es el *punk*. El fuego, al principio, formaba cilindros de diferentes alturas, color anaranjado maíz. De pronto, con una convulsión, aparecieron los rojos, brillantes y en vivas densidades. Ese cromatismo variaba desde la tonalidad del amanecer hasta la del ocaso, con penachos triunfantes pese a su derrota. Reverberaban como la nieve, parecían sufrir viraje a través de grandes vidrios planos e invisibles. Cayeron muchas hojas de otoño. Las estatuas de los monumentos tenían sombras rojizas en las mitades de sus rostros. La música y el fuego del piróf ono propagaron sanguíneos hirientes. Los caballos de piedra, subordinándose al *punk*, adoptaron tostaduras escarlatas sobre violáceos. Lagos de fuego eterno -como en las cumbres de las altas montañas- sobre losas de mármol transparente. Una espada de granito, a causa de un arpegio tocado por Paralelepipedinsky se cubrió de óxido. Fue sólo un instante, pues luego el color cayó en escamas hasta el pavimento, surgiendo debajo el rojo Prusia, con marcha militar. Hojas de gas subieron hasta los árboles, en inversa de otoño. Más incendios, en anaranjados firmes con refulgencia. Marrón vino por lo suyo: todos los senderos de acceso al recital cubriéronse con fuego base y azul indefinible. Cadmio de Van Gogh en los pechos de las mujeres, y pezones en verdoso *punk*. Castellanos cálidos desde los cascos de acero, luchando con frías tonalidades. Pesimismo en contradicción con alegría de batalla.

Paralelepipedinsky comenzó a cantar *Estreptococos*, su rock (letra de Camilo Aldao Iseka), con voz horrible y hermosa :

"Creí que pisaba una naranja/ y era una nube de langostas./ Creí que pisaba un verde prado/y era un charco de sucia kriptonita./Cagaste fuego, Superhombre de Nietzsche./Así como es arriba es abajo/el espejo de arena./Ya me mandé a mudar y no lo sabes./Hice la otra valija./Loca *good bye.* "

Aquí el cantautor observó a una linda baska *punk*, con las pequeñas tetiláceas al aire, sentada en la primera fila de pasto. Le sacó la lengua groseramente a fin de conquistarla por medio del feísmo. Se habría salido con la suya pues ella dio señales de estar muy bien impresionada, en pleno cope ante el sugestivo hechizo; pero su compañero, que estaba al lado y comprendió la maniobra, con una sonrisa y sin enojarse en lo mínimo, tomó una lata vacía de *Monitor Cola* y le pegó un latazo en la cabeza; como diciendo: "Te quiero pero no jodas". Todo muy *punk*.

Sin dar señales de dolor o fracaso, Paralelepipedinsky continuó cantando:

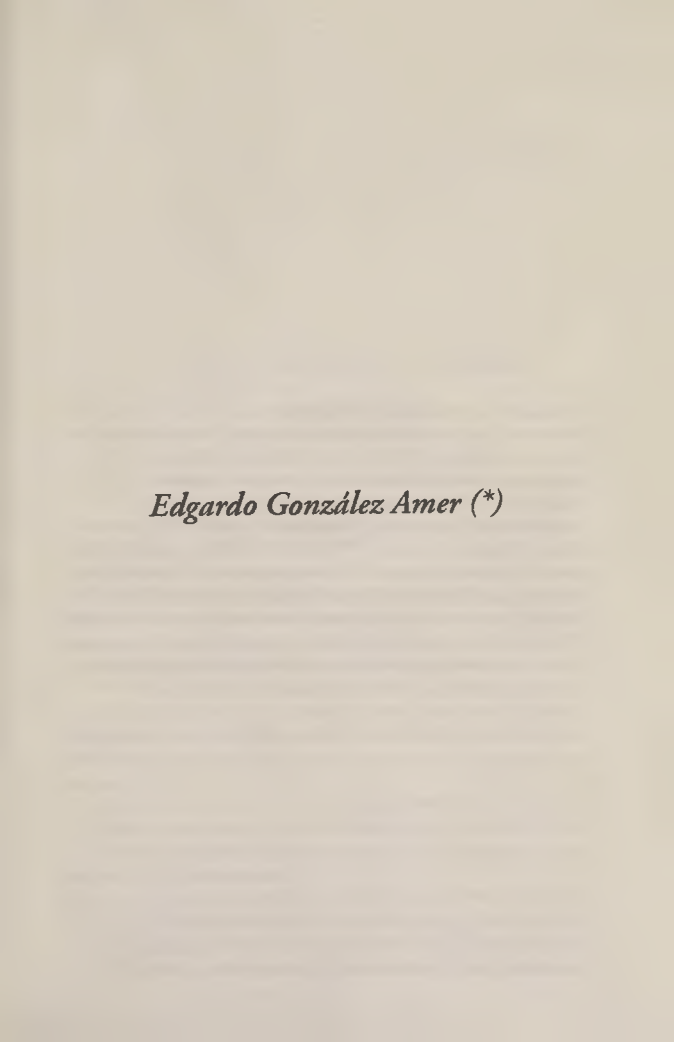
"*Doctor* Jekyll *and Miss* Hyde,/la doble personalidad,/la eterna y puta división./La Tierra es cúbica,/saguen!(*)/Así como arriba se pudre abajo/*yeah*/*yeah* saguen!/No me vengas con tus estreptococos analíticos./Yo, ella y el analista/*no more.*/No me gusta el triángulo de las Bermudas francés./Saguen saguen, viva saguen,/viva saguen y Odín-Rah./Saguen saguen,viva saguen,/y las marchas militares/. Saguen, saguen viva saguen,/viva saguen y Odín-Rah./El rock y las marchas militares/son la única verdad. /Saguen saguen, viva saguen,/viva saguen y Odín-Rah."

Tuvo un éxito infernal. Las tumbas se hundían. Hasta el architraidor Tofi (del cual hablaremos algún día) tenía ganas de salir de su fosa y sumarse a la batahola. Para nuestro amigo esa fue una noche extraordinaria, pues si bien fracasó con la *punk* levantó a su hermana, quien quedó seducida sola y de rebote, pese a que el gesto era para la otra (o tal vez por ello). El compositor sintió que estaba rehabilitándose y en más de un sentido.

Entre muchas y diversas cosas -diremos para resumir- tocó una extraña adaptación al rock de *Funeral de Sigfrido* y la obertura de su ópera *Gran caída de los Nibelungos Seis.*

Luego se dispersaron, cada uno con lo suyo. Que fue mucho.

(*) Expresión sin sentido consciente. Sin embargo suena como la pronunciación de la palabra *sagen* ("decir", en alemán), de lo cual se infiere que no por arbitraria es menos significante, como todo vocablo que propaga el inconsciente colectivo. Una traducción sería entonces: "decir", "largar afuera lo que se tiene adentro".



*Edgardo González Amer (*)*

(*) Edgardo González Amer (35 años, técnico, estudiante crónico de Letras en la UBA) es autor de tres obras de teatro: *Una caja divina*, La Manzana de las Luces, 1985; *Capitán* y *Melinda*, inéditos.
Fue colaborador de "El Ornitorrinco" y coautor del radioteatro "Extraños en la Calle", Radio Continental, 1988.
Su primer libro de cuentos *El Probador de Muñecas*, 1989, recibió el Primer Premio del concurso "30 Años de Eudeba" y mereció, entre otros, el siguiente comentario: *Con narradores como González Amer estamos, ya, en lo más fecundo e inquietante de esa prolongación que se ha convertido, de manera jubilosa, en el mejor tiempo presente.* (David Viñas.)
Tiene en preparación su primera novela *Todos estábamos un poco cuerdos.*

## *NICOLÁS NECESITABA DOS MUJERES*

— Sí señor, dos señoritas — dijo la mujer del otro lado de la línea, y describió el servicio mínimo mientras Nicolás se imaginaba en la cama entre las dos mujeres: un cuerpo para cada mano, los pechos contra su cara. Dos bocas. Cuatro piernas.

Había salido de la oficina cincuenta minutos antes de su horario, había comprado el diario y había buscado en los clasificados preguntándose por qué necesitaba dos mujeres, si antes con una le alcanzaba. En fin, había pensado, inevitable crecimiento personal, y había llamado por teléfono.

Caminó doce cuadras por las calles del centro, hacía frío y empezaban a encenderse las luces de las avenidas. Corroboró la dirección y llamó por el portero. La misma voz que lo había atendido por teléfono le dijo que esperara.

Quince minutos después, una mujer rubia de pelo corto envuelta en un tapado de paño gris bajó acompañando un cliente, un señor redondo que saludó a Nicolás con una seña y un balbuceo ininteligible.

— Hola — dijo la mujer, y Nicolás deseó que no le tocara con

ella: un metro cincuenta, no menos de cuarenta y siete años, pálida y pecosa. Nunca le habían gustado las mujeres petisas, pálidas y pecosas.

Subieron cuatro pisos en ascensor y entraron en una recepción ambientada con luces difusas azules y rojas. El espacio era mínimo. La rubia se sentó en una banqueta detrás del mostrador y le dio detalles sobre todos los servicios con sus precios. En la pared, a la izquierda de la rubia, había un nicho con una virgen fosforescente y dos velas encendidas. Nicolás contó el dinero de su billetera, le alcanzaba para una hora de medio servicio, incluidos los profilácticos. Pagó y recibió el vuelto.

La rubia lo hizo pasar atrás de una de las mamparas que encerraban la recepción, ahí habían improvisado un dormitorio: música de radio AM, cama de dos plazas, una silla, un puf y un ropero viejo. Una puerta semioculta por el ropero comunicaba la habitación con una especie de guardarropa atestado de cajones y perchas, una mujer negra y gorda de edad indefinible abría y cerraba cajones como si estuviera buscando algo.

— Sacate la ropa — le dijo sin mirarlo, y cuando salió del guardarropa tuvo que agacharse y ponerse de costado porque no pasaba por la puerta. Saludó con una sonrisa y guiñó un ojo, se sacó la salida de baño y dio lugar a la aparición de una catarata de carne contenida apenas por una bombacha y un corpiño, Nicolás nunca había visto ropa interior tan grande.

La rubia había salido del dormitorio y ahora andaba por ahí acomodando el negocio, la gorda la llamó con voz cantarina, - Clarita - dijo, o Rita - mientras Nicolás se desnudaba.

— Metete en la cama — dijo la gorda, Clarita o Rita reapareció desnuda y con el pelo mojado. Nicolás se metió en la cama, entre las sábanas había olor a jazmín y a frito.

La gorda le pidió a la rubia que le desabrochara el corpiño, después se dieron un delicado beso en los labios, se arrodillaron a los pies de la cama y se pusieron a rezar en voz baja.

— ¿Qué están haciendo? — preguntó Nicolás.

— ¿No lo ves? — contestó la rubia sin darse vuelta, tenía la espalda curva y llena de espinillas, su cuerpo era una especie de nariz gigante.

Cuando terminaron de rezar hicieron la señal de la cruz y se incorporaron, la gorda tuvo que agarrarse de la cama para poder pararse.

— ¿Qué te sorprende? — preguntó la rubia.

— Nada — contestó Nicolás.

— ¿O vos sos de los que creen que las putas no podemos rezar?

— No, no.

— ¿Vos te acostarías con alguien que no tiene derecho a Dios? — preguntó la gorda.

— Yo no dije nada.

La rubia ya estaba sentada en la cama al lado de él, la gorda se friccionaba las rodillas, — ¿Acaso los jugadores de fútbol, por ejemplo, no rezan? — preguntó sin dejar de friccionarse.

— Antes de los partidos — dijo la rubia —, y los policías.

— Pero yo no dije nada.

— Pusiste cara de que nosotras no podemos rezar.

— Pero ¿cómo voy a pensar eso?

— Es que si pensás eso podés ponerte la ropa e irte — dijo la gorda.

— No quiero irme —. Nicolás se aferró al colchón, como temiendo que lo sacaran por la fuerza.

— Si no querés irte — dijo la gorda señalándolo desde los pies de la cama (sus pezones eran negros, grandes como bonetes de cumpleaños) — Decí que tenemos derecho a Dios.

— Pero claro que tienen derecho a Dios.

— No le rezábamos a Dios — dijo la rubia.

— Le dedicábamos una plegaria a Mahoma — la gorda señaló el guardarropa, como que ahí estaba Mahoma atendiendo sus plegarias.

— Mentiras — dijo la rubia —. Es un simulacro para comprobar el respeto que nos tienen nuestros clientes.

— Vos, por ejemplo, no nos tenés ningún respeto — dijo la gorda.

— ¿Y eso de dónde lo sacaron?

— De tu cara.

— Es cierto — dijo la gorda — Tu cara dice "Las meretrices no merecen ni siquiera la misericordia de Dios".

— ¿Meretrices? — preguntó Nicolás.

— Y misericordia — la gorda lo acentúo como si las dos palabras tuvieran mucho que ver entre sí —. Está en tu cara.

— ¿Qué tiene mi cara?

— Mirá —. La gorda abrió una de las puertas del ropero, apareció un gran espejo en el que se reflejaba toda la habitación. Ahí estaban los tres, desnudos. Nicolás pensó que era demasiado joven y buen mozo para ellas, que tal vez estuvieran esperando algún cliente como él para poder gozar de vez en cuando.

— Mirate la cara de zángano que tenés — dijo la rubia.

— Cara de treinta y pico — dijo la gorda —. Son viejos y feos y se creen de veinte.

La rubia se arrodilló en la cama, se alzó las tetas con las manos y se las miró en el espejo.

— Podríamos echarte de aquí a patadas sin hacer nada de lo que prometimos.

— Por despreciarnos — dijo la gorda —. ¿Te gustaría?

— Pero ustedes ya me cobraron.

— Si las suelto no caen demasiado. — La rubia se soltaba las tetas y volvía a alzarlas. No caían porque eran insignificantes.

— ¿Vamos a hacer algo o no? — preguntó Nicolás.

— Eso tenemos que decidirlo —. La gorda hizo una seña, la rubia saltó de la cama y las dos salieron de la habitación.

Nicolás las oía cuchichear del otro lado de la mampara mientras se veía desnudo en el espejo. Enderezó la espalda y bajó el mentón hasta hacerlo tocar contra el pecho. En la radio anunciaban la transmisión de una carrera automovilística. Le llamó la atención el ventilador de techo sobre su cabeza, dos de las cuatro aspas estaban quebradas.

La gorda fue la primera en volver, la rubia entró después rascándose entre las piernas. Lo miraron desde los pies de la cama, desnudas. Nicolás se imaginó flotando entre ellas, no había consistencias de cuerpos, era más bien flotar como si se tratara de agua tibia. No era demasiado promisorio pero tampoco podía dejar de desearlo.

— Mirá — dijo la gorda — Podríamos hacer algo pero es peligroso y estamos un poco alteradas. Si querés te cobramos el tiempo que estuvimos hasta ahora y te vas a casa.

— Pero si no hicimos nada.

— Eso no es culpa nuestra —. La rubia seguía rascándose entre las piernas — Es la primera vez que nos pasa.

— Si querés podemos intentar, pero no damos garantías — dijo la gorda.

— ¿Garantías de qué?
— Vos entendés.
— No entiendo.
— ¿Alguna vez hiciste el amor con alguien que te despreciara?
— Creo que sí.
— ¿Y que sentiste?
— Es más excitante, pero después te dan ganas de matarlo.
— Entonces entendiste.
— Pero ustedes no serían capaces de matarme.
— ¿Por qué no? — preguntó la rubia.
— No tienen cara de matar a nadie.
— Esperá — dijo la gorda, y salió.

La rubia dijo que tenía frío, desplegó un toallón blanco que estaba doblado sobre el puf, se envolvió desde los hombros y se miró en el espejo como si se hubiera cubierto con una capa de noche, se acarició las mejillas y dijo que esa toalla era suave como terciopelo. En ese momento reapareció la gorda:

— ¿Ves? — tenía en sus manos una gran cuchilla curva de dos mangos, esas que se usan para picar perejil. Nicolás se paró de un salto arriba de la cama.

— Chiqui chiqui — la gorda hacía como que picaba algo en una mesa imaginaria.

— ¿De qué te asustás? — preguntó la rubia —. ¿No dijiste que éramos incapaces?

— Chiqui chiqui — repitió la gorda —. Tendríamos albóndigas para una semana.

— Y nadie vendría a preguntar nada.
— Me quiero ir — dijo Nicolás —. Dejen que me vista.
— Como quieras — dijo la rubia.
— Bueno, chiqui —. Y salieron.

Nicolás saltó de la cama y se vistió con cuatro movimientos rápidos. Temió que estuvieran esperándolo para saltarle encima. Si era así necesitaba algo con qué defenderse. Buscó, no había nada. Pensó en escapar por la ventana, pero era un cuarto piso y no había balcones. Podía desmantelar la silla y armarse con una de las patas. Tenía que ser rápido. Agarró la silla y quiso arrancarle una de las patas de un tirón, pero estaba firme, era una silla bien construida. La trabó entre el ropero y la

pared e hizo palanca, pareció que iba a ceder, pero no le alcanzaron las fuerzas. Acostó la silla en el suelo, la envolvió con la colcha para amortiguar el ruido y la desarmó a pisotones. Por fin pudo arrancarle una pata con travesaño y todo. Se vio en el espejo, estaba transpirado y con los pelos parados. Escuchó una carcajada, era la gorda.

— Bueno — les gritó —. Voy a salir.

— Cuando quieras —. Era la voz de la rubia.

Se asomó deslizándose de costado, con la espalda contra la mampara de madera y la pata de la silla preparada como para defenderse. Las dos mujeres leían unos papeles sobre el mostrador, sentadas en las banquetas altas, una de cada lado. La cuchilla de picar perejil no estaba a la vista.

— ¿Qué es eso? — preguntó la rubia.

— El imbécil nos rompió la silla —. La gorda dio un paso hacia adelante, pero Nicolás levantó su arma.

— Ahora, por la silla, te cobramos la hora completa.

— Váyanse a la mierda.

Nicolás llegó hasta la puerta, temió que estuviera cerrada con llave, pero no. Abrió, salió, y bajó corriendo por las escaleras.

— Chau, bonito — escuchó antes de empezar a bajar.

En el colectivo, un chico que iba sentado sobre la falda de la madre le tironeó de los pantalones y le preguntó para qué era la pata de la silla. Nicolás no supo qué contestar.

— Dejá tranquilo al señor — dijo la madre, sonrió cándidamente y le pidió disculpas.

## *TE COMPRENDO PORQUE TE COMPRENDO*

No bien Míriam apagó la luz de su velador, Eduardo dijo:

— Anoche no estuve en el trabajo.

— ¿Cómo?

— Que anoche no me quedé en el trabajo hasta las diez como te dije.

— Ahá — dijo Míriam, y hubo silencio. Al rato quiso preguntar "¿Y adónde fuiste?", pero se atragantó en la "Y". Tuvo que acomodar la voz y volver a empezar :

— ¿Y adónde fuiste?

— Me acosté con una prostituta — dijo Eduardo —, con una puta.

Míriam encendió la luz por un instante para ver la cara de Eduardo, después apagó. Para Eduardo fue un fogonazo y los ojos de Míriam apareciendo y desapareciendo muy cerca de los suyos.

— ¿Para qué encendiste?

— Quería ver la hora.

— ¿Qué hora es? — preguntó Eduardo.

— Una y diez.

Un filo de luz verde se colaba por la parte baja de la persiana. Míriam dijo: — No me hace gracia.

— A mí tampoco, pero ya está.

— ¿Y para qué me lo contás?

— Quiero ser sincero.

— Me cago en la sinceridad —. Míriam se incorporó, se sentó en el borde de la cama como para levantarse. Después se volvió a acostar.

— ¿Vas a ponerte agresiva?

Míriam no contestó.

— Me pregunto cuál es la verdadera importancia de que haya pasado esto. Si significa algo.

Míriam acomodó la colcha que había quedado amontonada sobre sus rodillas.

— Estás enojada, pero el asunto no es enojarse. Tendríamos que pensar qué había antes.

Eduardo hizo silencio para escuchar la respiración de Míriam y medir su estado de ánimo, pero no escuchó ninguna respiración.

— Me pregunto, ¿es importante que viniendo para casa como todos los días me haya encontrado con una mujer, mejor dicho, con un cuerpo de mujer conseguible por unos pocos pesos? ¿O es importante lo que estaba pasando entre nosotros?.

Míriam no contestó.

— Sin hablarlo no vamos a llegar a nada. No podemos comunicarnos. No hay comunicación posible. Nos despedimos a la mañana, nos reencontramos a la noche, cada uno hace lo suyo; los sábados nos dedicamos a la casa y los domingos nos aburrimos todos juntos. Así no puede haber comprensión.

— Te comprendo — dijo Míriam.

— No estoy tan seguro.

— Sí, te juro que te comprendo —. Y hubo una pausa.

— ¿Por qué?

— Te comprendo, ¿qué importa por qué?

— Sí que importa.

— Bueno, te comprendo porque te comprendo.

— Quisiste decir otra cosa.

— ¿Qué otra cosa?

— No sé.

Se quedaron callados. Cuando parecía que ya se había quedado dormida, Míriam contestó:

— No quise decir nada.

— Me estás ocultando algo.

— Qué.

— Algo, no sé, ¿por qué estás tan segura de comprenderme?

— Puede pasarnos lo mismo a los dos, ¿o no?

— ¿Qué es lo mismo?

— ¿De qué estamos hablando?

— De que anoche me acosté con una puta.

— Bueno, eso.

— ¿Eso?

— Más o menos eso.

— No entiendo.

Hubo silencio. Una ráfaga de viento hizo vibrar la persiana :

— Está bien, Eduardo, creo que podemos dejarlo ahí.

Eduardo se sentó en la cama — No — dijo — ¿Qué quisiste decir con "más o menos eso"?

— No vamos a revolver cosas que pasaron hace más de un año.

— ¿Más de un año? ¿Qué pasó hace más de un año?

Míriam se dio vuelta, estaba dispuesta a dormir. Eduardo encendió el velador y repitió — ¿Qué pasó hace más de un año?

Míriam contestó sin cambiar de posición:

— Vas a despertar a los chicos.

— Qué me importan los chicos — gritó Eduardo.

— No veo que nos estemos comprendiendo.

— ¿Qué es lo que hay que comprender? — Eduardo saltó de la cama, caminó dos pasos hasta el ropero, dio la vuelta y se plantó frente a Míriam:

— ¿Qué es lo que hay que comprender?

Míriam contestó con los ojos cerrados:

— Vos fuiste el primero que habló de comprensión.

— Quiero que me digas lo que pasó hace más de un año.

— Ya te lo dije, más o menos lo mismo que te pasó a vos ayer.

— Lo mismo — dijo Eduardo, y caminó otra vez hasta el ropero.

Habló mirándose en el espejo: — Venías para casa y pagaste para acostarte con una puta.

— Ya estaba en casa — Míriam se dio vuelta, alargó el brazo y apagó el velador del otro lado de la cama. Quedó con el brazo extendido, muerto sobre la almohada, se escuchó el brutal arranque del ascensor en alguno de los pisos de arriba —. Vení — dijo — vamos a dormir.

Eduardo caminó hasta la cama, antes de llegar se golpeó la rodilla contra un borde, puteó y se frotó para aliviar el dolor, después se sentó. Míriam le tocó la espalda.

— Vení, acostate.

— No.

Míriam retiró la mano.

— Quiero que me cuentes — dijo Eduardo.

— No tiene sentido, yo no voy a pedirte a vos que me cuentes nada.

Eduardo agarró el radiodespertador y quiso arrojarlo contra la pared, pero el vuelo se interrumpió cuando se terminó el cable. El radiodespertador fue a parar adentro de un cajón abierto de la cómoda. Míriam preguntó con voz pausada:

— ¿Vamos a romper toda la casa?

— Quiero saber con quién fue.

Míriam no contestó.

— Esto es lo peor que podrías haberme hecho.

— Qué — preguntó Míriam. Eduardo no contestó. Se escuchó un portazo en un departamento vecino, después un estornudo y alguien quejándose.

— ¿Fue con el masajista?

Míriam no contestó.

— Hace más o menos un año tiene que haber sido con mi masajista.

— Vamos a dormir — dijo Míriam.

— Te gustaba, vos misma me dijiste que el tipo te gustaba.

— Es tarde — dijo Míriam.

— Un día lo llamaste y le pediste que te atendiera a vos, decí la verdad, el hijo de puta hacía ese tipo de extras. ¿Fue así?, contestame, ¿fue así o no?

— Mañana va a costar levantarse.

Eduardo encendió la luz y enseguida la apagó. Se levantó, buscó las zapatillas debajo de la cama, las encontró pero no se las puso. Salió del dormitorio.

Cuando volvió, cerró la puerta y se arrodilló junto a Míriam, hurgó entre las sábanas y le puso la mano entre las piernas, le pasó la lengua por los labios.

— Así que le pagaste al rubio musculoso — dijo, y se metió en la cama.

— Ahora voy a contarte — contestó Míriam.

## *LA GRAN CABEZA DEL COLORADO ZEIGER*

a Ariel

Nuestros padres nos decían que las tres altas autopistas grises eran las fronteras del país donde vivíamos, ellos lo denominaban así, "el país donde vivimos", y también nos decían que más allá de las autopistas no había más que miles de países enemigos habitados por millones de personas enemigas ávidas de cortar y coleccionar nuestras cabezas.

Nosotros coleccionábamos las cabezas cortadas de nuestros amigos muertos, pero jamás los matábamos, simplemente esperábamos que murieran por su cuenta bajo alguna de las formas de muerte natural que se daban entre nosotros.

Las formas de muerte natural que se daban entre nosotros eran tres: de hambre, trabajando, durante alguna paliza a manos de nuestros padres.

Seis o siete noches después de los entierros de nuestros amigos nos escabullíamos hasta las fosas comunes, excavábamos con las palitas plegables que nosotros mismos fabricábamos, cercenábamos las cabezas a sierra o con cuchillo, las guardábamos en las bolsas perforadas de polietileno, borrábamos las huellas de la incursión y nos íbamos a festejar y presumir a las avenidas laterales.

En las avenidas laterales tomábamos vino, fumábamos marihuana y organizábamos los concursos de cabezas. Había premios por "conservación", "expresión", "vivacidad", "color", premios por "mejor cabellera", "gracia", "más bellos ojos". Pero el verdadero *premio*, el anhelado por todos, era la recompensa bienal para las dos cabezas de mayor tamaño.

Lo peor que te podía pasar en el país donde vivíamos era nacer con una cabeza grande. Si eras cabezón, todos esperábamos ansiosos el día de tu muerte natural, y como la ansiedad era vehemente y generalizada, el día de tu muerte natural llegaba pronto. Tanto era así que ningún cabezón llegaba a vivir más de cuatro o cinco años, salvo uno: el colorado Zeiger.

La lucha por la cabeza del colorado Zeiger se dio cuando yo tenía exactamente diez años y cuatro meses. En el país donde vivíamos eran muy pocos los que llegaban más allá de los doce años, y nadie, nunca, más allá de los catorce, salvo los elegidos como padres, que eran aquellos que ganaban la recompensa bienal para cabezas de gran tamaño.

Cada dos años, los que habían conseguido las dos cabeza de mayor tamaño eran ascendidos a padres. Ser ascendido a padre significaba tener obligación de elegir dos esposas anuales si eras hombre o un esposo anual si eras mujer, y dedicarte a tener hijos, controlarlos y administrarlos por el resto de tu vida. Los padres vivían entre ochenta y ciento cinco años, y tenían todos los hijos que el cuerpo les permitiera. Si eras estéril volvías automáticamente a la condición de hijo.

En este sistema de selección y gobierno había una contradicción legislativa que nadie se molestaba en explicar: si coleccionar cabezas, reunirse en las avenidas laterales y concursar estaba prohibido y penado por la ley, ¿cómo podía ser que de esas mismas actividades ilícitas surgieran los próximos padres gobernantes?. En fin, el colorado Zeiger murió aplastado por una res de cuatrocientos setenta kilos cuando tenía casi nueve años. Su vida había sido tan milagrosamente larga como infeliz, y hubo quienes interpretaron su muerte como una especie de suicidio. Qué no habíamos hecho en los últimos seis años para eliminarlo, y a cada intento nuestro por causar su muerte natural él respondía con una idea brillante, pero, paradójicamente, cuantas más ideas brillantes se le ocurrían, más aumentaba el volumen de su cabeza, haciéndola más y más deseable. Llegó el momento en que la única ambición de todas nuestras vidas era la gran cabeza del colorado Zeiger.

El sistema laboral del país donde vivíamos ordenaba que todos los hijos debíamos trabajar en forma rotativa, una semana en cada una de las tareas. Una semana en las oficinas, una semana en los hospitales, una semana en los talleres, una semana en el matadero. Precisamente en un matadero terminaron con la vida del colorado Zeiger, durante la operación de descarga de un camión repleto de codornices.

En el matadero era común organizar pasamanos de descarga. Nos distribuíamos: un hijo arriba del camión, otro hijo abajo, otro a dos metros, otro a dos metros más, y así hasta llegar a los dos que apilaban la mercadería en los depósitos o en las cámaras frigoríficas. El colorado Zeiger esperaba codorniz tras codorniz en su puesto debajo del camión. Recibía la codorniz, giraba, la arrojaba, giraba nuevamente, recibía. Una codorniz, dos codornices, miles de codornices y, por fin, la inesperada res de cuatrocientos setenta kilos que lo reventó en el acto.

Algunos decían que el colorado Zeiger sabía que la res caería sobre él de un momento a otro, pero que ya no tenía ánimo para generar ideas brillantes que siguieran aumentando el volumen de su cabeza. Si a esto se sumaba que de todos los intentos por causar su muerte natural éste había sido el menos imaginativo, bien podía pensarse en una especie de suicidio. Más allá de cualquier especulación, fue una verdadera fiesta para aquellos que esperábamos obtener su tremenda cabeza. Los principales candidatos éramos los hijos de entre nueve y trece años.

Las noches que siguieron a la muerte del colorado Zeiger fueron de tensa vigilia, ¿quién era capaz de dormir con aquella oportunidad enterrada tan cerca, esperando?

Era verano. En verano se daban a veces cinco o seis noches seguidas de luna plena. La luna plena del país donde vivíamos era anaranjada y muy redonda, como dibujada con un compás. Aparecía sobre la autopista Este al atardecer y desaparecía por la autopista Norte poco antes de la salida del sol. No cambiaba de tamaño en ningún momento de su recorrido. Grande y redonda que te hacía temblar la pelusa de los brazos, porque era una luna con una terrible carga estática. O eso decían.

Todos los aspirantes a la gran cabeza contemplamos la luna y escuchamos el canto de las ranas, escuerzos y grillos, apostados a pocos metros del cementerio. Se habían organizado grupos con líderes que prometían no sé qué beneficios para cuando fueran elegidos padres, pero

eran engaños, si te convertían en padre olvidabas lo que habías sido en tu condición de hijo y lo primero que hacías era maltratar a tus mejores amigos y a tus ex-socios. Por eso yo me había mantenido solo, al margen de los grupos.

Durante los días de esas noches de vigilia al acecho de la gran cabeza del colorado Zeiger ninguno de nosotros rendía en el trabajo; sobrevinieron los encierros, las palizas y las sobrecargas, con el consabido aumento de muertes naturales. Cuanto más muertes naturales, mayores eran las probabilidades de los que sobrevivíamos, pero con el paso de los días disminuía nuestra resistencia física junto con nuestra probabilidad de sobrevivir.

Durante la cuarta noche un grupo fue sorprendido por otro en plena incursión, un tercer grupo quiso aprovechar la batahola para alzarse con la gran cabeza, pero entonces los primeros dos grupos firmaron un acuerdo, rodearon al tercer grupo en un movimiento de pinzas y lo aplastaron. Las mujeres de los tres grupos fueron violadas y la gran cabeza no quedó para nadie.

Esa había sido la anteúltima noche de luna plena, la ausencia de luz anaranjada dentro de dos noches iba a entorpecer nuestra mutua vigilancia. Pero no se llegó a eso. Al día siguiente del combate corrió el rumor: Alguien ya tenía la gran cabeza del colorado Zeiger en su poder. ¿Quién? Era probable que el afortunado propietario se mantuviera en el anonimato hasta el día de la bienal.

Esa noche nos reunimos todos en el cementerio, alrededor de la fosa común en la que habían enterrado al colorado Zeiger. Era la última noche de luna plena y, como pasaba siempre, bajo el círculo lunar aparecía un triángulo azul y apagado. Quién sabe por qué motivo el país donde vivíamos aparecía reflejado allá arriba todas las últimas noches de luna plena.

Eramos una multitud. Recuerdo a mis amigos y a mis amigas y a algunos de mis hermanos y hermanas menores arrodillados junto a la fosa mientras otros cavábamos por turnos. Había tantos a quienes no había visto jamás, y allá, trepados sobre los muros del cementerio, sentados con las piernas colgando hacia adentro (algunos con una sola pierna), los hijos más chicos, viviendo aquello como un sueño fabuloso que nos les correspondía.

En algún momento de la noche aparecieron dos tumbadoras y

una guitarra entre las mujeres, todos nos pusimos a cantar aquella canción alegre y pegajosa que contaba sobre un hijo feliz que había vivido libremente gracias a que tenía una cabeza muy pequeña, y que a los doce años y medio había amasado una gran cabeza de plastilina, tan perfecta y tan real, que fue elegido padre y vivió ciento cuatro años sin que nadie descubriera su engaño.

Cantábamos y cavábamos y revolvíamos entre los demás cadáveres de la fosa, hasta que apareció el cuerpo del colorado Zeiger, desnudo y sin cabeza. Lo alzaron entre cuatro de los más grandes y lo mostraron a la multitud dando un giro completo para que todos nos convenciéramos. El colorado Zeiger, rígido, anaranjado, con los brazos quebrados por el peso de la media res. Después de eso nos desconcentramos en silencio y nos fuimos a dormir.

Meses antes de la bienal empecé a considerar la posibilidad de cruzar alguna de las autopistas y escapar del país donde vivíamos. Ninguna de las cabezas que había juntado tenía posibilidades de ganar el segundo puesto en el concurso de tamaños. Había obtenido algunas menciones en "gracia" y "más bellos ojos" (yo siempre me encariñaba con mis compañeros por su gracia y sus bellos ojos), pero con eso no alcanzaba. Era desolador. Un día antes de la bienal , mirar todas las cabezas coleccionadas y admitir que ninguna alcanzaba, y que ésa sería seguramente mi última oportunidad. Si me quedé hasta el día del concurso fue para enterarme de quién se había llevado la gran cabeza del colorado Zeiger.

Pero la cabeza no apareció. La había robado algún padre poderoso para su colección privada o la había llevado algún hijo que no había logrado sobrevivir hasta el día del concurso, nadie pudo saberlo. Lo cierto fue que ganaron las cabezas más chicas de los últimos seis años, y hasta yo hubiera tenido chance con las mías. De todas maneras ya estaba decidido, dos semanas después crucé la autopista Norte hacia este lado. Aquí, según nuestros padres, estaban los países enemigos.



*Gloria Pampillo (*)*

(*) Gloria Pampillo nació en Buenos Aires. Es escritora, docente universitaria y coordinadora de talleres literarios. Publicó *Estimado Lerner* (relatos, 1986) en el Grupo Editor Latinoamericano. *Las invenciones inglesas* (novela), que mereció la Beca de Creación del Fondo Nacional de las Artes, será publicada próximamente por la Editorial Sudamericana.
Ha publicado dos libros para chicos: *Palabrerío*, en Editorial Colihue, y *Avestruces y piratas* en libros del Quirquincho.
Ha publicado también artículos de crítica literaria y libros sobre teoría y pedagogía de la escritura. Actualmente se desempeña como profesora titular del Taller de Expresión I en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de Universidad de Buenos Aires.

## *TODAS LAS MUJERES MUERTAS*

Es una bahía en la Patagonia. La bahía encierra una playa. El cielo está gris y muy cubierto. El viento quiere arrancar todo, no puede, y aúlla.

Alrededor de la playa, hay líneas de tamarindos que por una vez están libres de moscas. Detrás de los tamarindos, en un recodo de la bahía, se ve una casa blanca con persianas pintadas de azul intenso. Los turistas que llegan del norte no pueden darse cuenta qué incongruente es en este lugar una casa mediterránea. Los que viven aquí tampoco, porque se hartaron de las casas de piedra con techos de cinc y aprecian la novedad.

Un ómnibus de turismo está llegando a la casa. Detrás del parabrisas el guía mira el mar que hoy se retiró de la costa. El ómnibus estaciona cerca de la casa blanca que es un bar, una confitería, un puesto de turismo, un lugar donde la gente del ómnibus debería hacer un descanso antes de embarcarse para ver las ballenas. De a rachas, bajan por la puerta delantera parejas maduras, mujeres solas, algunos muchachos y por último el guía, que camina algunos pasos hacia la playa para

ver el mar. Después, vuelve al ómnibus. Quiere decirle al conductor que hoy no podrán embarcar para ver las ballenas, pero el viento se lleva sus palabras.

Cuando Inés entra a esta casa, lo primero que ve es una mujer rubia detrás de un mostrador curvo que es algo así como una mesa de recepción y también el lugar donde ella vende recuerdos turísticos. Alrededor del mostrador están los dos o tres muchachos que bajaron antes y que deben conocer desde hace tiempo a la rubia. Inés no atiende la conversación porque le interesa saber cómo es la casa. Junto al vestíbulo hay una sala grande adornada con restos o inventos de restos de naufragios. Los turistas, desconcertados, se palpan las narices y las orejas.

— Festejamos tres días seguidos — dice la rubia detrás del mostrador. — Fue un casamiento de gitanos.

A Inés no le interesa la fiesta : el guía acaba de colocar en la casetera un video que enciende en la pantalla el azul más intenso que haya visto en su vida. Casi de inmediato aparece un hombre de barba; habla mirando la cámara que de a ratos lo pierde y recupera el mar. El hombre, que es monstruosamente gordo, habla de los cetáceos, pero es difícil saber de cuáles con todos los que hay por acá. Los turistas se calman y lo atienden. Ahora que están en silencio, vuelve a oírse la voz de la muchacha rubia.

— Viajamos dos meses — dice. — Dos meses y medio. Guatemala, Méjico, Venezuela. Después me metió detrás de este mostrador y ya no salí más.

Se ríe a carcajadas. Inés mira de reojo a los muchachos que no intentan reírse. La rubia lleva un sweater y un pantalón verdes. Cuando se ríe mucho, apoya una mano en el mostrador y a veces inclina el cuerpo. Entonces, muestra los dientes infantiles. No usa corpiño. Debajo de la lana deformada se descubre un cuerpo redondo y blando. Acaba de decir: "Esquel". Inés vuelve a atenderla.

— Yo dije: "Voy a poder ir a esquiar cuando quiera". Todavía no fui ni una sola vez.

Uno de los muchachos le hace una pregunta en voz baja, pero la rubia necesita hablar así, a los gritos.

— Venía al principio — contesta —. No tenía dónde estar. Se sentaba en la cocina y se echaba las cartas. Al fin, le dije : "Mejor,no vengas más. Mandáme sweaters."

Desde el otro salón, una mujer se acerca a Inés. Se llama Luisa Marelli. Acaban de encontrarse en el ómnibus, pero hace mucho tiempo que se conocen. — Puede contar épocas enteras de mi vida con detalles patéticos y absolutamente veraces — piensa Inés —. A lo mejor, hoy le agrego algunos. Hace un tiempo que no me ve.

Luisa Marelli se acerca al mostrador y conversa con la rubia. Detrás de ella, en los estantes, hay jarras de cerámica blanca. La muchacha estira una mano, toma una jarra y se la muestra a Marelli. Marelli busca dinero en la cartera, pero la otra se niega a aceptarlo y las dos porfían. Después, la muchacha se inclina detrás del mostrador y se alza con un fajo de papeles en la mano. Con los papeles, que están cubiertos de cifras, realiza una operación muy rara: rodea una de las jarras y se la tiende a Marelli. El papel se abre; no sirve para envolver ni para nada. Inés, que conoce estos gestos, la mira con temor, pero Luisa Marelli permanece inmutable. La rubia vuelve a reírse.

— Son mis apuntes de matemática — le dice a los muchachos— Acá, andaban rodando de un lado para otro.

Hay algo, un rumor o un olor que vienen de la sala. Inés todavía no descubrió qué es, aunque Luisa Marelli ya lo haya controlado. En la pantalla del televisor ve unas ballenas que deben estar ahí desde hace rato, porque nadie las mira. Junto a la única estufa encendida está sentado un hombre que apoya el bajo vientre en el asiento. Aunque no hable de ballenas ni oculte el mar, es el mismo que estuvo en la pantalla. Ahora, que tiene los ojos entrecerrados, el círculo de gente que lo rodea se mira entre sí y se aleja un poco. Inés se acerca y se detiene. El gordo o la estufa huelen muy mal.

— Es Van Houten — explica Luisa Marelli a dos mujeres que están con ella. — Los franceses vienen a buscarlo para que los lleve hasta las ballenas.

Inés ya no quiere más explicaciones. Gira, llega a la puerta y sale afuera. No soporta el olor de esa casa.

Viento a favor, camina por la playa. Conoce este lugar. Estuvo aquí hace más de diez años, cuando conoció a Miguel. Puede verse a sí misma con una camisa escocesa y pantalones anchos, observando cómo Miguel intentaba armar la carpa del otro lado de los tamarindos, en la playa. Eran días de tormenta, como éstos, pero era verano. No había base suficiente para

el piso de la carpa entre los médanos y Miguel, irritado, volvió a recogerla. En la arena del camping todos los mochileros habían dejado algún recuerdo pestilente; a ella le resultaba imposible disimular su asco. Cuando Miguel dormía, buscó una toalla limpia y fue hasta los baños del campamento, donde las mujeres se hablaban a los gritos entre nubes de vapor. Colgó su bolso y se desnudó dentro de la ducha; estuvo mucho tiempo debajo del agua porque quería asegurarse una piel limpia hasta el día siguiente. Se había dormido casi de inmediato y despertó con el ruido de la madera quebrada. Buscando los fósforos recordó que había dejado en las duchas el bolso donde guardaba los documentos, los pasajes y el dinero de los dos. Miguel y ella se habían separado allí mismo, pero antes tuvo que oírlo enumerar los defectos que la volvían insoportable. Lamentablemente, las cosas no habían sido así. Aunque se vuelva al mismo lugar, no se puede cambiar el rumbo de la desgracia. Había corrido hasta el baño y en el perchero de la ducha encontró, colgado, el bolso. — Alguien debió tener la amabilidad de robármelo — piensa Inés —. Ya no quedan personas atentas.

El viento, que hasta ahora se empeñó en arrancarle las orejas, la golpea con los puños cerrados cuando vuelve, y es por esa razón que puede observar todos los detalles de la escena.

Entre los cajones de cerveza apilados en el fondo de la casa, la muchacha rubia aferra al guía de las solapas de su campera de cuero. Es difícil decidir cuál de los dos sostiene al otro para que el viento no se lo lleve, pero, de todos modos, Inés tiene una certeza: a esa muchacha, nadie la vio nunca en ese estado, ni siquiera Luisa Marelli. La rubia la ve acercarse y, sin soltar al guía, le da la espalda. Está indicándole por lo menos dos cosas: una, que sobra ahí; la segunda, que por más que la haya sorprendido no va a desistir de lo que hace. Inés decide que Luisa Marelli es un buen ejemplo de conducta. Hay que estar al tanto de lo que le pasa a la gente: no se puede vivir en babia. Sigue caminando hacia la casa que la va a resguardar del viento y, cuando está a unos pasos de la pareja, gira: nadie le aconsejaría acercarse tanto. Vuelve a encontrar a la muchacha apenas abre la puerta. No es su melliza ni se confundió cuando la vio afuera: tiene la nariz roja, el pelo enredado y una cara de fastidio intenso. Debió entrar por atrás, por la cocina, mientras ella rodeaba la casa.

Inés da dos pasos y ya está junto al mostrador. Quizás reciba

alguna confidencia. Mira los estantes: junto a las jarras hay unos recipientes chicos. Pregunta qué son.

— A lo mejor, mates — dice la rubia.

Inés quiere saber el precio.

— Los de arriba, dieciocho — dice la rubia. — Los del medio, doce. Estos de acá abajo, ocho.

No le muestra ninguno. En el estante más alto hay un gran rollo de cartulina. Inés pregunta qué es eso.

— Láminas — dice la rubia. — Son pocas y están manchadas.

Pide verlas. Ahora sí, la muchacha tiene que moverse, pero le concede poco más que eso: instala el rollo sobre el mostrador y hace a un lado una caja de cartón y un cenicero.

A medida que Inés despliega las láminas, va apareciendo otro mar más calmo. Es el mar celeste y las líneas sutiles y obsesivas de las cartas marinas. En una lámina hay dos delfines alrededor de una rosa de los vientos y en la otra, la más manchada, los cuerpos deformes y condenados de una familia de lobos marinos.

— Son las últimas que me quedan — dice la rubia —. La dibujante está ahora en los Estados Unidos.

Da la información con fervor. No quiere reconciliarse ni vender; ni siquiera habla para que Inés la oiga. Está realizando un acto de fe purísimo.

Inés observa la lámina. Dice que esta dibujante sólo sabe inventar golpes de efecto. Los ojos de la rubia vacilan y su fe, aunque sea un instante, tambalea. Apoya una mano en el mostrador como antes, cuando se reía,pero está en otra parte.

— El ómnibus — dice —. Ya se van.

— Esta lámina está manchada — observa Inés.

— Ya se van — repite la rubia. — Si la quiere, llévela así.

Vuelve a oírse la bocina del ómnibus. Inés elige dos mates y una jarra. Elige también la lámina de los lobos marinos. Cuando sale, encuentra al guía junto a la puerta. No la mira a ella, mira por encima de ella.

Amablemente, Luisa Marelli le ha reservado un asiento al lado suyo. Sin duda alguna, se encargó también de avisarle al guía que faltaba un pasajero. Aferrada al borde del estante superior donde se guardan las

valijas, Inés intenta acomodar el bolso de tal manera que no se aje la lámina ni se golpeen los mates. Las mejillas y la nariz empiezan a arderle con la calefacción del ómnibus y se tira en la butaca. Marelli le informa que adelante está sentada Carolina, una muchacha a la que Inés conoce. Hacen el viaje juntas, pero Carolina teme los mareos. Si algún hecho importante se produjo a último momento dentro de la casa blanca que ahora se está alejando, no se lo transmite a Inés.

Andan algo así como un kilómetro y el ómnibus se detiene en el vértice del camino donde está la estación de servicio. El guía baja y regresa acompañado por uno de los encargados que lo sujeta de un brazo y gesticula con la mano libre. De tanto en tanto, el encargado niega con la cabeza. Finalmente decide soltar al guía y lo abandona a su suerte.

— El camino está bastante malo — informa Luisa Marelli—. Nos van a llevar lo mismo.

Inés se levanta de su asiento. Si hay baches en la travesía debe afirmar mejor el bolso. Se distrae buscando entre los pasajeros a Carolina y no la encuentra. Es probable que no la reconozca, porque dejó de verla hace muchos años, cuando Carolina era una adolescente. Recuerda en cambio con nitidez a Elsa, su hermana mayor, un día que llevaba el pelo sujeto con un aro de tul o de plumas. Alzaba los ojos, como si estuviese sorprendida y se reía del adefesio que le habían puesto en la cabeza.

El guía sube. Lo mejor, decide Inés, es llevar el bolso sobre las rodillas. Ahora el hombre está diciendo que van a atravesar la península hasta llegar a una de las loberías. Probablemente vean también pingüinos y pájaros marinos. A la pasajera que está de pie le conviene sentarse porque ya arrancan.

Inés coloca el bolso sobre los muslos, comienza a acomodar los mates y se queda mirando en el papel que los envuelve los signos y los números infantiles, redondeados pero seguros, de los apuntes de matemática. Recuerda que Marelli es profesora y despliega el papel ante las dos.

— Hay una edad en que los chicos se entusiasman con el álgebra, la sintaxis y la química — le dice —. No saben para qué les sirve ni tampoco quieren saberlo. Los atrae un trabajo exacto.

Marelli fija los ojos en el papel.

— Ella fue alumna mía — informa —. Era muy inteligente.

— No estaba hablando de ella — dice Inés.

— Dejó de estudiar cuando se casó y vino acá — precisa Marelli.
— Ni la madre ni yo pudimos convencerla .

— ¿Con quién se casó ? — pregunta Inés.

Marelli levanta la cabeza y dice, algo asombrada :

— Con Van Houten.

— Ese — exclama Inés y se interrumpe.

Marelli no hace un gesto. No va a prestar su consentimiento, porque es leal a sus relaciones y es por esa razón que siempre se puede estar seguro a su lado.

— Estuve aquí hace diez años — comienza Inés.

Marelli asiente, pero no la anima a seguir.

El guía camina por el pasillo. Sin viento que explique por qué su cara y sus manos están tan raídas, parece un hombre que ha llevado una vida viciosa. — Este hombre — piensa Inés — dice que su vida es dura y enseguida habla del viento. Lleva ropa amplia que le sirve para señalar desde dónde y cuánto sopla. Entra a los lugares resguardados como si volviese de amarrar los cables de la electricidad que el viento derrumbó. Pero cuando el viento lo abandona, pierde la mitad de su peso; dentro de la casa ya no tiene qué hacer y se adormila. Sin embargo en el exterior oculta cosas.

El guía tiene otros recursos para hacer creer que lleva una vida dura. Alza la voz y comienza a hablarles a los turistas de los lobos marinos. Inés lo mira con desprecio. Desea que se abran las ventanillas y que su voz se pierda. Ella sabe que en las playas de las islas del Pacífico, sobre el ecuador, los lobos se mantienen tumbados con la cabeza apoyada en el declive de la playa porque Dios, que los amasó en una noche de borrachera, está siempre esperando que levanten la cabeza para retorcerla, ahorcarlos y ocultar así su bochorno. Nada de esto va a decir el guía. Ya los hizo bajar y, nuevamente inflado por el viento, detalla a los muchachos que parecen tristes o aburridos los hábitos de la brama y del combate. Aunque sea un ignorante, Inés se le acerca. Quiere descubrir si la voz se le vuelve más intensa cuando habla del celo o si mira con persistencia a las hembras, pero él se apresura a decir lo poco que sabe, recomienda a los muchachos que no bajen la barranca ni atraviesen el enrejado y vuelve al ómnibus. En realidad, no le interesan los lobos.

A Inés, sí. Podría contarle a Luisa Marelli su viaje por Galápagos.

— Melville conoció esas islas — le va a decir. — Las llamó "Las encantadas"—. Se acerca a Luisa que le está tomando fotos a Carolina y recupera de un solo golpe en sus ojos celestes el sombrero de tul que llevaba Elsa. Pregunta por Elsa.

Las dos mujeres no se miran entre sí. La miran a ella. La miran con odio, con desprecio más bien por su falta de consideración, por su torpeza. Callan, pero alguna va a hablar, y, cuando hable, aunque diga solamente dos palabras, las dirá de tal modo que Inés no las olvide jamás.

Finalmente, es Carolina la que habla. Dice que Elsa murió hace un mes. Se lo anuncia amenazándola: no quiere condolencias ni tampoco estupor o simple asombro. No quiere más que silencio, y si eso es imposible, que el viento le hinche a Inés la boca cuando la abra y le reviente el cuerpo por dentro. Inés la comprende y está de acuerdo. Sin embargo, debe hacer por lo menos un gesto. Da un paso adelante, extiende una mano, oprime el brazo de Carolina, y vuelve a retroceder. Cuando Carolina se aleja, Luisa Marelli se queda con Inés, un poco compadecida.

— ¿No sabías nada? — pregunta.

Inés niega con la cabeza, y se seca las lágrimas con la mano. Luisa Marelli le tiende la máquina de fotos y busca un pañuelo en su cartera.

— ¿De qué murió? — pregunta Inés.

Luisa dice que del corazón. Y entonces, no porque haga confidencias, sino porque debe ser exacta, agrega:

— El la mató. La persiguió hasta que la mató.

Se vio obligada a hablar, pero no está conforme consigo misma. Hace un gesto de excusa y se aleja. Inés se queda mirando la máquina de fotos. No se atreve a seguirla. Ve a Luisa caminar hacia la baranda que limita la lobería. El gesto de Carolina cuando se asoma es tan leve y distante como el de Elsa en una terraza, hace muchos años, de noche y en verano. El recuerdo no es inesperado. Merodea a su alrededor desde hace un rato y ahora ella lo deja desplegarse aún sabiendo que, cuando llegue al final, vendrá otro recuerdo más, insoportable. En la terraza, todos los invitados eran jóvenes y estaban de novios. Inés también, aunque de sí misma no pueda acordarse. Elsa se apoyaba en el muro bajo y Max le daba vueltas alrededor. De vez en cuando, como si le interesaran más los automóviles o estuviese aburrida, Elsa miraba hacia

la calle. Cuando Max desconcertado se acercaba, ella, con un giro hacía volar alto el vestido alrededor de sus piernas.

Inés alza la máquina de fotos y se mira en la lente convexa. Se ve espantosa, una nariz enorme y ojos chicos. Cuelga la correa alrededor de su cuello. — Cualquier turista — piensa — enarbola una máquina de fotos frente a la baranda de un belvedere; este es un hábito tonto y amable que despierta una sonrisa. Sólo a mí, esa baranda ahí enfrente y esta máquina en mis manos, me reservan recuerdos de una mujer que acaba de morir. Y así, aunque parezcan tan obvios, estos objetos se vuelven legados o mandatos de no sé qué acción. Y bien - se dice - debo recordar. Recuerdo la cara contraída de la gente y el volumen insoportable de la música y a Max, encima del aparato, manipulando su ostentosa chatarra negra y cromada. También recuerdo que vi tres mujeres mayores en un sofá rosa, bajo, y que me llevó un rato darme cuenta de que una de las tres era Elsa. Estaba Carolina y otras dos mujeres que pasaban bandejas con una sonrisa fija. Habían hecho entre ellas un pacto de silencio, mucho más estricto en realidad que el de Luisa Marelli. Desde el comedor un cura bastante joven le gritaba de vez en cuando a Max que bajase el volumen de ese aparato infernal. Era el único que no parecía darse cuenta de la situación, o que tenía permiso para meterse con él. Cuando le gritaba, Max subía aún más el volumen, después lo bajaba un poco y le hacía gestos, como si le hubiese concedido lo que le pedía. Me acerqué a una de las parejas que habían estado aquella noche en la terraza y les pregunté qué pasaba. "Ahora encontró ese aparato para torturarla", me dijo la mujer. Max desapareció un momento, y yo me acerqué al aparato. Bajé el volumen, y toda la gente me miró. En medio de ese silencio, y eso no lo olvidaré jamás, se oyó una carrera. Max pasó a mi lado, se precipitó sobre el sillón donde estaba Elsa y la alzó de un tirón. Ella le dijo varias veces que no había sido ella la que había tocado el aparato, sino yo. "Explícale a Inés que no me gusta que se toquen mis cosas" le dijo él y Elsa me repitió una a una las palabras. Y bien, esa fue la última vez que la vi. Entre los giros en la terraza y esa máquina habían pasado diez años de humillaciones peores que esa, pero ésa, fui yo quien la provocó.

Tarda en darse cuenta de que tiene la máquina de fotos en las manos. Quizás Luisa recuerde que se la dejó, se asombre de que no se la haya devuelto, y piense que quiso guardársela. Cuando se adelanta con

la cámara en alto, Carolina se sujeta el pelo que quiere ocultarle la cara y le grita que les saque una foto.

Inés mira a través del lente y siente un vívido amor por las mujeres.

— Salieron muy bien — dice —. Ahora, pónganse de perfil.

Las va a tomar de medio cuerpo. Encuadra a Carolina, busca el ángulo que la vuelve más parecida a Elsa y dispara. Está ensayando otro ángulo, cuando ve que a las mujeres se les espanta la cara. Carolina se precipita hacia ella y tira de la correa que Inés se colgó del cuello: quiere sacarle la cámara.

— Pasó algo — le dice, urgida —. Vamos.

No está enojada con ella. Luisa ya va adelante. Carolina corre a su lado, con la cámara en alto.

Mientras hablaba con Luisa, mientras les tomaba fotos, bajó gradualmente por el camino. Ahora, que tiene que correr cuesta arriba, el corazón le bombea. Mira hacia la zona de la barranca donde está el enrejado y ve a sus compañeros del ómnibus recortados contra el cielo del atardecer. De espaldas y con las manos aferradas al alambre, dejan colgar el cuerpo. Una mujer se cubre los ojos y se lamenta. Inés presiente que algo ocurrió allá abajo, del otro lado de la barranca, o en las rocas, o en la playa donde están los lobos. A partir de ese momento, sabe lo que va a suceder. Se verá a sí misma lamentándose o llorando con un horror exagerado. Si ella no exagera, los turistas, Luisa Marelli y sobre todo el guía que aparece tras el enrejado abrazando a uno de los muchachos, se darán cuenta de que a ella no la conmueve la pierna que cuelga desarticulada desde la rodilla ni la sangre que empapó la campera en el hombro.

Inmóvil, mira a Luisa Marelli. Luisa no se refugia en el horror. Busca en el ómnibus un lugar donde se pueda acomodar al muchacho, aconseja a todos que suban por la puerta de auxilio y le indica al chofer que arranque. — Esta mujer está acostumbrada a recibir los escombros de las catástrofes en sus manos — piensa Inés —. Casi enseguida se dice: "Veamos cómo reconstruir esto". Pero quién le hubiera dicho que un viaje tan alegre acabaría en gemidos. No empezó alegre, pero esto es peor.

Quisiera ir adelante, donde está el muchacho y abrazarlo. A su

alrededor, la gente trata de perderle el miedo a los animales y dice que no fueron dentelladas, que no hubo ataque. Un fierro que enganchó en la rodada desgarró el hombro del muchacho y después ya no pudo protegerse ni ovillarse y se fracturó una pierna. Dicen estas cosas y así alejan de sus sentimientos el odio.— No hay que odiar a los animales cuando atacan a un hombre con desorden — se dice Inés. — Un animal no conoce los órganos vulnerables de los hombres. Desgarra como puede, y por esa hendija deja ver su reino abominable. Es esta revelación la que no se puede soportar.

El ómnibus se detiene y el guía avanza por el pasillo. Camina entre los cuerpos de la gente apiñada en el suelo, llega a la puerta de auxilio, forcejea, la abre y les pide a todos los que quieran cooperar que bajen. Explica que van a atravesar un trecho difícil; el chofer quiere ir a marcha lenta para no sacudir al herido. A marcha lenta y con el ómnibus tan cargado puede empantanarse. La gente no está conforme pero tampoco puede decir que no.

Avanzan en caravana por el borde del camino, mirando la parte posterior del ómnibus y, poco después, la estación de servicio que comienza a verse a lo lejos. El ómnibus atraviesa el barro gredoso y sigue adelante. Los turistas corren. Dicen que van a abandonarlos en el camino. Uno de los muchachos alcanza el ómnibus, golpea con los puños los laterales y consigue detenerlo.

Se abre la puerta de auxilio, aparece el guía, habla con la gente. Cuando Inés llega, les está pidiendo que caminen hasta la estación de servicio y esperen otro vehículo que pasará a buscarlos. Todavía hay unos kilómetros de tierra: con el ómnibus vacío, llegarán antes al hospital. Los turistas no aceptan y, como se sienten culpables, se enfurecen. Dicen que el accidente se debe a un descuido del guía que no vigiló la seguridad. De la misma manera podría abandonarlos acá, en este lugar desierto, hasta quién sabe qué hora. Todas las mujeres están enfermas, el viento les hace mal al pecho, las enloquece. Ayudadas por los hombres, trepan al ómnibus.

Inés dice que ella va a quedarse. Luisa y Carolina la aprueban. No creen que tres cuerpos de mujer alivien mucho el peso, pero no tienen ánimo de subir. Quizás ayuden en algo. Inés cruza la correa de su bolso sobre el pecho, lo equilibra y comienza a caminar. Siente aliviarse su angustia. No es necesario que se desespere, porque hizo algo

concreto para ayudar al muchacho herido. Así actúa la gente cuando una gran desgracia ocurre cerca. Como un premio, Luisa le pasa un brazo sobre los hombros y la estrecha. Luisa, que la conoce, la aprueba. Ahora siente alegría, hasta euforia, se acaba de liberar de un gran peso, este es un momento importante en su vida.

Caminan rápido y, de una manera misteriosa, o quizás porque se acerca el atardecer, el viento se calma. La estación de servicio está más cerca. Sobre la ruta hay una persona vestida de azul, con un pañuelo o una chalina roja en la cabeza, que les da la espalda. Aunque ya no hay viento que lo despliegue, se ve que su pelo es largo y rubio. De la estación sale el encargado vestido de rojo, toma a la mujer de un brazo y trata de llevarla al edificio. Ella se resiste.

Las tres mujeres demoran el paso. No se dicen nada, pero en esa demora es fácil descubrir un acuerdo: no quieren saber más nada de estos dramas que jalonan la excursión. Ni encuentros con alumnas dilectas, ni noticias fúnebres, ni recuerdos, ni accidentes. Luisa se demora más que las otras, porque está buscando un atajo que les permita rodear la estación de servicio.

— Quisiera estar ya en Buenos Aires — le dice a Inés.

Casi irreconocible cuando se acercan, la mujer que paseaba ante la estación es, sin embargo, la muchacha rubia del puesto turístico. Inés le mira el traje azul que le queda chico. Con una irritación creciente, porque ya no quiere ocuparse de ella ni, si vamos al caso, de ninguna otra mujer en desdicha, piensa que este es el traje que usa cuando va a la ciudad alardeando negligencia, porque ella está llevando otra clase de vida en una bahía pateada por Dios donde vive la gente como ella y los animales que a él le salieron chuecos.

La muchacha rubia no está desesperada por el accidente que todavía no conoce ni va a conocer: tiene una preocupación un poco más grande. Se fue de su casa y abandonó a Van Houten, para peor con aviso: le escribió una carta de despedida. El ómnibus que acaba de pasar sin detenerse iba a recogerla. No tiene ningún compromiso con el guía, le aclara a Inés antes de que le pregunte nada. Solamente le había pedido ese favor: irse con él en el ómnibus de la excursión y que la esconda cuando llegue al pueblo.

— De ser posible en su propio cuarto — dice Inés, no porque le importe, sino porque no soporta el tono digno de la rubia.

El encargado de la estación está sentado detrás de su escritorio. Se ha puesto unos anteojos gruesos para anotar quién sabe qué en una planilla y las mira como Arthur Miller miraría a Marilyn ya al final de todo. A lo mejor, es la reticencia de este hombre la que pulsa en Inés levemente una cuerda. Va a aceptar sumarse a esta empresa siempre que se obre con calma y eficacia y que ninguna fanfarria la acompañe.

La muchacha rubia asegura que Van Houten la vendrá a buscar. Tiene un buen argumento: vendrá a buscarla porque esto ya sucedió antes y él llegó hasta acá.

— Sudoroso y sin aliento — dice, esperanzada, Inés . — Todo esto no es más que una pelea de enamorados.

Está por pedirles a las otras dos que la acompañen adentro cuando ve a Van Houten. Viene por el camino que forma el palo de la horqueta. Corre un poco, se detiene y recupera el aliento. Cuando se detiene por tercera vez, se podría asegurar que duerme. Inés recuerda una historieta: había un hombre sucio, rodeado de moscas, que se aparecía de improviso detrás de los personajes.

El encargado, que salió de la oficina, aconseja,mientras se sube el cierre de la campera, que se lleven a la muchacha dentro de la estación. El va a ir al encuentro de Van Houten y lo va a calmar. Están en esas cuando, con una corta carrera, la muchacha se les escapa y empieza a bailar delante de los surtidores. Está insultando a Van Houten. Le grita que es un gordo sádico y sucio, que no le aguanta más el olor a bolas, que está podrido en whisky, que es impotente, y que no va a limpiar más la mugre que deja en la casa.

— No revela nada que no se adivine a simple vista — comenta Inés. El encargado debe pensar lo mismo porque no parece demasiado conmovido cuando se acerca a Luisa que lo llama.

Luisa, ante todo eficaz, saca de un bolsillo interno de la cartera cinco billetes y se los tiende. El dinero no es un soborno, sino la cantidad que el hombre necesita para cumplir un encargo. Se va a llevar a la rubia al pueblo en la camioneta que tiene detrás de la estación y la va a dejar en el hotel donde ellas se alojan. Luisa, que conoce a la familia, se hace responsable de la muchacha.

Pero ahora, la rubia le está gritando a Van Houten su amor desmesurado. Inés puede oírla cada vez más claramente; también el encargado, que vacila. Luisa, en cambio, no oye. Le pide al hombre que

caliente el motor y él obedece. Apenas se oculta detrás de la casa, Luisa y Carolina se acercan a la muchacha y cada una la toma de un brazo. Cuando se resiste, la empujan sin violencia hasta la camioneta que ya está junto a ellas y la meten adentro. El encargado, sin perder un minuto, arranca.

En el medio del camino quedó la valija de la rubia. Es una valija liviana, de cuero flexible, que debieron regalarle los amigos durante esos días en que festejó su casamiento. Como no fue nunca más utilizada, se conservó más que su traje azul. Inés se queda mirando la valija con alivio. Haría bromas. Le diría a Luisa que esta vez Karénina se salvó o que esto parece el final de una película de los caminos, pero ahora Van Houten ya está muy cerca, y, aunque no le vea los ojos debajo de los párpados pesados y las cejas hirsutas, reconoce en la cara el gesto de desprecio.

— Figuritas — piensa Inés — podría hacer con esas caras. Figuritas y venderlas en los quioscos, envueltas en celofán, para un álbum que sólo llenen las niñas.

Van Houten se detiene, se recompone, abre las piernas para afirmarse, apoya el bastón en el suelo y grita.

Les dice unas cuantas cosas. Las insulta con detalles prolijamente dedicados a cada una y, de paso, se revela un observador atento: al lado de la estufa espió en detalle a las mujeres. Después de cada racha de insultos la risa lo sacude. Inés piensa que ya es suficiente y que deben entrar en la estación y dejarlo allí vomitando odio, cuando ve avanzar a Carolina. Pasa junto a ella, con el ceño fruncido y la cabeza un poco ladeada: está pensando o develando algo que Van Houten no acaba de decir.

— Largálo de una vez, gordo de mierda — le grita.

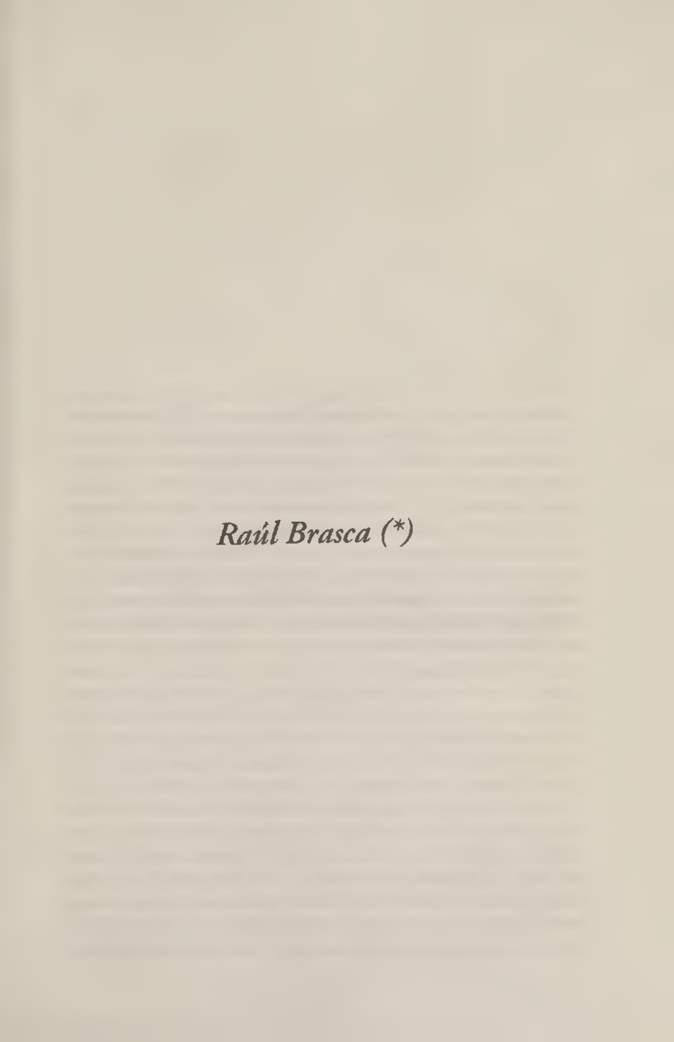
No es tanto el insulto sino el tuteo lo que sorprende a Inés. Luisa se adelanta también. Van Houten alza el brazo y señala el camino por donde se fue la camioneta.

— Va a volver — dice —. Siempre vuelve.

Alza el bastón, lo envía hacia atrás, lo trae sobre su cabeza y lo arroja sobre Carolina. Ella se hace a un lado y el palo cae al suelo con un sonido metálico. Inés, que ahora lo ve de cerca, lo reconoce. Es un arpón. — El viejo hijo de puta — piensa indignada. — Eran mentiras su amor por las ballenas.

Van Houten ya regresa. Va despacio, seguramente tranquilo. Carolina da unos pasos, recoge el arpón y lo examina como si jugase con la idea de llevárselo de recuerdo. Luisa, oficiosa, se le acerca y la ayuda a desembarazarse de la cartera que le cuelga del hombro. Carolina sujeta el arpón por un extremo que a Inés le parece equivocado, primero camina, y después corre en silencio. Cuando está casi sobre Van Houten se detiene, echa el palo sobre el hombro derecho, lo trae de regreso con envión y golpea a Van Houten en el costado derecho del cuello, junto a la cabeza. Mientras Van Houten pierde lentamente el equilibrio, se arrodilla y se extiende sobre el camino, Inés recuerda que Carolina fue siempre una excelente jugadora de base ball. Las dos mujeres se quedan un momento al lado del hombre tumbado, aunque no parece necesario, porque se ha quedado quieto desde que cayó. Inés la mira con cierto respeto hasta que ve a Luisa Marelli acercarse con un gesto grave. Quiere hacer pesar su autoridad. A Inés tanta solemnidad la fastidia.

— Se quedó dormido — le dice — por favor, no exageremos.



## *Raúl Brasca (*)*

(*) Raúl Brasca (Marcos Paz, Pcia. de Buenos Aires, 1948) es ingeniero químico. Entre 1971 y 1988 ejerció la docencia en la Universidad de Buenos Aires y, actualmente, comparte el ejercicio de la profesión con su labor narrativa. En 1987 recibió una recomendación en el "Certamen de cuento XX Aniversario" del periódico *Acción*. En 1988, obtuvo el primer premio en el Concurso Internacional de Cuento Brevísimo organizado por la revista *El Cuento*, de México, que le publicó varias de sus ficciones. Un cuento suyo figura en *Lengua y Literatura III*, de Petreuzzi, Silvestri y Ruiz (Ed. Colihue). En 1989 fundó, con otros cuatro escritores, la revista *Maniático Textual*, que acaba de cumplir dos años de vida, donde ha publicado ficción, notas periodísticas, entrevistas y comentarios críticos.

# *EL HEDONISTA*

Cambiemos de tema, ¿qué piensa usted del hedonismo?. ¿No sabe qué es?. No importa, fíjese que yo fui hedonista mucho antes de haber escuchado la palabra. No sé desde cuándo, hace tanto tiempo, son cosas con las que se nace, creo que me desteté a los cuatro años de puro hedonista. Le explico: es la doctrina filosófica que sustenta que hay que darse todos los placeres, sin excepción, qué le parece. No se ría, le estoy hablando en serio. ¿Cómo filosofía del relajo? Ah, si fuera tan sencillo..., es una posición frente a la existencia. No, tampoco es la última onda, yo no soy ningún snob, ya estuvo de moda entre los griegos del siglo V antes de Cristo. No señor, usted no entiende, no es cómodo, es una actitud de militancia permanente, una opción riesgosa. Ahora, por ejemplo, estoy en crisis por culpa de una chica a la que me acerqué con fines hedónicos. Gloria... No le voy a contar esa relación porque es algo muy íntimo, pero mire desde acá nomás, sin moverse de su asiento: ¿cuántas caras de gozadores ve entre los pasajeros de este tren?. Sobran los dedos de una mano para contarlas. Y por qué, le pregunto yo. Usted lo ha dicho: hay que poder. Y para poder hay que pelear cada instante

de goce, es mucho más fácil abandonarse a lo que venga, de ahí lo de militancia. Piense en usted mismo: el poco o mucho placer que ha alcanzado ¿le vino de arriba o se lo tuvo que ganar? ¿A que está pensando en su iniciación sexual?. No, no es telepatía, es lo primero que se le ocurriría a cualquiera, a todos nos costó . Mire, mi caso es revelador. Por suerte tengo mente analítica y eso me ayudó bastante. Ah sí, yo piso siempre sobre suelo firme, hasta que no estoy bien seguro ... La parte técnica me la enseñó un sexólogo que conocí (en mi casa no se hablaba una palabra de sexo). Fíjese que curioso, este sexólogo era bisexual. A veces pienso si negarse a las relaciones homosexuales no será una limitación para un verdadero hedonista como yo. No, por favor no se vaya, déjeme que le explique, no es lo que usted está pensando. Gracias. Yo rechazo la bisexualidad tanto como usted pero no por las pautas culturales que la sociedad impone, que son cuestiones de momento. Tampoco por razones morales, no creo que nadie deba sentirse menos hombre por ser bisexual; de hecho, los griegos no lo sentían. ¿Sabe lo que decía Platón?: *El hombre es hombre de todas las mujeres y mujer de todos los hombres.* Y lo decía Platón que no era ningún mogólico. Lo que le fallaba era la parte filosófica. Sí, a Platón. La justificación estética que ensayó para afirmar eso es tan aplicable a un muchacho como a una estrella de mar o a una yegüa *pur sang*; falta de rigor, se da cuenta. Claro, cómo va a postular la belleza de los muchachos. ¿A usted le parecen hermosos los muchachos?. Está bien, no lo tome así, vayamos a lo que me enseñó el sexólogo: suavidad, mucha suavidad, no babosear a la mujer y el correcto uso de la lengua. Sí, como lo oye. El me dijo: "Tenés que entrenarte. Agarrás un pote de yogur, de esos de vidrio, le dejás medio centímetro de yogur en el fondo y lo limpiás con la lengua en un minuto; al principio es difícil, pero se puede". Después me mostró la lengua, le sobresalía dos centímetros por debajo del mentón y la movía con la velocidad de una serpiente. Me entreno dos veces por día, confesó lleno de orgullo. Yo no sabía qué decir. Notable, dije embobado de admiración. Por supuesto, seguí sus instrucciones al pie de la letra y al mes de entrenamiento no tenía nada que envidiarle. Completé mi formación con lecturas sobre el tema y un curso de control mental. Actualmente, además, alterno los libros de texto con literatura erótica para acrecentar la fantasía. ¡No, por favor!. *Memorias de una princesa rusa*, no. Literatura, dije. *Histoire de Juliette, Trópico de cáncer, Lolita.*

En aquella época no lo necesitaba porque mis fantasías se potenciaban con la continencia, el desgaste viene con el uso. En fin, después de esta preparación, busqué una mujer. Elegí una flaca, bastante feúcha, que era medio frígida. Yo lo sabía porque algunos amigos, todos machos confiables, habían fracasado con ella. Estaba desahuciada. ¿Cómo que no fue una buena elección?. No pudo ser mejor: si yo también fracasaba la culpa iba a ser de ella, y si me iba bien sería un éxito glorioso; el riesgo era nulo. Pero me fue bien, la trastorné con la lengua. Bueno, la verdad es que estoy muy bien dotado, pero lo determinante fue la lengua. ¡Lo que es la técnica!, pensaba yo. Tan agradecida quedó la flaca que me hizo la publicidad entre las amigas, y luego cada una de ellas (me acosté con todas) le pasó el chisme a otras tantas. En poco tiempo la demanda me rebasó y tuve que ponerme selectivo; es decir, me convertí parcialmente al epicureísmo. Había acumulado tanta experiencia que prácticamente ya era el amante excepcional que soy ahora. Con estos antecedentes, ¿cómo comprender lo de Gloria?. Gloria, se acuerda, la chica que le mencioné al principio, la que me empujó hacia la crisis. Por ahí me decido y le cuento algo sobre eso. En fin, aprendí tanto que hoy, sin exagerar, puedo predecir la conducta sexual de una mujer con sólo verla. ¿Ve esa morocha de minifalda y blusa roja calada?. Esa, al lado de la viejita de anteojos. ¿La vio?. La pintarrajeada que va colgada del pasamanos. La misma. Bueno, con esa mina no pasa nada, es una histérica, le gusta hacerse desear pero ahí termina la cosa. En cambio, la gordita rubia que tiene una carpeta azul bajo el brazo, hace rato que está fichándolo al pibe aquel que lleva la camisa celeste abierta, arremangada arriba del codo. Y el pibe ya entró -está bien la gordita-, no los pierda de vista, va a a ver que él se le arrima de a poco. No, si no es adivinación, pura sapiencia nomás, por eso se me hace más increíble lo de Gloria. Escuche, usted me inspira confianza, le voy a contar cómo la conocí. Fue cuando las inundaciones, en el colegio donde van mis sobrinos. Esas jornadas de solidaridad que la gente usa para desentumecer los buenos sentimientos son ideales, todos se sienten amigos aunque no se hayan visto en la vida, y en la confusión las minas están desatadas. No me iba a perder una oportunidad así. Estaba haciendo la recorrida preliminar de evaluación cuando alguien me puso en los brazos un bulto tan grande que me tapaba la cara, ropa envuelta en una sábana o algo así. "Tené", me dijo y, por la voz, era una mujer. Esperé no más de un

par de minutos. Me sentía ridículo ahí parado, tambaleando cada vez que alguno me chocaba. Entonces dije qué hago con esto, pero ella no me contestó. Sin embargo, la oía hablando pavadas con uno y otro. Yo no iba a soportar eso. Puse, como pude, el bulto sobre mi cabeza, ubiqué a la dueña de la voz (que estaba de espaldas) y con tono poco amistoso, muy fuerte, dije: qué diablos hago con esto. Gloria se dio vuelta, me vio y soltó la risa. Se rió mostrándome toda la dentadura, unos dientes tan blancos como el guardapolvo que llevaba puesto. Parecés una lavandera, me dijo. Pero yo no estaba de humor. Me alegro de que no tengas ninguna caries, le contesté. No se imagina la carcajada que lanzó, como para mostrarme que tampoco tenía angina. Me desarmó y empezamos a conversar. Yo no podía prever las consecuencias. Qué le voy a hacer: a lo hecho, pecho. Sí, como le decía, en ese tipo de reuniones hay mucho pique. ¿Quiere que le pase algunas?. Las tengo agendadas. ¿Muchas?. Muchísimas. En esta ciudad, todos: los descastados, los dispépticos, los varicocélicos, los postergados y los prematuros, todos tienen su cruzada anual. ¿No le molesta que fume?.Cada vez que hablo de Gloria me pongo nervioso y me vienen ganas de fumar. ¿Usted qué hace cuando se pone nervioso?. Gloria hundía los dedos en el pelo, se lo empujaba hacia atrás y después sacudía la cabeza. Me gustan las mujeres que se alisan el pelo cuando se ponen nerviosas. El de ella es muy negro, largo y abultado. Hermoso. Sí, realmente hermoso. Tendría que conocerla, no sabe lo que es. Cuando terminó el turno y se sacó el guardapolvo casi me caigo de espaldas. Qué físico, viejo. Le digo que era de cine. Con la excusa del cansancio la invité al bar de la esquina. ¿Sabe lo que pidió?. Insólito: un café con leche y tortitas negras. ¡Cómo comía! Todas se las comió, y con unas ganas ... Esta mina sabe gozar, pensé, nos vamos a entender muy bien. Me contó que era maestra de la escuela y que novio, lo que se dice novio, nunca había tenido. ¿A los diecinueve años?. Debe ser muy pretenciosa, se me ocurrió. Pero parecía muy a gusto conmigo y no la vi precavida, así que ahí nomás me largué a hablarle del hedonismo. Ella me escuchaba con la boca llena y como si no se diera cuenta de mis intenciones. Recién cuando terminamos - yo de hablar y ella de comer - y después de pasarse la servilleta por los labios, me dijo: sos intelectual vos, ¿no?. ¡Qué te parece!, le contesté. Ella pensó un poco. Que se vive lo mismo pensando menos, me dijo y se levantó para irse. Desde ese sábado hasta el siguiente que la volví a ver, lo pasé tratando

de resolver la ambigüedad de la frase. Hay una anfibología ahí, ¿se dio cuenta?. Claro, ¿qué quiso decir con "se vive lo mismo"?. Primera posibilidad: que igual se vive, que por no pensar no se muere nadie. Y, segunda, que las vivencias son las mismas. Fíjese qué importante: la primera implica una actitud resignada y conformista frente a la vida. En cambio la segunda, indicaría que ella, pensando menos que yo, se sentía capaz de vivir las mismas cosas en cantidad y calidad. Qué le parece. ¿Cómo que obviamente la primera posibilidad?. No, lo obvio no existe, mi diagnóstico se inclinó por la segunda. ¿Qué tal si nos entregamos a las prácticas hedónicas?, le propuse. Yo lo estoy pasando muy bien, contestó. Me costaba explicarle que eso no era el hedonismo. Hay que optimizar, le decía. Ella me escuchaba, cómo le diría, con un interés moderado. Cuando terminé, se encogió de hombros. Será como vos decís, dijo sin mucha convicción, como quien dice "buen día" o "va a llover". Resumiendo: ese sábado no hice ningún avance. No computo como avance un único beso desprovisto de sensualidad, tipo noviecitos formales. Ahora pienso que lo mejor hubiera sido cortar por lo sano entonces, cuando todavía estaba a tiempo. No, no pude, me intrigaba la conducta y, sobre todo, era mucho el premio para abandonar el juego. Seguí viéndola, y la única diferencia entre cada encuentro y el siguiente era que yo hablaba cada vez menos y ella cada vez más. Un buen día me despabilé: había estado escuchando durante dos horas las dificultades de aprendizaje de Juancito (reflejo, según Gloria, de problemas de la casa), las arbitrariedades de la directora (que era más loca que un trompo) y las alternativas del colesterol del abuelito (a consecuencia de los muchos salamines que hedonísticamente ingería en secreto), con la misma atención que había prestado, años antes, a las enseñanzas del sexólogo. Esta mina me está jodiendo, pensé. Pero ya no podía echarme atrás. No, nada de eso, había una cuestión ideológica. Yo soy admirador de Nietzsche, mi modelo es el "superhombre": puro instinto, vida y voluntad de poder. No me permito la resignación. O metía a Gloria en mi cama o no era el hedonista que creía ser. ¿Usted leyó *Also sprach Zarathustra*?. ¿No?. Léalo, le va a cambiar la vida. Mire, mire lo que le decía: el muchacho está pegadito atrás de la gordita. Ella pone cara de distraída pero está haciendo control de calidad. ¡Las bondades de viajar a la hora pico!. Vio, nunca me equivoco, aun con Gloria, no sé ... En algún momento que no puedo precisar ella empezó a mirarme diferente.

Había un propósito de trascendencia en esas miradas largas, una decisión de comunicarme algo, y a mí se me alteraban los nervios cuando se ponía contemplativa, no me gustan los misterios. ¿Qué mirás?, le pregunté una vez. Nada, contestó ella, y sonrió como si yo estuviera al tanto de todo. Le juro que me descolocaba. No, no podía decirle eso, si en el fondo yo esperaba ansioso esas miradas; las deseaba, aunque simultáneamente me produjeran aprensión, sentía que Gloria iba a descubrirme una malformación interna terrible, un cáncer de próstata, no sé. Que yo sepa no, soy muy sano; era ella, los ojos de ella que tenían el poder de paralizarme. Había noches que no podía dormirme porque, no bien bajaba los párpados, veía los ojos de Gloria escrutándome implacables y algo que no podía controlar se me revolvía adentro. Mire, una vez me levanté de la cama con la necesidad imperiosa de verme en el espejo, de estudiar los detalles de mi cara, de verificar no sé qué. Tan extrañado estaba, que anoté la hora y escribí un breve resumen de lo que me sucedía para, a la mañana siguiente, comprobar que no lo había soñado. Y no, no había sido un sueño. Esta mina me está jodiendo, volví a pensar y decidí protegerme. La siguiente vez que ella amagó ponerse contemplativa, la apreté rápido a lo bruto y le estampé un beso tan lúbrico como no va a recibir otro. La tomé por sorpresa y se mostró confusa un segundo, pero le gustó. Eso sí, besaba muy mal; ya va a aprender, pensaba yo besándola mientras ganaba terreno con la mano. Ella me dejó hacer hasta cierto punto y se separó tan trémula que pensé que la había vencido. Lo malo fue que yo, pasado de zaguán como quedé, no podía retroceder y tuve que pedirle terapia de urgencia a una amiga. Y sí, terminé casi antes de empezar. No, qué se va a molestar, conmigo todas prefieren el sexo oral. Diga que tengo la lengua entrenada, que si no ... Me sirvió de experiencia. La vez que siguió fui prevenido, apliqué lúcidamente mis técnicas y fingí pasión, pero por dentro me mantuve más frío que un calamar. ¿Por qué no va a poder?. Si está sexualmente satisfecho puede, es una cuestión mental. Bueno, aunque sea créame que yo puedo. Me parece que usted retoza poco, mi amigo. No, no se ofenda, tiene razón, yo no sé nada de su vida íntima. Discúlpeme. En fin, la táctica dio resultado; llegué bastante más lejos, y cuando Gloria aplicó el freno y se apartó, supe que sólo era cuestión de tiempo. Entonces le trabajé la moral: que me moría de deseo, que tanta excitación insatisfecha me hacía daño, que así me empujaba a la cama

con otras. Y ella, sabiendo tan bien como yo que estaba vencida, me dice: sé que sólo me querés a mí; como si me dijera qué importa que otras pongan el órgano si lo importante me pertenece. Craso error. No sé de dónde sacaba tanta seguridad en sí misma, Gloria. Pero la rendición estaba cerca. Fue cuando al abuelito, un salamín indócil le cayó definitivamente mal. Sí, se murió. ¡Eh, no me mire así!. Es la verdad; la presencia concreta de la muerte desata en las personas una rebelión de las fuerzas de la vida. Gloria era huérfana de padre y lo adoraba al viejo, sintió un vacío insoportable que debía llenar de algún modo. ¡Bendito sea el nono!, pensé. Estaba entregada, ávida de un calmante poderoso que la colmara. Y ahí estaba yo. Sin embargo, atento a las experiencias anteriores, me cuidé muy bien de controlar mi entusiasmo. Le fui aplicando toda la artillería liviana hasta sentirme dueño de su voluntad y fue justo en ese punto, cuando ya nada alcanza, que tuvo un impulso absurdo. ¿Sabe lo que me hizo?. Es de no creer. Escuche bien: me hundió el meñique en el agujero de la oreja. ¿Insinuación?. Violación, diría yo. Sí, duro como una estaca. Qué va a ser excitante; se nota que usted sólo probó la puntita del gotero. No, no es que me haya dolido tanto, fue la sensación. Reaccioné bruscamente, como la vez que una mosca se me quiso meter ahí. Pero luego me dio risa, no podía parar de reírme. Ella se ofendió . Si es lo que siempre digo: el que no sabe es como el que no ve. Después quise seguir pero estaba empacada; ningún reproche ni lágrimas, ningún desborde: empacada como una mula. Y yo - ahí sí que me equivoqué -, en lugar de arremeter con los tanques me puse persuasivo; hasta tierno, le diría. Le acariciaba el pelo, la besaba en la frente, le decía palabras suaves. Al principio, ni para atrás ni para adelante. Después fue aflojando de a poco; al final me dijo: lo mejor de vos es lo que no mostrás, frase hermética si las hay. Pero ya ella había vuelto a temperatura ambiente y yo había desperdiciado la mayor oportunidad de placer de mi vida. ¿Usted entiende por qué hice eso?. Si lo entiende explíquemelo, porque yo, la verdad... Sí, puede ser. Hum, eso me preocupa: la compasión es un sentimiento que no me está permitido, se opone a la voluntad de poder. Observe: ahí bajan la gordita y el muchacho abrazados. ¿Qué le parece?. Está bajando de este tren la reserva moral de la nación. En fin, el sábado que siguió ... La verdad, no sé por qué le cuento estas cosas tan mías a usted, que lo acabo de conocer. Bueno, lo encuentro muy receptivo, y además es difícil que la

casualidad vuelva a juntarnos. Sigo. El sábado que siguió, Gloria mencionó muy pronto lo que se había callado la vez anterior. "Te reíste de mí como un salvaje el otro día", dijo. "Soy un salvaje, ni te imaginás", le contesté. "¿Un salvaje que no sabe cuándo una mujer está decidida a todo?", siguió ella. Yo, sorprendido, la miraba sin responder. "Quiero acostarme con vos", agregó. Qué momento, no me salía nada, sólo hice un gesto de satisfacción. Luego llamé un taxi. Ya en el viaje fui preparando el clima. Ella tenía una tranquilidad y una alegría irresponsables. Decía las mismas palabras cariñosas de siempre, esas remanidas confesiones de amor, lugares comunes que terminan por aburrir. Para mí que negaba la excepcionalidad del momento. Yo hacía lo que podía, le murmuraba al oído las cosas que pensaba hacerle y trabajaba con las manos. Ella me dejaba, pero no sintonizaba la misma onda. Cuando entramos en la habitación se escurrió al baño y cerró la puerta. Irá a higienizarse, pensé. Cómo tardaba. Bah, a lo mejor no tardó tanto, aunque a mí me pareció un siglo. Para acortar la espera fui sacándome la ropa de la cintura para arriba. "De pronto, la puerta se abrió y apareció toda desnuda. ¿Usted sabe lo que es el shock térmico?. Es un descenso abrupto de temperatura que se usa para pasteurizar la leche: mata todo. Bueno, Gloria me pasteurizó. Claro hombre, cómo va a obviar etapas: el erotismo es una serie de actos progresivos y ordenados. Desnudarse mutuamente es un paso imprescindible. No sé qué cara habré puesto que ella se detuvo como tocada por un rayo paralizante, hasta la sonrisa se le detuvo.La hubiera visto parada frente a mí como una estatua clásica. Qué piernas, qué tetas, qué proporciones; la Venus de Milo con brazos, parecía. ¿A usted lo calienta la Venus de Milo?. A mí tampoco. No sabía qué hacer, si sacarme los pantalones y los zapatos o ir y abrazarla. Me decidí por abrazarla. En el espejo la veía de atrás : tiene el culo más perfecto que yo conozca. Pero no había caso, mi ánimo estaba por la rodilla. Para peor, ella no hacía más que decirme "te quiero". Qué se le puede decir a una mujer, que en semejantes circunstancias, le dice a uno algo así. En la cama no puedo decir "te quiero". Póngase en mi lugar: yo tratando de encaminar la situación y ella perturbándome con esas dos palabritas. No me dejaba concentrar, era insoportable. El tiempo pasaba y yo seguía en punto muerto, cada vez más nervioso. Gloria, al contrario, ganaba en desenvoltura. Figúrese, es como si el vaso le indicara al vino la manera de volcarse dentro de él.

Además, tocaba de oído y le salía realmente muy mal. Me irritaba, tanto más cuanto mayor era el despliegue que hacía. Al final se le agotó el repertorio y me miró como suplicando, acalorada y humedecida, con las mejillas muy rojas. Puro simulacro; yo capto al vuelo la inminencia del placer y no sentía la menor vibración hedónica. Eso era el colmo y no lo aguanté. "Pará nena - le dije-, no te gastes en gimnasia si no sos capaz de sentir como mujer; es inútil, conmigo y con cualquier otro". Me miró a los ojos despacio, primero como incrédula y luego en esa mirada temible que yo le contaba, y saltó de la cama como si hubiera visto el virus del SIDA en persona. Volvió a encerrarse en el baño. Una lástima, si me hubiera dejado habría encontrado la forma, siempre la encuentro. Me quedé ahí confundido, esperando. No veía las cosas con la claridad de ahora: los gestos y las reacciones de Gloria habían sido muy convincentes y yo me había apesadumbrado, tenía una sensación de despojo que no podía precisar claramente. Así y todo, trataba de organizar mi cabeza para arreglar las cosas. Un hedonista no puede fracasar. Si la puerta del baño se hubiera abierto dos minutos más tarde posiblemente lo hubiera logrado, pero cuando se abrió, me tomó desprevenido. Gloria salió vestida y cruzó la habitación resuelta a irse sola. Entré en pánico. Tenía que detenerla y actué por impulso, hice algo que su estructura mental no podía entender en su verdadero significado. Gloria, la llamé. Ella se detuvo y me miró con frialdad. Las palabras no me salían. Entonces le sonreí enigmático, y para ofrecerle lo mejor de mí, lo que ninguna había dejado de valorar en grado superlativo, le mostré, sacándola de a poco, solemnemente le diría, todo el largo de mi lengua. Y mire, habrá pasado tan rápido como la sombra de un meteoro pero yo lo vi, estoy seguro: hubo un instante de admiración en su cara, aunque lo que quedó fue lo que ella quiso mostrarme : repugnancia, desprecio. "Inmundo", dijo antes de dar el portazo. Qué le parece. Comprendo su silencio. Todos los días la espero a la salida de la escuela y se niega a hablarme. Allá voy ahora. Yo estoy dispuesto a perdonarla, la he perdonado. Sí, ya sé que un hedonista no debe insistir en el fracaso, pero no tengo alternativa. De ahí que esté en crisis. ¿Recuerda que le hablé de una sensación de despojo? No tardé mucho en precisarla: Gloria se quedó con todo el placer que yo era capaz de sentir. Me bajo en la próxima.

## *UNA MELODIA QUE CREIA NO RECORDAR*

Cuando oyó cantar a la mujer, un trazo torpe le arruinó la caligrafía. Alzó bruscamente la cabeza y, temiendo lo peor, apagó la lámpara del escritorio. Y él que había pensado que ése era un lugar seguro... Se dio vuelta con aprensión, muy despacio, y vio la luz amarilla que entraba desde afuera. Era inconcebible: el ventanal de enfrente, gemelo del suyo en el otro cuerpo del edificio, estaba abierto e iluminado. ¿Quién que no fuera él querría vivir en un lugar así, último piso por escalera, sobre una calle casi siempre inundada y muy lejos de cualquier medio de transporte?. En puntas de pie, fue a investigar. Apenas había asomado un ojo cuando se apartó espantado: la vecina, una rubia joven, cantaba en bombacha y corpiño. Hundió la cara entre las manos: él también estaba en calzoncillos. Era verano y en el último piso, bajo la losa recalentada por el sol, parecía respirarse el propio aliento. Si cerraba el ventanal el calor lo mataría. Pero la vecina parecía muy contenta de vivir allí, la canción insistía en "la felicidad" y ella cantaba muy fuerte recomenzando con mayor entusiasmo cada vez que prometía terminar. Muy abatido, se sentó a analizar la situación sin lograr concentrarse. Sólo atinaba a mirar el ventanal, que nunca le había parecido tan grande, y entonces pensaba que el pozo de aire que lo separaba del de ella era ridículamente angosto: apenas dos metros y medio.

La solución se le reveló de golpe con tanta violencia que se puso

de pie. La iba a enmudecer. Cuando ella lo viera en calzoncillos se le iba a atragantar "la felicidad" y correría a encerrarse. Caminó resuelto hasta la puerta de entrada y, de espaldas al ventanal, encendió la luz. Esperó. El canto seguía inalterado y él se sentía desnudo y vulnerable. Estuvo por apagar la luz, pero a último momento desvió el brazo e inició un bostezo fingiendo desperezarse. El gemido largo y penoso que le salió lo sofocó de vergüenza. En seguida, sorprendido de que ella siguiera cantando, la miró de reojo. Estaba como abstraída en la ropa que acomodaba. Desconfió, se acercó con sigilo al ventanal y lo recorrió de punta a punta con estudiada soltura. Ella continuó impasible. Lo volvió a intentar, carraspeando. Y luego sonándose la nariz. Era inútil: la vecina no le hacía caso. En cambio él, sin saber por qué, la miraba a cada momento. Se asombró al descubrir que era por la bombacha, muy de su gusto, blanca, puro algodón, a la cintura y con puntillas. Saberlo lo tranquilizó. Por lo pronto, decidió actuar como ella : no ocultarse e ignorarla. Tomó el texto que había estado traduciendo y, simulando leer, comenzó a caminar en círculos en el centro de la habitación, debajo de la lamparita. Una última mirada fugaz y la vio inclinada metiendo la sábana debajo del colchón. La bombacha le quedaba chica, muy chica. Balanceó la cabeza ruborizado y empezó realmente a leer.

— Buenas noches.

La miró incrédulo, incapaz de devolverle el saludo. Sentada en la cama (de bronce, de dos plazas), la vecina, semidesnuda, le sonreía amablemente.

— Perdone, ¿lo molesto? — dijo ella como si temiera ser inoportuna.

— No, es que ... — pensaba que él nunca hubiera elegido una cama tan ostentosa ni la hubiese ubicado así, justo en la boca del escenario —. Es que ... usted canta.

— ¿Qué otra cosa puede hacer una mujer implume a estas alturas?— dijo ella y ensayó un *tremolo* breve y agudo.

— Es que usted debe comprender — dijo entrecortadamente — para mí la tranquilidad es fundamental. Soy traductor de arameo, es un trabajo que exige mucha concentración.

— Y yo si no canto me muero — contestó la vecina con naturalidad; y remarcando cada sílaba, agregó: —Me-mue-ro.

El vaciló, no encontraba un argumento de mayor peso para oponerle.

— Pero ... el canto le gusta ¿no? — siguió ella como alarmada de encontrarse ante un probable monstruo.

El advirtió el peligro, pero no quiso mentir.

— Sólo el gregoriano, un poco — respondió sin convicción.

La vecina pareció tranquilizarse y frunció el ceño como buscando en su memoria.

— No, no recuerdo — dijo —. A ver, cánteme un poquito . Se inclinó muy seria hacia adelante, dispuesta a escucharlo. — Déle, empiece.

— No, de ninguna manera — dijo él y tosió —. Lo que quería decirle es ...— no lograba ordenar las palabras y ahora ella no lo esperó, afirmó las dos manos sobre el colchón, volcó la cabeza hacia atrás, y arqueando la espalda lo apuntó con sus grandes pechos. Estuvo así más de un minuto. Luego, parsimoniosa, recuperó la posición inicial y lo miró ausente, parpadeando como si saliera de un trance. Parecía no recordar de qué estaban hablando.

— ¿Va a cantar o no va a cantar? — dijo por fin.

Sonriendo a duras penas, enrojecido, y con un débil reproche en la mirada, él se demoraba en responder.

— Bah — exclamó ella con el tono de quien dice algo definitivo—, usted no me interesa —. Se paró y, dándole la espalda, continuó haciendo la cama.

A él la sonrisa se le fue deshaciendo, y quedó con la mandíbula colgando y la boca abierta. Luego, un poco por despecho y otro poco obligado por la indiferencia de la vecina, volvió a la mesa de trabajo pero no se sentó. No podía estarse quieto y a cada segundo miraba el ventanal. Cuando ella reinició el canto, él, con un largo suspiro, se dejó caer en la silla resignado a escucharla. La canción le seguía pareciendo horrible, pero la vecina era bastante afinada. Y debía reconocer que no tenía fea voz. Claro, alguien tendría que orientarle el gusto y enseñarle a evitar la crispación en los agudos. Estaba pensando en San Francisco Solano, que había rendido a los salvajes con su violín, cuando le brotó una melodía gregoriana que creía no recodar. Lo tomó por sorpresa y la reprimió asustado, como a un estornudo.

— Oiga — dijo ella —. El caminó hacia el ventanal como si alguien lo empujara de atrás —. ¿Cuándo piensa bajar a la calle?

— El sábado — contestó muy seco. Ella no se conformó y lo

siguió mirando interrogante —. Bajo sólo los sábados para hacer las compras, tengo una mochila — agregó él con desgano.

— Lo envidio, usted sí que es un hombre inteligente. Yo hoy trajiné por las escaleras como mil veces y ahora que me puse cómoda veo que no tengo papel barrilete.

— ¿Papel barrilete? — preguntó con curiosidad.

— Claro.

El quiso disimular su desconcierto.

— No tengo — dijo —, pero si quiere puedo bajar a comprar.

— No, por favor, cómo va a bajar en día martes.

— Tiene razón — se apuró a decir, reprochándose tanta complacencia —. Tengo papel manteca, si quiere.

Ella puso cara de preocupación y quedó pensativa un instante.

— No es lo mismo, pero en fin ...

— El problema es cómo se lo alcanzo — se entusiasmó él —, si se lo tiro se va a volar.

— Espere, todo tiene solución — dijo ella y se dio vuelta buscando algo en el piso. Luego se agachó y los ojos de él se prendieron a la bombacha. Ella se enderezó con algo en la mano.

— Tome, póngalo adentro y me lo tira — dijo la vecina y disparó. El agitó los brazos inútilmente, porque el zapato le rebotó en el pecho y casi sale por el ventanal. Lo levantó rápido y fue a la cocina. Era un hermoso zapato. Lo miró bien, haciéndolo girar despacio a la altura de los ojos, y le impresionaron la armonía de sus curvas agudas y la esbeltez del taco, la intensidad del negro y el brillo lujoso que desprendía. Con algún recelo, se lo acercó a la nariz y aspiró profundamente. Un embotamiento tibio le distendió el cuerpo y la melodía gregoriana comenzó a rondarlo de nuevo. Hubiera deseado prolongar ese momento, pero ella esperaba. Plegó el papel y lo acomodó adentro. Luego volvió al ventanal y lo arrojó. La vecina lo abarajó en el aire.

— Gracias, no sabe de qué apuro me ha sacado — dijo ella radiante. Y mimando el papel contra su pecho se fue cantando a su cocina.

El la siguió con la mirada, que quedó vacía cuando desapareció. Se tendió en la cama y tomó un libro. Lo dejó. Luego se propuso traducir, pero las palabras precisas no acudían: ahora la melodía

gregoriana le ocupaba todo el cerebro. Sin poder evitarlo empezó a entonarla a media voz.

— ¡Venga! — la oyó gritar con urgencia catastrófica. El calló, y pensando que ella le iba a pedir que cantara, fue corriendo —. ¿Usted duerme con el ventanal abierto?.

La expresión ansiosa y expectante de la mujer lo descolocó.

— Sí — dijo con temor — , estamos en verano.

— Cómo puede ser, qué barbaridad — se indignó la vecina.

— Con la habitación cerrada me deshidrataría enseguida — dijo él, disculpándose —, sería fatal. Yo no pienso molestarla.

— No se trata de eso. Usted no podría molestarme, tengo el sueño pesadísimo — respondió ella todavía alterada.— Es que duermo desnuda ¿sabe?.

La imaginó tendida en la penumbra lunar de un cuadro de Rubens y se estremeció. — Yo no la miraría ... es decir, no me permitiría mirarla.

— Puede mirarme, si quiere. — Ella hizo un gesto de fastidio. — Se trata de otra cosa.

El estaba perplejo.

— Vamos, no se haga el ingenuo.

Se esforzaba por comprender pero la vecina se mostraba muy parca.

— Si usted me dijera, yo le juro ... quiero decir, le encontraríamos la solución — casi le rogó.

Ella se irguió muy derecha, como dispuesta a enfrentarlo.

— Es obvio — dijo, — usted va a aprovechar para tirarme cosas mientras duermo, monedas, migas de pan... y eso tendría consecuencias.

— Pero no tiene derecho — se exaltó él —, soy un caballero — y se la quedó mirando fijo con aire ofendido.

Ella le sostuvo la vista como evaluándolo. Parecía indecisa.

— Está bien, le voy a creer — dijo —, voy a prepararme para dormir. Buenas noches —. Dio media vuelta y entró cantando al cuarto de baño.

El, con la luz apagada, se tendió en la cama boca arriba. Poco después oyó la puerta del baño que se abría, oyó el canto que se volvía íntimo y disminuía para terminar, y oyó el crujido del colchón cuando ella se acostó. En seguida, por un súbito oscurecimiento del ventanal,

supo que había apagado la luz. Permaneció atento unos minutos: el silencio era total. ¿Ya se habría dormido?. Se dio vuelta hacia un costado y luego hacia el otro, pero donde ponía los ojos veía mujeres de Rubens durmiendo desnudas. Era noche de luna llena y el ventanal proyectaba una larga franja de luz. Desvelado, vio cómo la franja se acortaba hasta desaparecer. Entonces, la imaginó creciendo en la habitación de enfrente, imaginó que se estiraba hasta la cama, y trepaba, y la cubría. No debía mirar. Pero ella le había dicho que podía mirarla. ¿Qué tenía de malo si miraba un segundo y volvía a acostarse?. Esperó un rato agazapado en la cama, después se levantó y sigilosamente fue hasta el ventanal.Una suave claridad iluminaba a la vecina; dormía boca a bajo, con el pelo suelto sobre la sábana y las grandes nalgas libres acaparando la luz. La contempló absorto, como detenido él también en la serenidad del cuadro. Luego, mientras se mordía el labio inferior, sintió que algo oculto, ignorado, pero que reconocía como suyo, se le iba desplegando adentro. Se sintió joven y audaz. Vio la bombacha que languidecía en el respaldar de la cama y sonrió indulgente. Migas de pan, monedas ... recordó con la sonrisa más ancha. Fue hasta el placard y vació los bolsillos. No, las amarillas no, tenían que ser plateadas.

Tiró una y contuvo el aliento. La vecina no se inmutó. Tiró otra; y luego otra más. Ella seguía imperturbable. Entonces, con enorme regocijo, le fue agregando brillos. La miraba y parpadeaba a cada destello. Casi devotamente, despidió la última moneda con un beso. Miró sus manos vacías y la miró a ella. No se resignaba. Se sentía dueño de un vigor formidable y su determinación era absoluta. Se encaramó al ventanal y tomó impulso. ¿Qué son dos metros y medio?, pensó.

# *TRIANGULO CRIMINAL*

Vayamos por partes, comisario: de los tres que estábamos en el boliche, usted, yo y el "occiso", como gusta llamarlo - todos muy borrachos, para qué lo vamos a negar - yo no soy el que escapó con el cuchillo chorreando sangre. Mi puñal está limpito como puede apreciar; y además estoy aquí sin que nadie haya tenido que traerme, ya que nunca me fui. El que huyó fue el "occiso" que, por la forma como corría, de muerto tiene bien poco. Y como él está vivo, queda claro que yo no lo maté. Al revés, si me atengo al ardor que siento aquí abajo, fue él quien me mató. Ahora bien, puesto que usted me está interrogando y yo, muerto como estoy, puedo responderle, tendrá que reconocer que el "occiso" no sólo me mató a mí: también lo mató a usted.

## *REVELACION DE LA MUSICA*

Sentado al piano sobre la banqueta de terciopelo, el adolescente estudia "Elegía" de Massenet. La ejecuta una y otra vez con dulzona morosidad; las notas languidecen como el propio muchacho que, aburrido, aparta los ojos de la partitura y recorre vagamente la pared hasta detenerse en la tela. Allí, un par de flamencos rosados hunden sus largas patas en un estanque azul de ultramar. El adolescente entra en el cuadro, irrumpe con violencia entre las aves y, con dos golpes secos, les quiebra las patas. El sonido de los huesos quebrantados resuena en la sala de música. Los martillos del piano enloquecen : un vertiginoso "staccato" de notas azules salpica la pana de los sillones Luis XV. Las cuerdas se estiran tanto que emiten graznidos dolorosos. Algunas se cortan con un estampido y un disonante batir de plumas sobre agua decrece hasta morir. El muchacho vuelve a su sitio. Palpita de agitación y lo inquieta un oscuro sentimiento. Ha conocido una música perversa, agónica y equívocamente sensual. Le ha parecido soberbia.

## *MORIR DE VERDAD*

La primera vez que morí me aplastó un camión. De inmediato me vi sentado en una nube, con una túnica blanca como único vestido. Parado ante mí, un arcángel rubio me preguntó :

— ¿Crees en Dios, nuestro Señor?

— No, nunca creí en Dios, salvo en el que anida en mí y en todas las cosas — dije.

Entonces el arcángel me atravesó con su espada y mi conciencia se disgregó entre millones de gotitas de agua; fui nube dentro de la nube. Esa fue la segunda vez que morí.

Mientras me esforzaba para unirme de nuevo, el arcángel, ominosamente parado sobre mí, volvió a preguntarme:

— ¿Crees acaso en mí que descanso sobre esta nube?

Pensé un poco y concluí que un arcángel es mucho menos verosímil que un dios. Respondí:

— No, no creo.

Y en el mismo momento, sentí que empezaba a recuperar la unidad. Mi conciencia se iba uniendo, se formaron gruesas gotas. La nube se hizo lluvia, lluvia que acaba de caer en medio del océano. Ahora,

agua en el agua, estoy diluyéndome en mares infinitos. Intuyo que será mi última muerte. Me debilito rápidamente. Me parece comprender que los océanos son abismos donde se ahogan las conciencias de los escépticos. No estoy segu

## *TELEQUINESIA*

— Habrá que creer o reventar — le dijo el hombre que salía de la habitación cuando él entraba.

El terminó de entrar. La mujer esperó que se sentara, cerró los ojos y, con voz cavernosa, llamó a la mesa provenzal que estaba en el primer piso. Moviendo ágilmente las patas, como un perfecto cuadrúpedo amaestrado, la mesa bajó por la escalera.

— Esto es increíble — exclamó él. Y, antes de que pudiera explicarse mejor, reventó.

## *SALMONIDOS*

Es universalmente reconocido que los salmones concurren a desovar al lugar donde nacieron. Para ello recorren enormes distancias en el mar y luego remontan el río hasta la naciente. Allí depositan sus huevos, en el mismo sitio donde sus padres depositaron los suyos; y también sus abuelos. Me gusta pensar que hay un único lugar en el mundo, bajo las aguas de un río que no conozco, hacia donde concurren todos los salmones de la Tierra en la época de la procreación. Allí Dios depositó el primer huevo del primer salmón.

## *PESCANDO*

Lo veía allá abajo empequeñeciéndose por la distancia. Agitaba los brazos como una marioneta en medio de un enjambre de puntos blancos y su gorra boyaba lejos, solitaria. Después la imagen empezó a nublarse, ya casi no lo veo. Trato de hacer memoria. Estábamos en la escollera, él había intentado proteger sus sardinas de las gaviotas; recuerdo un revuelo de alas blancas alrededor de la cabeza y, confusamente, el aleteo violento que le castigó la cara cuando un picotazo certero nos separó. Y a él que se quedaba allí, hueco, debatiéndose. Y yo que me iba - que me voy - cautivo, por el aire cada vez más seco, mirándolo.

## *ESPIRITU AVENTURERO*

Conocí todas las selvas, los desiertos y los hielos de la Tierra. Solo, en el fondo de la caverna más profunda, vi las flores que mueren cuando se las ilumina y oí el lento gorgoteo de los líquidos invisibles, la continua digestión del mundo. Ni los monstruos de las fosas abisales, ni los seres gelatinosos y transparentes de los planetas cercanos me son extraños. Estaba en la plenitud de mis fuerzas cuando agoté el espacio posible para la aventura. Entonces conocí el aburrimiento, la desesperación de haberlo visto todo.

Por eso me lancé a navegar en el mar del tiempo. Vi a Sodoma hundirse entre nubes de azufre y quemarse la biblioteca de Alejandría, vi un hombre tenaz que inauguraba el fuego cuando los glaciares demolían el paisaje. Había notado que, casi insensiblemente, las cosas ocurrían cada vez con mayor lentitud, pero al principio no le di importancia. Primero la barba no me crecía, luego el áspid no terminaba de picar a Cleopatra, después podía seguir el recorrido del relámpago como había seguido en mi casa el crecimiento de un ciruelo.

Ahora estoy atrapado en el vértice del remolino: en el puro

tiempo. Es terrible para un espíritu como el mío, este estado en que nada puede ocurrir: ni mi fuga, ni mi muerte.

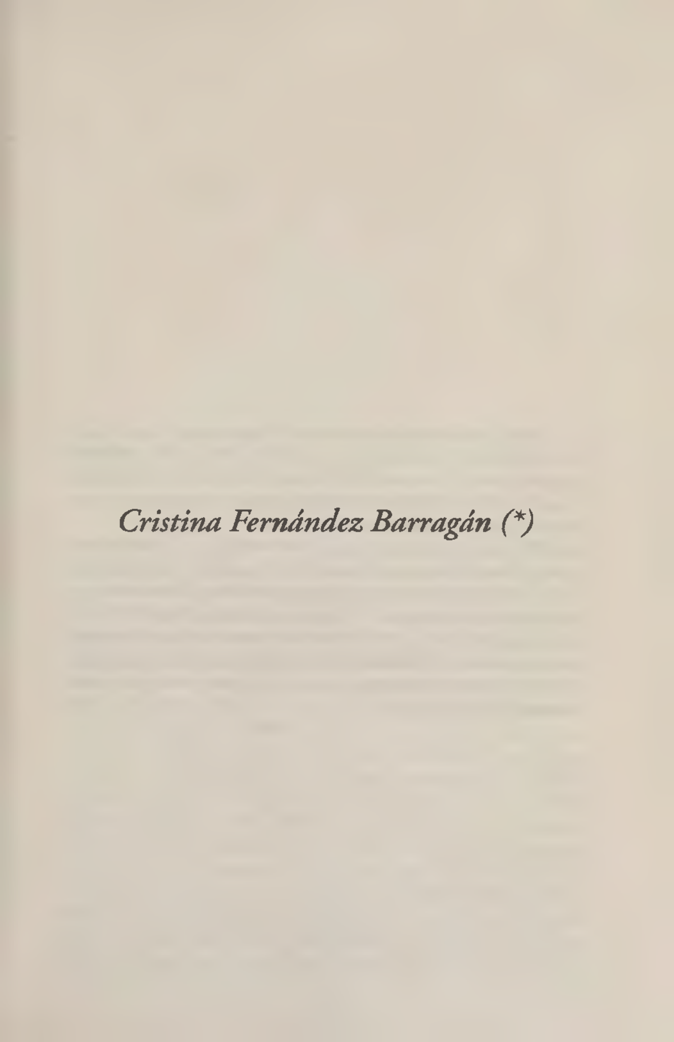
## *PERPLEJIDAD*

La cierva pasta con sus crías. El león se arroja sobre la cierva, que logra huir. El cazador sorprende al león y a la cierva en su carrera y prepara el fusil. Piensa: si mato al león tendré un buen trofeo, pero si mato a la cierva tendré trofeo y podré comerme su exquisita pata a la cazadora.

De golpe, algo ha sobrecogido a la cierva. Piensa: si el león no me alcanza ¿volverá y se comerá a mis hijos?. Precisamente el león está pensando: ¿para qué me canso con la madre cuando, sin ningún esfuerzo, podría comerme a las crías?.

Cierva, león y cazador se han detenido simultáneamente. Desconcertados, se miran. No saben que, por una coincidencia sumamente improbable, participan de un instante de perplejidad universal. Peces suspendidos a media agua, aves quietas como colgadas del cielo, todo ser animado que habita sobre la Tierra duda sin atinar a hacer un movimiento.

Es el único, brevísimo hueco que se ha producido en la historia del mundo. Con el disparo del cazador se reanuda la vida.



*Cristina Fernández Barragán (*)*

(*) Cristina Fernández Barragán nació en Buenos Aires y estudió en la Facultad de Letras y en la Facultad de Derecho de la U.B.A., en donde se graduó como Traductora del idioma inglés. Residió varios años en Estados Unidos, donde realizó cursos de extensión universitaria en la Facultad de Humanidades de U.C.L.A.
En 1980, un cuento suyo mereció la Recomendación del Jurado (Beatriz Guido, Isidoro Blaisten, Luis Gregorich y Fernando Alonso) del Primer Concurso Latinoamericano de Cuentos de la revista *El Ornitorrinco*, y en 1985 ganó el premio del VII Concurso de Cuentos Emiliano Barral de Segovia, España. En 1990 publicó en una antología de autores premiados del Instituto Andres Laguna de España y tiene en preparación un ensayo sobre Vladimir Nabokov. Actualmente dirige la reviste literaria *Maniático Textual*

# *EL SADICO DEL BESO*

¿Cómo iba a saber que los hombros estaban a una misma altura, si ahí no tenía ni un miserable espejo? En fin... más o menos. Y ahora, encolumnar la cabeza con el tronco y la pelvis, como decía la profesora. Adentro de esa pieza no se podía respirar, pero si abría la ventana, que daba al "aire y luz" del edificio, lo único que conseguiría era llenarse de hollín. Los brazos sueltos, bien sueltitos y las manos sobre los muslos, abiertas, entregadas. Las piernas plegadas. Además, el aire y luz era como una corneta: transportaba los ruidos con una acústica asombrosa. Nítidos, como subiendo en ondas, llegaban los retazos de las peleas de la gente y el batifondo de las cacerolas en las cocinas. No era una decisión fácil abrir la ventana. Los empeines bien metidos debajo de los glúteos, aunque duelan; ahora había que cerrar los ojos y levantar el mentón, concentrarse en un punto arriba de la cabeza, imaginar que se abre y por ese hueco entra la energía. No; era inútil, se ahogaba, sentía el sudor brotándole de todos los poros. Caminó hacía la ventana y la abrió de par en par. La sorprendió el silencio que había y la quietud que reinaba en el agujero negro del aire y luz; las ventanas de los baños, además, estaban

oscuras, así que por el momento tampoco tendría que soportar esas expectoraciones triunfales (o especies peores) que se elevaban amplificadas hasta el horror. Inclusive, había una brisa leve y reconfortante, que un perfume muy tenue a repollos no alcanzaba a arruinar del todo. Era como un milagro; así que volvió a su sitio y armó de nuevo la posición. Cada cosa tenía que estar en su lugar; si no, la concentración era imposible. Los huesos de la pelvis eran siempre los que más trabajo le daban, porque tenían que sostener el peso del tronco sin arquear la columna. Estaba por lograrlo cuando tronó la voz.

— "La española cuando besaaaaaa..."

Ella pegó un salto.

— "... es que besa de verdaaaad"

La última sílaba fue sostenida con envidiable potencia. El vozarrón sonaba tan fuerte y tan cerca que era como si el tipo estuviera metido adentro de la casa.

Ella abrió los ojos.

No podía ser cierto lo que estaba sucediéndole. Era injusto. Hacía mucho tiempo que el tipo no cantaba y ella creyó que se había mudado. Se quedó estática, mirando hacia la ventana, esperando la próxima estrofa, porque el pasodoble ya se lo conocía nota por nota. Pero nada; otra vez el silencio. El sujeto había desplegado ampulosamente por los aires los dos primeros versos y ¡blum!, se había caído por el agujero del inodoro. No; no era tan optimista como para creer eso; aquel mutismo repentino era la forma más refinada de la tortura: esa sospecha insidiosa de que el silencio no era sino un espejismo, una estafa; que en cualquier momento la vida se iba a estropear porque el tipo iba a seguir cantando "y a ninguna le interesa ..." y entonces ya nada iba a ser igual sobre este planeta. Esa espera llegaría a ser una desdicha peor que escuchar el pasodoble; el muy sádico lo sabía y callaba.

Deshizo la posición nuevamente y caminó hasta la ventana. Todo estaba oscuro, pero eso no quería decir nada, porque la voz viajaba desde un recodo del aire y luz que no se podía ver desde esa pieza, un recodo que conectaba con otras casas; así que vaya uno a saber dónde vivía el ser tenebroso capaz de gozar cantando esa singularísima pieza popular. Aguzó el oído tratando de detectar algún sonido de agua - porque el tipo solía cantar en la ducha -, pero todo era silencio y paz. ¿Lo habrían llamado para comunicarle una desgracia? ¿Se habría cortado con

la hojita de afeitar? Quizás algún vecino sensible había averiguado su dirección y lo había asesinado por fin; se imaginaba los titulares: "Misterioso crimen en la bañadera; no hay pistas". Siguió esperando unos minutos, pero el caso parecía cerrado por el momento, así que iba a intentar la concentración una vez más. Por si acaso, cerró la ventana. Bien, veamos; para que no le dolieran los empeines se iba a poner un almohadón; así estaba mejor; hacía calor pero ya no le molestaba tanto. La boca floja, la lengua pegada al paladar, el cuello bien derecho. Lentamente iba a ir sintiendo un cosquilleo en la parte superior de la cabeza que indicaba que la energía iba penetrando su cuerpo. Esa energía era la que iba a cambiar todo, porque ella tenía que dejar de moverse como una verdulera, había dicho la profesora.

Justo en ese momento, estalló de nuevo el grito asesino :

— "... y a ninguna le interesa ...
besar por frivolidaaaad."

Ella estaba al borde de las lágrimas. El tipo cantaba tan fuerte que era inútil tener la ventana cerrada.

— "El beso ... , el beso en Españaaa..." — siguió el energúmeno, y sostuvo otra vez la última nota de una manera exasperante. Debería existir un servicio de salvataje para casos como ése. Ella se abrazó las rodillas y las pegó contra la frente como defendiéndose de un ataque. Esperó, casi sin respirar, porque ahora venía lo más siniestro; en posición fetal lastimaba menos.

— "lo lleva — la hembra — muy dentro — del almaaa..."

Después de "alma" ella siempre se sacudía toda, le daba como un escalofrío. Podría haber tenido mejor fortuna en la vida: le podría haber tocado un gallego al que le gustara Serrat. Tenía que hacer algo; tenía que taparlo antes de que fuera demasiado tarde. Fue hasta el equipo y buscó entre los casetes. Rápido, lo primero que aparezca, a ver ... "El esplendor del Barroco", fantástico. Bien fuerte el volumen. Tomá, reventado, cantá ahora, desgañitate, zapallo antediluviano. Se sentó sobre el almohadón y trató de serenarse. Ese no era el estado óptimo para recibir la energía superior: se le estaba viniendo la verdulería encima. Iba a tratar de respirar un poco hasta calmarse. Suave... tenía que entrar el aire sin dilatar las aletas de la nariz, sin esfuerzo; mandarlo directo a la panza y largarlo por la boca con un silbido. La música le estaba devolviendo el equilibrio interno. Estaba un poco fuerte pero era

necesario para borrar el pasodoble de su cabeza... pasodoble... cabeza... mano; ¿mano? ¿por que "mano"?, ¿de dónde había extraído ese vocablo?, ¿por qué había aparecido como de contrabando en su cabeza...? ¡Ah! Ya sabía: el pasodoble seguía con "le puede dar un beso de hermano, o le puede dar un beso en la mano", pero ¡Ja! ¡Albinoni tapaba todo! Ya no lo podía oír, no-po-dí-a. Lo único que importaba ahora era la respiración, la res-pi-ra-ción, porque cuando entrara en su ser la energía superior por fin se iban a abrir los caminos del Gran Arte y ella daría el salto definitivo; entonces, decía la profesora, se iba a mover como una verdadera bailarina; pero para eso necesitaba concentración, abstracción de todas las cosas pedestres; tenía que respirar así...así..."Así... la besará cuando quiera..."¡No; así no! ¡Vade retro!

Si dejaba que se le instalara en la cabeza el pasodoble, como la última vez, estaba lista. Y ella sabía que se le estaba instalando, tenía que tararear el adaggio, poner el volumen más alto, a toda la potencia del equipo. ¡Tará, rará, rará; qué bárbaro era el barroco! Los oídos le estaban por estallar y se iba a quedar afónica. Y lo peor era que adentro, muy adentro, había una fuerza más potente que todos los decibeles de todos los equipos del mundo puestos en fila, que le dictaba: "pero un beso de amor, no se lo dan a cualquiera". Era inútil largar todo y salir a caminar por la calle, por ejemplo; los pasos terminarían acompasándose con esa música. Y si compraba un boleto para La Quiaca, el traqueteo del tren se convertiría en un pasodoble constante y ella iba a querer tirarse por la ventanilla. Era una enfermedad. Era irrefrenable, superior a todo. Arrivederchi el Gran Arte, el trabajo de meses. Todo a la basura. Ella estaba poseída por un demonio en el que sí había creído siempre: el que buscaba dominar el universo con la fuerza devastadora de la fealdad. Era inútil luchar. Había una sola forma de cortar el hechizo; ella lo sabía muy bien. Una forma repugnante, pero irresistible. Por más que doliera admitirlo, iba a gozar revolcándose en esa porquería, iba a gozar como una perra. Sólo así se liberaría, se purificaría. Así que, juntó fuerzas, desconectó el equipo, y empezó con toda la voz:

— "El beso ..., el beso en Españaaaa..."

# *CAMBIO PARA LAS ROSAS*

Cuando la sobrina o el nieto se ponían medio pesados, recibían siempre la misma respuesta: Ella no era ninguna paralítica. Le costaría un poco de trabajo, pero el secreto era tomarse todo el tiempo del mundo, fijarse bien dónde pisaba y seguir una rutina inalterable. No la iban a privar de lo que más le gustaba en la vida: vestirse y salir a la calle. De vez en cuando tenía lagunas; a veces le fallaba un poco la cabeza y no reconocía las calles, pero si seguía un plan paso por paso, tarde o temprano llegaba.

Esa mañana le tocaba ir la cementerio, pero se había levantado un poco mareada. Mientras estaba en el baño repasó mentalmente cada movimiento para darse confianza: una cuadra antes de la estación del subterráneo compraba las flores, porque en ese puesto estaban más baratas que en la Chacarita. Tenía que acordarse de no pisar una tapa de Obras Sanitarias pasando el puesto, porque estaba siempre medio salida. Las escaleras de la estación eran bastante resbaladizas, se tenía que tomar su tiempo. No se podía pasar porque Federico Lacroze era la última estación. Desde la entrada principal eran cuatro calles hacia la

izquierda, pabellón 17, galería tercera, nicho 1948 (lo tenía anotado, por si acaso). La galería era subterránea, así que allí la esperaba una nueva escalera, aún más peligrosa. De todos modos había tenido mucha suerte cuando habían cambiado los restos del marido, después de transcurridos los diez años. Estaban en un nicho bien al alcance de la mano. Debía ser horrible tener el nicho en las filas más altas y verse forzado a pedir las escaleras o molestar a los cuidadores, que después, naturalmente, esperaban propinas mayores. Cuando entraba en la galería a veces se confundía un poco: producían vértigo todos esos miles de cajoncitos alineados, desde el suelo hasta el techo, con nombres y fechas, le parecía que no iba a encontrar nunca el de su marido, pero después se acordaba que parada junto a la mesa de mármol que se usaba para prolijar las flores, el nicho estaba cuatro o cinco filas hacia la izquierda y era el cuarto contando desde el piso. Cementerios eran los de antes; esos pasillos cuadriculados no la inspiraban para concentrarse en la memoria de su esposo. Igualmente retiraba las flores de la semana anterior, aflojaba un poco la cinta de las nuevas para que sufrieran menos, las disponía de una manera armónica y las colgaba del anillo de bronce. Después se persignaba, rezaba unas oraciones en silencio y se iba.

Ese día se había despertado medio mareada. "Qué macana, pensó, hoy me tocaba ir al cementerio." Mientas tomaba mate y escuchaba las noticias por radio se sintió mejor, pero todavía tenía palpitaciones y el pulso muy inseguro. Tuvo un poco de miedo de salir a la calle; de pronto estaba bañada en sudor. Le habían dicho que los viejos transpiran menos; qué esperanza, ella era una canilla. Pero le resultaba idiota quedarse todo el día encerrada en su casa; después de todo, ella disfrutaba cada minuto de las pocas excursiones que se permitía. Mientras regaba las plantas que tenía en el lavadero, se le ocurrió que podía cambiar la rutina y hacer de cuentas que era viernes. Los viernes iba por lo general al banco, aunque la jubilación la cobraba una sola vez al mes. Es que tenía guardados unos pocos dólares que habría sido inseguro tener en la casa. Ya habían asaltado casi todas las casas del barrio y la gente no tenía más que la plata que necesitaba de un día para el otro. El viaje al banco también se lo tenía muy estudiado. En el puesto de flores tenía que doblar hacia la derecha y caminar dos cuadras. Los cofres estaban en el subsuelo. En un escritorio donde había un empleado, tenía que llenar un pequeño formulario con el número

de la caja de seguridad (823/4), que no necesitaba memorizar porque estaba grabado en la misma llave que tenía asegurada en su único llavero. Cuando terminaba de contar el fajo, volvía a llamar al empleado, cerraban el cofre, guardaba la llave y se iba. El muchacho a veces le tomaba el pelo: "¿Y abuela ..., tuvieron cría?", le decía; ella se reía. Era un buen chico. Los otros días de la semana salía muy poco a la calle, solamente a comprar lo indispensable y casi todo en la misma manzana en la que vivía. Las medialunas que hacían en la panadería de Doblas eran mucho más ricas, pero cruzar dos calles de bastante tránsito le parecía un esfuerzo desproporcionado y se conformaba con las que hacían los coreanos, aunque bien se notaba que los pobres en Corea ni las habrían oído nombrar, porque les salían propiamente chinas. Estuvo indecisa un rato. Se preparó un té con tostadas y mientras lo saboreaba decidió que iría igual. Cuando se vestía tuvo algunas lagunas y le costó trabajo elegir la ropa, pero por fin estuvo lista y preparó en el bolsillo del traje negro los dos cospeles y el dinero para las flores. Tuvo la precaución de desconectar el gas; antes de cerrar la puerta verificó que tenía las llaves (ya le había pasado de quedarse afuera) y le dio dos vueltas a la cerradura; puso el llavero en el bolsillo con cierre de la cartera, en ningún otro, porque entonces le costaba encontrarlo, se ponía muy nerviosa y empezaba otra vez a transpirar.

Cuando llegó al puesto, que estaba justo después del almacén macrobiótico, vio unas rosas irresistibles, de esas que hay solamente en primavera y las traen especialmente de Escobar. Recordó que, cuando se puso de novia, su marido le había traído once rosas rojas iguales a ésas y le había dicho que ella completaba la docena. En esa época la gente era mucho más romántica. Pero era bastante estúpido llevar rosas al cementerio porque no duraban nada (ella era una mujer muy práctica), aunque estaba bastante cansada de los gladiolos o las desdémonas. Estuvo largo rato parada sin saber qué hacer. Finalmente preguntó el precio, segura de que sería tan alto que la haría desistir. Pero no, todo lo contrario, estaba muy a su alcance. Se quedó perpleja. Deseaba las rosas pero no podía alterar la rutina de las desdémonas y gladiolos porque temía, casi supersticiosamente, que si algo se modificaba todo iba a fallar. Entonces se le ocurrió que podía comprar las rosas para su casa y las otras, como siempre, para el marido.

Caminaría una cuadra de vuelta para ponerlas en un jarrón y

luego reiniciaría su itinerario. Cuando terminó de pagarle al florista y comenzaba a caminar, pasaron dos chicos en patineta a gran velocidad y ella se apartó para evitarlos, pero con tan mala suerte que pisó la tapa de Obras Sanitarias que estaba medio salida y se fue al suelo. El florista corrió a ayudarla y otra gente se acercó para tenderle una mano. La sentaron en un banquito que era del diariero, la apantallaron y alguien fue a buscar un vaso de agua al bar de la esquina. Poco a poco fue recuperando la calma y hasta intercambiaron algunos chistes con el diariero mientras ella tomaba el agua a sorbitos muy breves. Había tenido suerte, no tenía nada roto, sólo un moretón en la pierna, que seguramente se le hincharía, y un poco de dolor en un hombro. Quisieron acompañarla hasta su casa, pero ella no aceptó; no era ninguna paralítica; además tenía que ir a llevar las rosas... y vino la laguna nuevamente. ¿Qué miércoles hacía con ese ramo, si ella nunca compraba rosas para su marido? Caminó sin titubear hacia la esquina como si fuese más importante aparentar coherencia que saber hacia dónde se dirigía en realidad. Cuando vio el semáforo creyó recuperar la compostura. Si, ahora ya sabía, eran dos cuadras hacia la derecha. Las escaleras las bajó lentamente pero sin dificultad a pesar del moretón, que cada vez dolía más. Las flores por suerte se habían salvado milagrosamente, pero igual ella las prolijaría un poco sobre la mesa. El empleado se quedó mirándola porque ella no le tendía la llave como siempre, ni tomaba el formulario para firmarlo. "Abuela, la llave", le dijo, cuando la vio desatar el ramo y acomodar las flores sobre el escritorio. Entonces ella se pegó con la mano en la frente, rió con ganas y sacó inmediatamente el llavero. Al empleado le extrañó también que, una vez abierta la puerta de rejas, ella se pusiera a caminar por su cuenta entre los pasillos angostos atiborrados de cajoncitos desde el suelo hasta el techo, cada uno con un número, y se quedó decididamente desconcertado cuando vio el ramo de rosas colgado de la manijita del cofre N° 823/4 y a la anciana cabizbaja, con las manos muy juntas, moviendo rápidamente los labios.

## *ESPECTACULOS VERGONZOSOS EN LA VIA PUBLICA*

— ¿Pero vos sabés que esa gordita no tiene ni dieciséis? — había dicho Lucía aquella vez.

Pablo la miró: estaba violeta de rabia, pero más linda que nunca. Medio quinto año la perseguía, pero ella estaba loca por el entrenador de rugby, un grandote medio retardado - según calificaba Pablo - que tenía unos ojos muy saltones. Se llamaba Ignacio, pero los varones se burlaban de él y le habían puesto "Gimnasio".

De repente Lucía entró en la fase de las lágrimas. Cuando lloraba le hacía acordar a Rufina. Todavía le dolía acordarse. La herida estaba intacta.

— Voy a agarrar los poemas que le escribí y los voy a quemar — dijo Lucía, con la voz quebrada por el llanto.

— Mejor juntá coraje y mostráselos — dijo Pablo —,vas a ver que la gordita no corre más.— De repente estaba interesado en precipitar una catástrofe.

Lucía lo miró como para asesinarlo.

— ¿Pero vos te creés que yo le voy a hacer el caldo gordo a ese hijo de puta que se coge cualquier cosa?

— Entonces vengate — dijo Pablo, sin intuir los alcances de lo que acababa de proponer, pero apuntando al caos, del que esperaba recoger algún fruto.

Lucía era la primera chica que le gustaba después de aquella historia secreta con Rufina. Curiosamente, era también la única persona que conocía esa historia, como si él hubiese intuido que ella lo podía entender.

— Ahí está — dijo Lucía —; eso es lo que *tenemos* que hacer, vengarnos — y se quedó pensativa. A él le dio miedo que conjugara en plural, pero igual se sintió halagado.

— Tengo una idea — dijo ella, después de un rato —, mandemos un anónimo.

Pablo la miró. Era como si Lucía le estuviera mostrando una pieza secreta en el fondo de su casa, o se hubiese sacado, de repente, la bombacha.

— Yo digo que contemos la verdad — propuso Lucía, tranquilamente — pero que la inflemos un poco. Hay que reventarlo a ese cretino, mandarlo en cana por corruptor de menores.

Pablo hizo sus cálculos: si le seguía la corriente se iba a descubrir todo y Gimnasio la iba a querer matar. Quizá no la perdonara nunca.

— Hablame de la gordita, decime todo lo que sepas — le dijo.

Entre otras cosas más bien vagas, Lucía le contó que la madre de la chica era una chupacirios.

— Ya está — dijo Pablo —, le mandamos una carta a la vieja, pero con membrete de la Acción Católica. Una carta apócrifa.

Lucía lo miró como si no entendiera el significado de la palabra, pero Pablo ya estaba revolviendo los cajones del escritorio para buscar la caja donde guardaba los elementos de las clases de grabado.

Ahí mismo se pusieron a trabajar. En un par de días lograron un papel carta y un sobre discretamente creíbles. El texto lo compuso Lucía, pero lo corrigieron juntos. Se concentraban en cada palabra y le daban mil vueltas, estudiando todas sus posibilidades: la resonancia que evocaba otros significados, las imágenes que generaba y su mensaje oculto. Después de varios borradores pasaron la carta a máquina: era una auténtica obra maestra. Frases como "almitas descarriadas", "corrup-

ción de menores", "falta de vigilancia paterna" y "espectáculos vergonzosos en la vía pública", combinadas y presentadas de determinada manera, transportaban una violencia enorme. "Poder de fuego", pensó Pablo cuando cerraba el sobre. Al día siguiente fue despachado por correo. El nunca había manejado palabras como si fueran cosas vivas, ni siquiera cuando había escrito cartas de amor. El objetivo de hacer daño había sido más inspirador que el de seducir. Pero no sentía culpa, no; sólo cierta diversión perversa. En cambio Lucía se había convencido de su papel moral de protectora de un ser inocente. "Cuando las mujeres se largan a la destrucción - pensó Pablo - inventan coartadas fantásticas."

Todo ocurrió muy rápido y fue mucho más grave de lo que habían calculado: a la chica la pusieron pupila en un colegio de monjas de clausura. Nunca más salió sola a la calle ni mucho menos pudo volver a rodar por el pasto con Gimnasio en la oscuridad de la plaza, como Lucía juraba haberlos visto. La santulona nunca dio señales de haber recibido la carta, pero aparentemente tampoco dudó de su autenticidad. Las palabras, certeras como dardos, habían dado en el centro de su terror a la mirada de los demás.

El éxito de la hazaña los conmocionó. Hablaron hasta el cansancio de la impecable ejecución del plan, detalle por detalle. Lucía insitía en la eficiencia del texto.

— Esto me moviliza mucho más que escribir poemas que nadie lee — dijo —; puedo palpitar que las palabras actúan sobre la gente y las cosas, actúan directamente, ¿me entendés?, es una sensación fuerte — hizo una larga pausa para aspirar el humo y largarlo —. Literatura ...— agregó después con un tono de desprecio —, puaj...

A Pablo lo traspasó una corriente helada. En realidad, él había buscado un efecto distinto, pero el juego le pareció prodigioso. Lo habían inventado juntos y eso los hermanaba. "Literatura ..., puaj", se repitió mentalmente, y se acordó de todas las cartas de amor que le había escrito a Rufina y que encontró tiradas en la pieza de servicio cuando ella se fue. Los efectos de este tipo de escritura eran inmediatos, contundentes. Supo que no se iban a detener ahí.

— Somos la "Secta de las Palabras Poderosas" — le dijo Lucía, y lo besó en la frente. Pablo volvió a sentir ese beso cada vez que cerraba los ojos. Nadie lo había besado desde el día en que Rufina se fue. Creyó sentir algo más que atracción y se asustó. Hacía rato que Lucía le gustaba

pero con la otra había tenido algo muy intenso. Pensaba que algún día la iba a encontrar, que no podía ser que se hubiese ido así, sin explicación. "Se fue, dijo que no quería trabajar más acá, no dejó dirección." Recordó la cara de la madre y su propia desolación aquel día cuando volvió de la escuela. Rufina y él habían pasado la noche juntos.

De repente todo le dolía menos. Ese vínculo singular que se había creado entre él y Lucía al compartir un acto inconfesable tenía que seguir creciendo. Entonces Pablo comenzó a planear venganzas cada vez más refinadas en contra de personas que, a lo sumo, habían sido descorteses o desconsideradas con ellos. Creía que había llegado su hora de vengarse del mundo entero y, de paso, conseguir la admiración de Lucía.

Pero ella pronto perdió interés en esas actividades. Cuando Gimnasio, que estaba muy cambiado, según ella, y ya ni se acordaba de la pobre gordita, comenzó a mirarla con interés, la furia se le evaporó mágicamente. Ya no iba todos los días a estudiar a lo de Pablo como antes. En la calle más bien trataba de esquivarlo.

Cuando Pablo le contó que estaba armando otra carta apócrifa para mandarle a la profesora de matemáticas, ella se negó a participar. Le dijo que esas eran "chiquilinadas".

— De ahora en adelante — le dijo — voy a hacer solamente las cosas que me dicte el amor.

Pablo sintió auténticas ganas de vomitar. Esa era la frase más cursi que había oído en su vida, era de una sensiblería repugnante, no podía creer que Lucía dijese eso seriamente, era inadmisible. Fue la última vez que se vieron a solas.

Al poco tiempo todo el mundo sabía que Lucía e Ignacio, como ella lo llamaba ahora, salían juntos. Cuando se lo contaron, a Pablo no se le movió un músculo de la cara. Sentía un odio nuevo, casi orgásmico, proyectado sobre todo el universo, y también sobre sí mismo. Había sido un perfecto imbécil. Había creído tener algo único, excepcional, con Lucía, mucho más allá de los lugares comunes y las palabras bonitas y nunca se lo había dicho por no hacer esa "literatura" de la que ella se burlaba. Porque era la hermandad en el mal lo que debía unirlos. El la había creído demoníaca y eso es lo que lo atraía, pero aparecía el deportista canchero, un enano mental al que se le veían claramente los límites como si la aureola de mediocridad la tuviera dibujada alrededor

del cuerpo, y ella se ponía a chochear. Ella, que era una diosa (sobre todo con el vestido de lentejuelas que se había puesto en la fiesta de graduación) bailaba toda la noche, con ese orangután, como si estuviera hechizada.

El ni se acercó a ellos en la fiesta. No se acercó a nadie. Había ido porque no se convencía de que Lucía pudiera ser feliz con alguien a quien había tratado de destruir. Nunca llegaría a entender qué cosas pasaban por la cabeza de ella. ¿No pensaría contarle nunca que era la autora de la carta apócrifa que lo acusaba de corruptor?

Por suerte él había guardado el último borrador que Lucía había escrito de su puño y letra. Iba a hacer una cosa muy sencilla: lo iba a fotocopiar y se lo iba a mandar a Ignacio. Nuevamente sería cuestión de sentarse a esperar los resultados. Esperar que las palabras actuaran. Se imaginó la escena: Ignacio agitando el borrador con la caligrafía de Lucía, gritando, insultándola. Lucía llorando, tratando de justificarse.

Pasó un tiempo y no hubo noticias de que se hubieran peleado. Pablo decidió que algo había pasado con el correo. Envió una nueva fotocopia, esta vez certificada, y se puso a esperar el derrumbe.

Esperó en vano. Pasaron días, semanas y a Lucía e Ignacio se los veía juntos en todos lados.

Un día que llegó a su casa muy abrumado, encontró un sobre dirigido a su nombre. Lo abrió con ansiedad y leyó :

"Querido Pablo :

La verdad, recién ahora aprendí a escribir bien, por eso no te mandé esta carta antes. Yo apenas sabía nomás leer despacito, y poner mi nombre y los números, nada más, pero ni loca te iba a contar eso porque me daba una vergüenza bárbara. Tengo tanta cosa para decirte; primero quiero que sepas que yo no me fui; tu mamá me echó. Yo no sé cómo hizo pero se dio cuenta de que habías dormido en mi pieza y entonces me amenazó. Dijo que me tenía que ir antes de que volvieras del colegio. Me quiso dar plata, pero yo se la tiré en la cara, porque yo me fui para que no se te armara lío con ellos, no por la plata. La rabia que me dio fue que con el apuro me olvidé las cartas lindas que vos me habías escrito, porque ahora las podría leer mucho mejor. Yo qué sé, tenía mucha vergüenza y miedo que te hicieran daño. Pero ahora pensé

que tenías que saber que yo no te traicioné, y que te quiero igual que siempre. Yo ahora estoy trabajando bien. Vivo medio por afuera, mejor por ahora no te digo en qué lugar. Estoy ahorrando porque me pienso alquilar una pieza que sea mía, toda mía,y nadie pueda venir a hinchar. Yo te voy a escribir rapidito y pronto nos vamos a ver.

Tuya siempre,

Rufina"

A Pablo le latía el corazón como un caballo desbocado. Le parecía escuchar la voz de ella, sus inflexiones, su forma desordenada pero elocuente de armar las frases. Le dio vueltas y vueltas al papel y al sobre, pero no había ni remitente ni se podía leer el sello del correo que estaba borroneado. No había más remedio que sentarse a esperar que Rufina le escribiera "rapidito", como ella había dicho. Cuando se acordó de esta palabra pensó que se mareaba. Todo el pasado volvía. Era una palabra que ella usaba siempre. Ella no lo había traicionado. Ella lo quería. Tenía ganas de salir ya mismo a buscarla, salir corriendo como un loco, ¿pero adónde? Iba a ser una tortura cada minuto de espera sin poder decirle cuánto había sufrido.

Pablo espiaba todos los días la llegada del cartero y volvía a leer la carta una y otra vez como un maniático. Ya se la sabía casi de memoria. Lo de "vergüenza bárbara" también le producía una especie de escalofrío: Rufina siempre decía eso.

Pasó más de un mes. Pablo no podía concentrarse en nada. Sólo pensaba en Rufina, en lo mal que la había juzgado, en lo que ella habría sufrido. Era la primera vez que el sufrimiento de otra persona lo tocaba a fondo. Algo adentro se le había partido. Ya ni se acordaba de Gimnasio ni de Lucía. No tenía tiempo ni energías para la infamia.

Un día se decidió y publicó un aviso destacado en un diario de la mañana: "Rufina Domínguez: escribí. Mandame tu dirección. Tengo que verte. Urgente: Pablo".

Cuando Lucía leyó este aviso, lo recortó y lo puso en una carpeta en la que estaba el borrador de la Acción Católica y el borrador de la carta de Rufina. No pudo reprimir la tentación de releer esta última, ella la

consideraba su obra más lograda: había dado con el lenguaje exacto de la chica, a pesar de no conocerla, reconstruyéndolo con palabras sueltas que recordaba de los relatos de Pablo. El aviso era la prueba del éxito. Ignacio insistió para que escribiera una segunda carta citándolo en algún lugar bien sórdido, así podrían espiarlo y matarse de risa, pero Lucía cerró la carpeta y la tiró a la basura.

La verdadera diversión era que Pablo siguiera esperando la segunda carta toda la vida.

# *LA ESCALERA DE LOS LOCOS*

La casa nueva tenía que ser así y así y con todo de lo mejor. Hacía años que venían proyectándola, quizá por eso ni siquiera habían reformado la casa vieja.

— Menos mal que no la vendí — decía el padre, ahora que había llegado la crisis y él tenía cada vez menos trabajo en la construcción. Hasta aceptaba hacer simples arreglos que antes habría rechazado sin titubear.

La madre todavía tenía todo anotado: los metros de tela que necesitaba para las cortinas, la marca de las canillas, el precio del metro cuadrado de pinotea, los herrajes. Lo único que no necesitaba tener anotado era las medidas y materiales para la escalera. Eso ella se lo sabía de memoria, detalle por detalle. Había tardes en que lo repasaba en voz alta.

A Andrés, el hermano mayor, lo que más le importaba era el escritorio enorme y lleno de luz, donde por fin iba a poder trabajar a sus anchas, poner todos sus libros y la colección de discos de pasta de Los Estudiantes Holandeses, que ahora se apiñaba en su piecita de dos por

tres. Sin embargo, cuando se imaginaba la casa nueva lo primero que veía era esa escalera imponente que había diseñado el padre. El la veía bajar a Zully Moreno, lentamente, peldaño por peldaño, con un traje principesco, como en las películas que pasaban por televisión en las siestas de su infancia.

Carmencita era la menor y casi no había llegado a vivir la época de opulencia, cuando el padre era todo un empresario de la construcción. Era la que menos hablaba de la casa nueva, aunque una vez había hecho un dibujo magnífico de la escalera, que el padre había enmarcado y colgaba de la pared del comedor. Ella era de salir y conocer mucha gente, así que no entendía cómo su hermano podía pasarse la vida encerrado en su piecita, escribiendo. En una época hasta traía amigas a la casa, con la esperanza de que Andrés se enamorara. En estos casos la conversación podía progresar aproximadamente así:

Amiga de Carmencita : — ¿De qué trata la novela que estás escribiendo?

Andrés: — De luchar contra la nada.

Amiga de Carmencita: — Ah... ¿Y tiene muchos personajes?

Andrés: — Todos los personajes murieron antes de que comenzara la narración.

Amiga de Carmencita: — Decíme, ¿vos me estás tomando el pelo?

Andrés: — No, estoy tomando distancia de la nada.

A la larga la hermana había desistido.

*A mí no me miren. Yo no sé si esto es una novela o un plan para encontrarle un final digno a todas las historias sueltas. Lo único seguro son las vibraciones que veo en las cosas y en la gente, que van acumulando tensión y de pronto estallan. Son como embriones de historias que alguien tendría que contar (¿o vivir?). Es tan angustiante y tan hermoso, mamá, ver todas esas historias que te recorren la piel. ¿Cuáles atraerás finalmente? ¿qué remate les darás? Si pudiera explicarte que ahí se juega todo...*

Pero el día en que Carmencita lo trajo a Beto para que lo conocieran, Andrés no tuvo más remedio que salir de su cuarto y sentarse obedientemente en el comedor. El padre se encargó de sostener

la conversación mientras la hija y la mujer terminaban de preparar la mayonesa de ave.

—Ocho obras juntas llegué a tener —repetía, y llevaba la cuenta con los dedos—, más de quince albañiles... Ah, ¡qué épocas!, pensar que ahora hago puras changas...

Cuando terminaron el postre, Carmencita insistió en que el padre mostrara el proyecto de casa nueva. El no se hizo rogar mucho, apartó copas y botellas y desplegó el plano enorme sobre la mesa.

—Desde acá— dijo la madre— va a tirar el ramo la nena cuando se case — y señaló en el plano una escalera señorial, casi fastuosa.

Beto carraspeó. "Qué hermosa escalera" — dijo. El no podía saber lo que esas palabras eran capaces de desencadenar; cuando iban por la tercera vuelta de café, el padre seguía hablando de la escalera.

— Sabe cómo me lo elogiaron el proyecto ... — agitaba una mano casi amenazadora — es que esta escalera tiene movimiento, tiene expresión. Si yo hubiera...

De repente se quedó callado con los ojos clavados en el plano que hacía rato estaba manoseando. La madre observaba fijamente un pliegue del mantel y lo acariciaba con el pulgar y el índice. Carmencita trataba de embocar el dedo meñique en los agujeros de una carpetita de macramé. Esta tarea absorbente era seguida por su hermano con concentración científica. El silencio era como un ladrillo. Beto lo pulverizó.

—Todavía puede pasar cualquier cosa con Racing, ¿no? — dijo, dirigiéndose a Andrés —. Faltan como cinco fechas.

El día en que la madre se enteró de que Beto era casado tuvo un ataque de asma. Fue inútil insistir en que se estaba por separar. Hubo que ponerla en carpa de oxígeno. Al poco tiempo le falló el corazón y murió hablando de la casa nueva, del ramo de Carmencita, de la novela que iba a hacer famoso a Andrés, de los quince albañiles que supo tener el padre y que eran como una gran familia.

Al día siguiente del entierro el cuadro de la escalera ya no estaba en el comedor.

Andrés sufrió un golpe muy duro con la muerte de su madre. Para soportarlo se concentró en su "plan de novela".

*Nada está vivo, salvo las historias que nos vamos armando.*

*Mamá quedó atrapada en un argumento malogrado, de resolución imposible. Una de esas antihistorias que terminan en el limbo opaco de la indiferencia. Para liberarse tendría que haber sido capaz de inventar otra trama y meterse adentro. Cuando no podemos inventarnos historias nuevas nos morimos.*

Cuando por fin Beto se apareció con las valijas, ya había entendido que Andrés, si lo dejaban tranquilo y no le andaban buscando conversación, era un tipo que no molestaba a nadie, salvo por el martillo incesante de la Olivetti que retumbaba en la piecita. El calculaba que Andrés a la larga se tenía que casar y se iba a ir.

— Decíme — le decía a Carmencita —, el salame de tu hermano, ¿nunca sale, nunca liga una mina?

— Está escribiendo una novela — decía ella —. El va a ser famoso y va a viajar por todo el mundo.

— Pero, oíme un poco, ¿vos alguna vez leíste algo de esa novela?

— Yo no entiendo nada, pero debe ser muy profunda.

Beto, por toda respuesta, sacaba aire a presión con los labios plegados hacia adentro. Esto producía un sonido extremadamente desagradable.

El padre no había opuesto demasiada resistencia a que Beto y Carmencita vivieran juntos. Ultimamente todo le daba igual. Hasta había decidido jubilarse y ahora hablaba del proyecto de la famosa casa nueva como de algo que podía quedar en los papeles.

— Lo que más lástima me da es la escalera — decía.

Un día, Andrés andaba buscando un lugar para guardar una parva de hojas escritas que no le servían para la novela y desbordaban su escritorio. No sabía qué hacer con ellas. Entonces reparó en el cajón. Buscó la llave por toda la casa y la encontró en el costurero de Carmencita. Cuando lo abrió se sobresaltó; le pareció que estaba viendo algo vivo, que al mismo tiempo había estado muerto durante mucho tiempo. Era un ramo de azahares envueltos en tul blanco, guardado junto al cuadro de la escalera. En ese momento Andrés sintió que algo enorme se desprendía de ese cajón, algo que era a la vez una historia y una cosa muy concreta que él tenía que hacer.

Entonces reunió a la familia. Al viejo (ahora lo llamaban así, Beto había logrado imponerlo) no fue difícil convencerlo. Hacía mucho tiempo

que nadie le proponía nada. Construir una pieza arriba lo iba a tener ocupado un tiempo y no presentaba muchas dificultades, máxime si Andrés compraba los materiales. Puso como condición que Beto les diera una mano. Beto aceptó encantado: arriba la máquina se iba a escuchar menos. De paso, opinó que convenía empezar por la escalera, que debía ser externa para no tener que romper. Fue ahí que a Carmencita se le ocurrió que se podía usar el proyecto de escalera de la casa nueva y salió corriendo a buscar el dibujo enmarcado. Beto casi enloquece, estuvo una hora gritando cifras hasta que se quedó afónico. Repetía y repetía que había que tener un criterio. Supo que estaba derrotado cuando Carmencita se puso a llorar.

—A mamá le hubiese encantado— dijo ella, y se sonó la nariz.

Cuando apareció la hormigonera, todo el barrio salió a la calle; era un bicho enorme y hacía un ruido infernal. Estuvo escupiendo mezcla sin parar hasta rellenar una estructura que con los días iba creciendo reforzada hasta el delirio, con molduras y arabescos, como si fuera la escalera de un palacio.

Aun así - desnuda y sin terminar - tenía esa cualidad conmovedora e irreal de los sueños. El viejo estaba muy excitado, de pronto se sentía muy importante dirigiendo todas las operaciones. Como en tiempos pasados, protestaba por el precio de la cal y del cemento y decía que los ladrillos que le mandaban eran una porquería. Hasta Andrés andaba con el fratacho de un lado para el otro y ya casi no tenía tiempo para escribir. Pero el que más trabajaba era Beto, aunque no dejaba de quejarse en ningún momento.

—Tu viejo está sonado— decía, espátula en mano— se gastó toda la guita, ¿ahora con qué vamos a hacer la pieza?

Pero Andrés ya se había olvidado de la pieza.

Cuando alcanzaron el techo de la casa ya quedaban muy pocos materiales, pero la escalera era tan extraordinaria que Beto no se quejó más. Después de todo había hecho casi toda la albañilería y estaba orgulloso. Mirándola, él sentía que estaba tocando algo sagrado.

De pronto se habían quedado todos contemplando el último peldaño nivelarse con el techo, como si se hubiesen quedado vacíos. Parecía que la escalera llevaba un impulso propio que pedia aire, que tiraba para arriba, y ellos no supieran cómo despegar los pies de la tierra.

—¿Y si la seguimos?— dijo entonces Andrés, y se le iluminó la cara.

El viejo primero frunció los ojos como si el sol lo estuviera encandilando. Después se puso a reír de una forma muy rara, con la cabeza tirada para atrás y la boca muy abierta. Era una risa de felicidad. Beto se contagió y ya no pudo parar, como si estuviera en trance.

— Pero claro — decía, casi ahogándose — cómo no la vamos a seguir si es una obra maestra. ¡Avanti, mientras ardan las velas; cuando termino la escalera me caso!

*Sólo algunas de las historias que veo flotando tienen un fin posible, la mayoría se abre en nuevas historias que se abren en nuevas historias y mueren por indiferenciación. Son persistentes durante un tiempo, se adhieren a la piel como sanguijuelas, pero en algún momento inesperado se volatilizan como si alguien en algún sitio hubiera tomado una decisión errónea. Estuve aferrado a frases que creí tenían que ver con la totalidad de la creación, que parecían abrir agujeros desde los que se vislumbraba el infinito. Es posible que nunca encuentre un final, porque lo que realmente me da miedo es no tener más historias.*

Además de los vecinos, empezaron a llegar antiguos colegas del viejo a admirar la escalera que ascendía hacia la nada. Pronto vinieron también personas desconocidas desde otros barrios, que habían oído hablar de la obra. Carmencita los atendía a todos como si fueran visitas y se la pasaba friendo pastelitos. Un peluquero de Colegiales preguntó para qué servía.

— Por empezar, va a servir para que yo tire mi ramo de novia — dijo Carmencita.

El peluquero se quedó mirándola mientras chupaba el mate amargo que le había cebado el viejo.

— ¿Y después? — preguntó

— Y ..., después podemos tirar otras cosas — dijo Beto, y avanzó hacia él con las manos en la cintura —. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

La sobra de materiales dio exactamente para siete peldaños que quedaron como colgados del aire. Era una escalera descomunal que no conducía a ningún sitio, un espectro suntuosamente trunco. Cuando el viejo le estaba dando los últimos toques, Andrés sintió las conocidas hormigas en el estómago. Era algo íntimo, calentito, como acariciar una

mano debajo de la almohada. Pero no se encerró en su cuarto como antes, sacó la máquina y la puso sobre la mesa del patio. Podía ser una estafa, una de esas historias que lo enamoraban y después se desvanecían. Igual sacó una hoja:

> *En un terreno de La Paternal se construyó una escalera por la que no se subía a ninguna parte. Era muy lujosa y terminaba en el aire. Los albañiles no supieron explicar la finalidad de la obra. Una noche de luna llena apareció un grupo de gente y la rodeó. Dicen que primero subió una novia y tiró su ramo. La gente aplaudió y tomó fotografías. Después subió un anciano y tiró unos planos de una casa que nunca se iba a construir. Después subió un hombre y tiró muchas hojas de papel. Dijo que eran historias que no se podían terminar. Todos aplaudían. La gente del barrio pidió permiso para tirar cada uno lo suyo mientras alguien hacía circular un rosado bien fresquito. Cuando ya no quedó nada para tirar, empezó el baile, que se prolongó hasta la madrugada.*



*Silvia Silberstein (*)*

(*) Silvia Silberstein nació en Buenos Aires el 22 de enero de 1955. En 1990, obtuvo la mención honorífica del Premio Municipal a la producción literaria 1988/89, en la categoría de obras inéditas, por su libro de cuentos *La calle quedaba tan cerca.* Publicó relatos en distintas revistas argentinas y en el suplemento cultural del diario mexicano *Uno más Uno.* El cuento *Dibujando mapas* obtuvo el primer premio del certamen organizado por la Alianza Francesa de Banfield, en setiembre de 1988.

# *LOS TIGRES SON HERMOSOS*

En la cuadra de Ramón Falcón, una de las mejorcitas porque nunca se inundaba, las casas tenían los frentes bien cuidados y hasta los árboles pintados de blanco para que no subieran las hormigas. La casa de la esquina, no. La casa de la esquina no estaba pintada, era redonda y grande, vieja, tenía rejas y una puerta gruesa de madera que siempre estaba cerrada. Ahí guardaba yo mi trineo en invierno, y el resto del año la pared del fondo me servía para mantener alejados a los tigres.

Por la ventana rota, miraba la estatua, los cuadros, los pisos sucios y unos corredores oscuros que seguramente llevaban a otras piezas y al patio de atrás, que daba a mi jardín.

Otra vez la tengo en frente, tan lisa, tan alta, tan guardiana. No voy a poder; vamos. Tomo envión y salto con todas mis fuerzas; quedo colgada con los pies en el aire, los brazos no me dan, no puedo subir la cabeza. Por el árbol tampoco puedo, la rama más baja está por lo menos a dos metros. ¿Se podrá caminar para arriba? Me voy hasta el otro lado del jardín y corro. Empezar por el pasto, llegar hasta la pared y seguir para arriba con el envión, ¿se podrá? La pared tiene vidrios en el borde y lastima las manos, mejor que algún otro se fije y avise. Le ordeno al

aborigen que vino conmigo en la canoa que se trepe al árbol y los vigile mientras yo trabajo. El es alto y tiene mucha fuerza, en un segundo sube por el tronco y con la mano en la frente para taparse el sol me avisa que están durmiendo y que no hay peligro. Yo tengo que juntar alelíes para hacer perfume con alcohol y agarrar mariposas para quitarles el polvo de las alas. Después abro la manguera y me baño con el agua helada. Trago toda la que puedo porque hace un calor tremendo y les doy a los aborígenes un poco porque ellos me defienden de las otras tribus y porque soy la reina. Me regalan collares hechos con semillas, maracas, plumas de pavo real, y ya casi no se nota que soy blanca porque me visto igual que ellos aunque no uso aro en la nariz ni me agrando las orejas con discos de madera.

Los tigres son hermosos como los gatos y tienen la piel brillante, yo los vi por la ventana, son tigres majestuosos y feroces. Quisiera uno chiquito para ir acostumbrándolo a que me haga caso y me cuide, quiero uno para mí, un gato grande con ojos amarillos.

El vigía me grita que se despertaron. Tengo que vestirme de hechicera y fijarme cuánto polvo de mariposa me queda y pararme abajo del árbol, tocar el tronco y decir las palabras mágicas. También puedo calmarlos con la música, traigo la maraca y la hago sonar contra el tronco.

— ¡Adentro que es tarde — me llaman —, es la cuarta vez que te lo digo!

El sol se está yendo y el cielo ya se puso medio gris; me guardo las flores, me saco mi ropa de bruja y entro en la cocina.

De noche, la casa tiene ruidos. Desde la cama escucho canillas que gotean, la persiana golpeando contra mi ventana, pasos, voces, bocinas, hasta que todo queda en silencio. Pero yo no me duermo, espero ese momento para escuchar mejor porque en la casa de al lado también hay ruidos. En invierno, los perros mueven el trineo para acomodarse y eso es lo que suena. En verano, los tigres se levantan del suelo y caminan por las piezas vacías.

Yo pienso o fabrico una carpa con la frazada y meto el velador adentro, así puedo leer sin que la luz se vea desde el otro dormitorio.

Y saco más cosas de los libros, cierro los ojos y me las imagino o miro los dibujos mucho tiempo, hasta que me los aprendo de memoria. En la casa de al lado fui guardando espejos milagrosos, hadas blancas, al príncipe Valiente y a Merlín, para llamarlos cuando hacía

falta, para que me hicieran compañía cuando no podía dormir y para que me ayudaran a convencer a los viejos de que salieran el sábado y me dejaran con la abuela.

El día que se los llevaron, yo volvía del colegio y lo primero que vi fue el camión rojo que ocupaba media calle y a los hombres bajando las sogas del acoplado. La puerta de madera estaba abierta. Una viejita petiza y flaca, con un par de anteojos colgados sobre el pecho, salió de la casa sosteniendo un jarrón de vidrio azul que yo nunca había visto y se lo dio a uno de los hombres. Los vecinos se amontonaron en la vereda de enfrente, pero yo apoyé los útiles en el pilarcito de la entrada y me quedé sentada ahí, en primera fila.

Con las sogas, los hombres fueron atando las cómodas y las camas; trajeron las lámparas de pie, las mesitas, la estatua y el espejo que sacaba chispas por el sol. Vigilante, la viejita caminaba al lado de los tipos que cargaban al hada blanca entre dos, *despacio, más despacio, con cuidado*. Los hombres la tenían acostada y antes de dar cada paso miraban al camión y a la vieja; la subieron, la pararon, la ataron contra una de las camas y le apoyaron el cartel de Se Alquila sobre las piernas. Después llegaron más jarrones y angelitos de porcelana, colchas floreadas y cortinas verdes, almohadones, los cuadros y, justo al final, cuando estaban por cerrar la parte de atrás con las cadenas, trajeron a los tigres.

Los cargaban enrollados, con la cabeza colgando para abajo. Los acomodaron sobre la estatua y las camas. De un lado tenían rayas como los tigres, pero del revés eran negros. Me miraban con ojos tristes, ofendidos, incómodos, como pidiendo ayuda.

Los hombres siguieron amontonando cosas hasta que el acoplado estuvo repleto. Se habían sacado los pulóveres y aunque hacía frío tenían la cara roja y manchas redondas en las axilas. Antes de irse, la vieja entró a revisar y mandó poner un cartel nuevo sobre la ventana rota. Después se calzó los anteojos y se subió a un coche negro que yo, con la emoción, ni había visto. Los changadores se quedaron un rato fumando al lado del camión y mientras ellos hacían tiempo yo aproveché para acercarme.

Apenas los veía desde tan abajo, agitando las patas que no les habían atado. Si hubiera sabido que eran tan mansitos, entraba y me los robaba. De noche, por la ventana, con una linterna, me los robaba. Me miraban, pobrecitos, con sus ojos amarillos y la boca abierta pintada de

rosa, apoyados sobre el cuello de la estatua. Y yo que la había creído un hada capaz de cuidarlos, siempre tiesa al lado de ellos, allá en la casa.

Ahora que la veía más de cerca, me daba cuenta de que no tenía ni siquiera cara: un óvalo liso sin ojos. No servía.

Cuando arrancaron, yo y los otros pibes corrimos atrás. Iban muy despacio porque en seguida había que doblar y el cruce con la ruta era peligroso. Uno de los tipos tiró el cigarrillo a la calle y nos gritó que nos corriéramos. Subí a la vereda y desde la esquina los vi dar la vuelta moviendo las cabezas para arriba y para abajo, desesperados por zafarse de las sogas, mis gatos hermosos, prisioneros de la vieja en ese camión de cocoliche. Los seguí hasta que no pude más y el camión salió disparando; primero largaba un humo negro y espeso, después ni el humo alcancé a ver.

Entonces decidí que tenía que hacerlo yo. Y esa noche, cuando pararon los ruidos, salí a hacerle la guerra a la vieja maléfica. Fue un combate difícil, ella tratando de envolverme en su manto negro y sus alas poderosas, yo enfrentándola solamente con conjuros y una varita sin estrella. Pero gané. Le rompí los anteojos, desaté a los tigres y volví galopando con ellos por el cielo a la casa de al lado. Ahí les curé las heridas, los dejé en su lugar, extendidos sobre el suelo debajo de la ventana, les canté para calmarlos y después, bastante cansada pero más tranquila, crucé la pared hasta mi cama y me dormí.

# *DIBUJANDO MAPAS*

7 de Agosto

El piloto rubio, en un inglés muy canadiense, me preguntó.

— You don't get seasick, do you ?

Había esperado la avioneta del correo más de cuatro horas, al sol, sentada en el piso de baldosas del aeropuerto de juguete, el estómago vacío y una sed bestial. Estaba harta y no tenía ganas de hablar. Contesté que no, que no me mareaba.

El hombre se tomó su tiempo; en la avioneta apenas cabíamos los dos, la bolsa con las cartas y una silla de madera pintada. Mientras carreteábamos gritó algo sobre el viento y me preguntó de dónde venía. Yo buscaba desesperadamente algún objeto sólido que me ayudara a mantener el equilibrio y no abrí la boca. El no insistió.

Cuando finalmente despegamos, el sacudón terminó con la modorra, con el cansancio de la trasnochada y de los cinco días de viaje desde Ciudad del Cabo, que habían desfilado como si le estuvieran pasando a otro. Ahí — en el aire —, me di cuenta de lo que acababa de hacer.

Porque había que estar completamente loca para subirse a eso y pretender cruzar medio Lesotho en una hora.

Miré para abajo una sola vez y pensé que si me moría ahí, si el triciclo se caía y yo terminaba destrozada contra las montañas a cuadritos, no iba a ser por accidente, me lo había buscado. El resto del tiempo fue apretar las piernas contra el pecho para agarrarme las tripas cada vez que el avioncito planeaba sobre un valle y tratar de juntarlas después, cuando el triciclo se inclinaba y ascendía y me dejaba las tripas abajo, a la altura del valle, y me partía en dos.

Mientras tanto, volvían algunas imágenes que no había alcanzado a guardar en ninguna parte y que subían y bajaban conmigo en esa cabalgata insoportable.

Llegó la cara, rechoncha, rosada, de la granjera de Bloomfontein, que me acercaba docenas de huevos fritos y tajadas de tocino salado, y que sin mover un músculo ni cambiar la sonrisa boba me explicaba que los extranjeros, después de disfrutar de la hospitalidad del país, salían a contar mentiras.

Llegó el tren fantasma donde parecía que no viajaba nadie más, hasta que, en la frontera, puede ver cuánta gente había hecho el viaje amontonada en el único vagón para negros y cuántos pares de ojos me veían bajar fresquita del coche con asientos de cuero y baño. El sentido común hizo que me parara en la cola detrás de todos ellos, pero en la hora interminable que pasé esperando que me sellaran el pasaporte, de este lado, nadie me dirigió la palabra.

Y Maseru: una calle asfaltada, un Holiday Inn, un casino y un cine. Pornografía y ruleta (dos cosas prohibidas en la república de los boers), y a los costados iglesias, iglesias y barro.

No me sirvió de mucho putear en castellano ni indignarme mirando a las mujeres vestidas con una mezcla patética de frazada tradicional y medias de nylon, ni enojarme con Steve porque en ninguna de sus descripciones había figurado nada parecido a esa deformidad. Lo único que quería era cerrar los ojos y disparar.

Después de vagar desorientada entre chiquitos descalzos que me acosaban en afrikaans y adultos que me ignoraban, conseguí averiguar que el viaje a Mahotlon por tierra llevaba dos días, pero que el autobús no salía los domingos (en ese momento me pareció natural, pero ahora empiezo a preguntarme qué tienen que ver acá los domingos).

Y como la avioneta del correo tampoco salía hasta el día siguiente y la única persona que se ofreció a ayudarme resultó ser una holandesa más rubia que yo, terminé pasando la noche en una isla, una especie de kibutz de lujo poblado de profesores y especialistas de la ONU. Un *campus* para elegidos donde los negros también pueden jugar al tenis, a solamente veinte kilómetros del desorden y la miseria de Maseru. Y así llegué al aeropuerto de juguete después de una velada serena, baño caliente y charla hasta la madrugada con mis cultísimos anfitriones, bolsa de dormir limpia sobre el piso de madera encerada, calefacción y ese nombre que no puede ser: Ciudad Universitaria Roma.

Como era previsible, pista no había. Aterrizamos sobre una calle de tierra, cerca de unas chozas cónicas que a pesar del viento no desaparecían. Respiré hondo y salté de la avioneta como si hubiera sabido dónde ir. El canadiense pretendía a toda costa servirme de guía el resto del camino.

Cuando puse los pies en esa calle, antes de enterarme de que en realidad no había llegado, pensé que Steve se parecía demasiado a un héroe de película yanqui y que todo ese viaje para llegar a su escuela perdida en las montañas no servía para nada.

Ninguna foto te haría justicia y por eso jamás se me hubiera ocurrido cargar con una cámara en la mochila. Posiblemente las palabras se queden cortas, todas, o terminen por pincharte con un alfiler como una mariposa de colección, y guardarte inmóvil, aburrido, insignificante.

Además, yo no me acuerdo muy bien cómo empezó, qué te envidié, qué te creí, cómo llegué a prometerte que vendría si te salía bien, por qué.

La primera vez te hice un té con sal y lo escupiste sin ningún pudor en el piso de mosaicos de mi pieza. Los presentes festejaron y yo me avergoncé tanto que quién sabe ahí mismo empecé a prometerte. Muy inglés, a pesar tuyo, querías el té de la tarde y contabas una historia escalofriante de tu deserción del ejército sudafricano cuando ya te estaban mandando a Angola.

Te escuchaba la Torre de Babel en pleno: los argentinos que entendíamos inglés, algunos compatriotas tuyos que se habían hecho amigos por curiosidad y porque después de todo veníamos del Sur y extrañábamos las mismas estrellas, los yanquis que siempre escuchan

todo, los brasileños, los colombianos, el marroquí. No venías a estudiar, no estabas registrado en ninguna parte, buscabas a alguien que apareció varios días después, contabas tu historia y precisabas un lugar donde quedarte.

Todas las noches salías de la residencia con cara de ángel, saludabas al guardia, dabas la vuelta y trepabas hasta la ventana del baño que correspondía a mi piso. Todas las madrugadas nos pescaban sentados en la cama comiendo pan tostado con tomate (un manjar que yo no conocía) y dibujando mapas.

Sí, fue eso, escuchar tus planes delirantes, abrir los ojos al mundo para siempre y desear con toda el alma que no te derrotaran.

Me enteré cuando ya estaba llegando al límite de mi paciencia y de mis fuerzas: la escuela no quedaba exactamente en Mahotlon sino un poco más allá, en el mismísimo culo del mundo.

El headmaster sí estaba en Mahotlon, borracho; puso una cara terrible cuando le informé que buscaba a Steve y no movió un dedo para ayudarme a encontrarlo. Me salvó otro rubio, alto, aséptico, que abrió los ojos como platos cuando supo que era argentina: "Tan lejos", dijo. "Tan estúpido", pensé yo; desde cuándo América del Norte queda más cerca de Mahotlon.

El canadiense se sintió mucho más tranquilo en esas circunstancias y Kim, que así se llamaba mi nuevo guía, propuso caminar hasta la escuela porque los domingos tampoco funciona el transporte en las montañas (cómo dudarlo).

Traté de tomármelo con soda, estaba cerca, un esfuercito más qué le hacía al tigre. Lo que no sabía era que el camino era cuesta arriba, que la mochila resultaría pesadísima contra el viento y que el viento me iba a marear, secar, torturar sin tregua. Para colmo, Kim me vendía primitivismo. Admiraba el paisaje desolado y miserable y se sentía más o menos como Jesucristo. Cuando apareció el camión, acababa de decirme que era voluntario del Cuerpo de Paz y a mí ya me empezaba a correr frío por la espalda.

El chofer no tenía inconveniente en alcanzarme hasta la escuela. Subí al acoplado. Las dos mujeres llevaban la cabeza cubierta y una sacó un pañuelo de su bolso y me lo ofreció; el viento fue más soportable sin los latigazos del pelo sobre la cara. El otro pasajero tomaba cerveza de

una lata y hablaba con Kim en una lengua musical. Yo intenté relajarme un poco y pensar, ahora que estaba cerca, cómo resultaría el encuentro con Steve después de dos años. No se me ocurrió que mi telegrama había viajado conmigo en la avioneta y que él, en ese momento, ignoraba completamente que muy pronto yo iba a estar golpeando la puerta azul de su casa.

Kim se bajó en su aldea y desapareció. Antes de irse, me alertó sobre los puentes. "No hay", me dijo, "no te asustes cuando crucen los ríos." La primera vez le hice caso. La segunda, a pesar de todos mis esfuerzos, salté del acoplado y grité que estaban locos, que era imposible atravesar lo que teníamos enfrente. Nadie me entendió. Los hombres meaban de espaldas al camión, tranquilos; las mujeres me miraban. Finalmente comprendí que nos habíamos desviado para entregar una bolsa de maíz a una pareja, que llegó quién sabe de dónde y se fue cargando la bolsa por un sendero que yo, en mi desesperación, no había visto.

La vuelta al camino principal la hicimos marcha atrás. Llevó una media hora y para mí, que a esa altura me había jurado que nunca más y había declarado mi ferviente pertenencia al mundo occidental, pasó como una película rebobinada, mala, que no quería volver a ver.

Llegué con la puesta de sol. El viento, a esa hora, amaina un poco y se puede respirar. Estabas a 4.000 metros de altura y me sentía en un túnel, tenía la cabeza llena de piedras.

8 de Agosto

No tuve paciencia para esperar que me abrieran la puerta. Steve estaba sentado en una punta de la mesa, mirando papeles. Dijo: "No". Dejé la mochila en el piso de tierra de lo que parecía una cocina y me reí. Gritó: "Te animaste", y empezó a recitar sin ningún orden todas las palabras en castellano que se acordaba. Me alzó y dimos varias vueltas mientras seguíamos con ese diálogo incoherente, sin escucharnos, hasta que pudimos besarnos y parar. Está más flaco, tiene el pelo seco, los labios partidos y la piel llena de líneas.

Saqué los cigarrillos y las latas de carne, también traje chocolate. Steve festejaba abriendo los brazos y haciendo reverencias. "Somos ricos", dijo,"hoy cocino yo."

En mi honor, se sacó la frazada con que se envuelve el cuerpo como todo el mundo en la montaña y se puso un pulóver demasiado corto. Quise prender un farol pero él tenía pensado cenar con velas.

El festín fue completo. Saboreé esa carne como si yo también hubiera pasado un año a maíz y papas. El viento sonaba lejos, movía la llama de las velas pero no me castigaba. Por fin, Steve apiló los platos sucios, acercó los chocolates y empezó a hablar.

Parte de lo que contó me había llegado por carta: los meses rastreando partidas de nacimiento en el pueblo de su abuela materna, en Irlanda; los trámites para que le reconocieran su derecho a la nacionalidad y a un pasaporte decente -como lo llamó él-; la fiesta cuando pudo deshacerse del documento sudafricano que le vedaba la entrada a la mayoría de los países, sobre todo a los que más le interesaban.

Por esa época, un llamado telefónico que me despertó a las tres de la mañana en mi casa de Jerusalén -un Steve demasiado lúcido y excitado- había traído dos noticias: la de su pasaporte y la del pasaje reservado a mi nombre. Hubo también -en lo que fue nuestra única comunicación directa en todo este tiempo- una discusión acerca de mis posibilidades reales de viajar, que no eran muchas, y una propuesta de casamiento blanco para hacerme irlandesa a mí también, que no pude tomar en serio y que, por otra parte, hubiera significado -para él- posponer el viaje dos años.

El resto yo no lo sabía o no había alcanzado a hilvanarlo leyendo los mensajes estrambóticos, llenos de dibujos y subrayados, que fui recibiendo a partir de entonces.

Comprendí por qué había pasado casi un año más en Inglaterra antes de largarse a cruzar el continente de Norte a Sur sin tomar aviones, tal como lo había planeado.

Poco o nada había figurado en las cartas sobre sus actividades en Londres y yo había imaginado toda clase de cosas complicadas. La verdad era más simple: Steve usó ese tiempo para estudiar swahili, consciente de que le sería imprescindible para moverse por Africa como él quería.

En las noches de tostadas con tomate y charla hasta la madrugada, yo había admirado esa voluntad suya de romper el aislamiento al que lo condenaba su condición de blanco (liberal desde su casa de barrio para ciudadanos de primera, activista de izquierda en la universidad segregada). Y había pensado también que con voluntad solamente no alcanzaba.

Ahora, frente a este Steve despojado de los tics de nene bien de los que nos habíamos reído juntos, frente a esta cara llena de líneas, embellecida, me preguntaba qué respuestas tendría él para darme.

Pero no tuve tiempo porque Steve ya había saltado a Lamu, un lugar desde donde yo solía recibir aerogramas con el dibujo de una fruta ovalada pintada de amarillo y unas pocas frases: "Esto es un mango y es delicioso. Te quiero". O: "Sigo comiendo mangos y perdiendo el tiempo pero no puedo irme de la isla".

En lo que fue el último relato de la noche -quedaba poco de las velas y el frío nos había obligado a envolvernos en frazadas a los dos-, Steve pintó casi un paraíso, un mercado lleno de colores y una mujer vestida de negro hasta los pies, con el pelo escondido y un velo sobre la cara, que le hablaba con los ojos.

Según la ley musulmana, acercarse o dirigirle la palabra podía pagarse con la vida. No lo hizo pero fue dejando pasar los barcos que atracaban en el único puerto cada quince días.

"Vivía en la playa, a pescado y mango, en un sopor bastante parecido a la insania, convenciéndome de que no había nada más que hacer en la vida que esperar el regalo de la puesta del sol sobre el mar, para mirar fijo el cielo rojo y sentir enfriarse la arena debajo de mi espalda. Así pasé el primer mes."

Además jugaba, daba vueltas por el mercado tratando de adivinar la boca y el cuerpo, la cintura, las piernas.

Pasó otro mes siguiendo a una chiquita que todas las tardes llegaba hasta la playa y lo llevaba al encuentro de esa mujer extraña que se sacaba los velos frente a él, en silencio, sonriendo apenas, despacio, y volvía a ponérselos a la madrugada para irse sin mirarlo.

Me explicó que el misterio lo volvía loco, que tenía necesidad de hablarle, de verla desnuda a la luz del día, explicarle quién era, saber por qué lo había elegido. Hasta que, finalmente, dijo, recuperó la razón y se fue.

"Subí al barco con rabia, había perdido dos meses pero no era eso lo que más me molestaba. La mujer hermética y mi absoluta incapacidad para entenderla resumían lo que me había estado pasando todo el tiempo: Africa era esa mujer velada, y yo me estrellaba contra su coraza oscura como una mosca tonta, y blanca."

No pregunté más. Elegí seguirlo, enteramente a su modo, armar la historia en el tiempo justo, callarme y tocar el sol -esa noche-, que

anaranjado y violento había caído sobre la mesa, entre platos sucios y velas consumidas, trayendo el olor de otros mundos y de una piel querida, reconocible y dulce, que empezaba a recuperar.

11 de Agosto

Lesotho es ocre y marrón. No se parece a nada, no puedo compararlo.

Salgo y estoy en una planicie enorme y pelada, como si la montaña se hubiera partido en dos. Camino y veo chozas de barro cónicas y techos de paja casi dorados; más cumbres chatas; laderas preparadas en terraza para sembrar; vacas que apenas se mueven dentro de un cuadrado de paredes bajas, hecho de barro y piedra.

Las estaciones aquí arriba son tres: lluvia, viento y nieve. En época de lluvias, cuando los ríos suben demasiado, las Naciones Unidas tiran latas de maíz y de leche desde helicópteros.

Las mujeres traen el agua en tinajas, sobre la cabeza, caminan y charlan con ese tremendo peso, sin derramar una gota. Los hombres bajan a trabajar a las minas sudafricanas y vuelven a las montañas una vez al año.

Steve da clases a la mañana. Se va temprano, descalzo, envuelto en su frazada con dibujos, la cabeza adentro de un gorro de lana que ya no tiene color, y camina hasta el edificio rectangular de la escuela, que está a pocos metros de la casa.

Y aunque el puesto de maestro estuvo pensado solamente como una manera de ganarse la vida y una excusa para instalarse en la zona, lo veo entusiasmado.

Se lo digo y acepta. Recuerda que cuando llegó pensaba que enseñar inglés era poco menos que monstruoso.

"Una estupidez", dice, "como si no hubiera existido Soweto".

Está sentado en la puerta de la casa con las piernas dobladas y los brazos sobre las rodillas. Levanta la cabeza, ¿lo sigo?.

Y hay un afiche -una mujer corriendo con su hijo herido en brazos- , que encontró un lugar entre las reliquias pegadas con chinches en la puerta del placard. Quedó en mi pieza, mezclado con una postal del obelisco -horrible pero la única-, un boleto de tren rescatado del

bolsillo de un abrigo y algunas, muy pocas fotos. Tenía una inscripción: Soweto. Y una fecha que no aprendí. La mujer corría entre caballos y policías blancos.

Steve no se lo llevó cuando se fue. Supo agregarlo sin aspavientos, como si hubiese adivinado que ese armario guardaba historia. Y me la contó.

Yo no podía entender por qué los estudiantes negros peleaban para que la enseñanza fuera en inglés y no en afrikaans.

"Era una puerta al mundo", dice él ahora y ya no me mira. "Acá es lo mismo. Lo único que hay escrito en sesotho es la Biblia".

Se pone el sol y el viento se tranquiliza. Me animo a acompañarlo hasta el almacén, que es una choza un poco más grande que las otras, donde venden todo lo que puede comprarse en este lugar. Es jueves y no llovió; el camión que trae provisiones desde Maseru acaba de llegar. Steve regatea el precio de los cigarrillos, una lata de arvejas, una bolsa de azúcar. Conversa en dialecto con algunas muchachas que no compran nada pero que estaban paradas cerca del camión cuando llegamos y siguen ahí cuando cargamos las cosas para irnos. Esperan al chofer.

En Mahotlon, los choferes son héroes; viajan y vuelven, conocen lo que hay más allá de las montañas y no son esclavos de las minas de diamantes.

El camino de vuelta lo hacemos casi de noche, cantando.

Es un juego. Empieza él y yo reconozco un tema de Dylan y lo acompaño. Suena a despertarse cuando vivíamos con luz eléctrica y pasacassettes y él desayunaba con huevos fritos y "Desire".

Sigo yo con una canción que ya la canté alguna vez y que él repite y tararea con buena voluntad y bastante acierto.

Llegamos gritando las últimas estrofas, que hablan de tristeza, manos verdes y luna, en español los dos, abrazados como borrachos, agotados por la caminata contra el viento que enloqueció otra vez.

Lo que yo tengo para decir no tiene nada del encanto de tus viajes mágicos.

Me cuesta arrancar después de oírte bajar por el Nilo, tripulante de un barco perdido en medio de una tormenta furiosa, extranjero entre señores con turbante blanco que desayunaban con hashish y rezaban doblados, la frente en el piso, la cabeza en dirección a la Meca.

Y vos, sonrisa y arruguitas al lado de los ojos, perdido y desesperado esa noche a la deriva, juraste que de ahí en más barcos tampoco, nunca. Y dormiste en cubierta todo un día, al sol, pasada la pesadilla y en buen puerto, en Kenia.

Te acepto otro cigarrillo y cuento detalles que posiblemente no te importen pero que son imprescindibles para que entiendas por qué pude venir ahora y por qué me voy. Enumero: trabajos, plata, papeles en regla y, a partir de eso, planes.

Con tu estilo viejo de lord educado -que en este entorno francamente no pega- preguntaste si en México hay muchos argentinos, si tengo alguna noticia de Buenos Aires, si pienso viajar sola.

Dije que sí. Las malas noticias prefería dejarlas para otro momento.

No dije que tu aventura me parece fascinante y muy respetable pero que no es la mía y no me convence, ni que extraño desesperadamente mi idioma y preciso un lugar donde mi país figure en los diarios de vez en cuando.

No hizo falta porque vos, una vez que todas las cartas estuvieron sobre la mesa, muy quieto y sin comentarios, me recomendaste buscar un camión a la frontera que salga el 20 o antes, porque no se puede confiar si realmente quiero usar mi boleto de avión el 22.

Y mucho más tarde, después de Kenia y de tu frustrado intento por conseguir un visado de un día para ver a tu familia -que los sudafricanos te negaron-, me agradeciste que hubiera venido, dijiste que te hubiese encantado tener una compañera de viaje que pronunciara todas las haches como jotas, en inglés, y que estaba muy claro que tu lugar queda de este lado y el mío en otra parte.

Te miro dormido, te acaricio en secreto y pienso que no debe haber muchos hombres como vos. A mí también me hubiera gustado llevarte conmigo. Tenerte cerca -subirme a tu idioma, tu mundo, reírme, escaparme- cada vez que la realidad me duela demasiado, en un continente opresivo al que vuelvo sin remedio, donde despegarse un milímetro del suelo se paga tan caro.

12 de Agosto

Lesotho es un reino cercado y estas montañas, a medio camino entre las dos fronteras que lo separan de Sudáfrica, albergan policías, predicadores, aventureros, refugiados políticos -blancos y negros-, guerrilleros prófugos -restos de un ejército diezmado por la última incursión sudafricana-, mujeres, viejos, alumnos adolescentes y una infinidad de chicos.

La iglesia católica evangelizó a la mitad de las alumnas y las veo caminar por la montaña con polleras angostas y corpiño.

Los predicadores son especialmente extravagantes. Ayer, camino al río, descubrí una casa cuadrada, de ladrillos, rodeada de alambres de púa, con persianas y ventanas de vidrio. Distinta a todas, extraña al paisaje.

Me entero que es del pastor Bahai, un señor casi albino que recorre la zona a caballo, vestido con una campera de nylon azul eléctrico y tocando la guitarra. Los chicos, dice Steve, lo siguen porque jamás, antes, vieron una guitarra.

Vino de visita, curioso, enterado de mi presencia que, a esta altura, es un gran acontecimiento para todos. Cuando le dije de dónde era -le extrañó mi acento-, sacudió la cabeza y dijo, simplemente, que eso no podía ser. Según él, los latinoamericanos somos marrones (*brown*,dijo) y yo, con mi pelo claro y mi piel apenas curtida por el sol, no encajo. Dijo más, dijo que, si no le mentía, yo debía tener ascendencia europea de todas formas, padres, abuelos.

Me hablaba en un tono difícil de definir, mezcla de desprecio y lástima, y abría la boca con exageración cada vez que se dirigía a mí, intentando, seguramente, que su inglés me resultara más comprensible. Se había sentado en el piso, con las piernas cruzadas al estilo yoga y, en los intervalos de silencio que seguían a sus frases, armaba un cigarrillo.

Sus conocimientos sobre Sudamérica se limitaban a las hojas de coca y, como no estaba muy seguro si Bolivia me quedaba cerca o lejos, preguntó si era muy riesgoso mandarlas por correo.

Lo primero no se lo discutí porque vi a Steve impaciente por sacárselo de encima. Con respecto a la coca, le aclaré que Bolivia me quedaba más bien lejos, sobre todo estos últimos años.

A la noche me senté afuera, al viento, sola. La puerta de la casa

estaba abierta y la luz de los faroles apenas me dejaban ver el suelo y la sombra de la casucha de madera que nos sirve de baño. Por primera vez desde que vine, extrañé la época en que el mundo eran las cuadras de vuelta del colegio: Africa estaba en los mapas, el racismo eran leyes y alguna que otra revuelta lejana.

Me sentí incómoda, perdida, ridícula, sentada en Africa, pensando en los cabecitas negras.

Steve me tuvo paciencia pero no entendió lo que traté de explicarle durante casi toda la cena. Para él las cosas estaban claras y me escuchaba como se escucha a alguien que delira, cuando yo le traducía que Buenos Aires siempre había querido ser París y que el pastor Bahai, con su soberbia y su desprecio, no había estado tan errado. A Steve le choca la palabra "europeo" porque es el eufemismo que usan en Sudáfrica para los autobuses y los baños segregados.

Terminé de asombrarlo cuando le dije que yo no me creía capaz de aprender quechua y recorrer un continente como él o como alguna vez lo había hecho el Che. En el momento en que le estaba diciendo que, a pesar de todo, seguía pensando que su viaje de Egipto a Lesotho le servía solamente a él y que no me entusiasmaba como método, pidió por favor que nos fuéramos a dormir.

13 de Agosto

Estábamos adentro, cada uno en lo suyo, muy tranquilos, hasta que empezó el ruido. Al principio no le presté atención, a la hora no aguanté más y salí a ver. Las chicas habían tumbado una de las tinajas que se usan para almacenar agua y la golpeaban con palos. Sin parar, las polleras absurdas arrugadas sobre los muslos y bailando. Steve, que desde ayer anda medio huraño, me aclaró, serio, que estaban cumpliendo con el rito antes de comernos, ¿no había visto en las películas? No tuve fuerzas ni para enojarme.

El ruido siguió durante horas, el mismo ruido, el mismo ritmo y cada vez con más ganas, monótono, ensordecedor; yo quería gritar.

Pararon al anochecer y hace un rato que me tranquilicé. De todas formas el día fue eso: ruido y ganas de gritar.

Steve insiste en acompañarme hasta la frontera; no cree que le

renueven el contrato y está planeando venir a verme a México dentro de tres años.

15 de Agosto

Gran revuelo en la escuela. Steve vino a buscarme a media mañana y, parada frente a toda la clase, tiza en mano, tuve que dibujar un mapa de Argentina, explicar qué era, qué moneda usábamos, si había ríos, nieve, montañas, vacas. Preguntaron si existía el apartheid, dije que no. Si la gente era toda del mismo color, dije que no. Si había negros, y como entrar en detalle hubiera sido demasiado complicado y yo me sentía bastante cohibida, en exposición, tipo bicho raro delante de ese grupo de gente joven envuelta en frazadas y con el pelo trenzado en mil cintas finitas, dije, lisa y llanamente, que sí. Steve, parado a un costado, socarrón, con los ojos brillantes, disfrutaba la escena.

Después me contó que, al principio, él también había tenido que rendir examen. Que el libro de texto para inglés, según el programa, es *El viejo y el mar*, y que le había costado bastante que le creyeran que el mar es exactamente como él dice y que los barcos no están solamente en su cabeza de blanquito sabihondo.

A la tarde me llevaron a pescar a la naciente del río, que queda como a una hora de caminata. Se paran en ronda con el agua hasta las rodillas, agarran los peces con la mano y los tiran contra las piedras. Steve llama truchas a estos peces.

Algo cambió porque todos se acercan y me hablan; espían mis reacciones y se ríen. Las chicas, por lo general, son más tímidas, pero hoy vinieron dos a decirme que mañana, si yo quiero, me van a enseñar a trenzarme el pelo como ellas.

A la vuelta me llamaron la atención unas banderas blancas sobre los techos de algunas casas. Steve me contó que pasa una vez al año, cuando la marihuana y la bebida están listas. Dice que el año pasado aparecieron en diferentes lugares y no sabe cómo eligen las casas.

Me queda poco tiempo y ya estoy sintiendo que no alcancé ni a arañar la cáscara de este lugar, su historia y sus misterios.

17 de Agosto

Cuando las banderas fueron muchas y la hechicera pasó con su bolsa de hierba sobre la espalda, hubo fiesta.

Mi primer impulso fue ayudarla; es vieja y la bolsa la hacía caminar doblada en dos. Steve me frenó. Ella planta y recoge en un lugar que nadie más conoce y no se toca la hierba antes de que ella la distribuya.

Las chicas me trenzaron el pelo y no me reconozco. Siento el viento sobre el cráneo casi desnudo, me traspasa como a un colador.

Hubo fiesta, que es un rito clandestino como todos los otros (la circuncisión, los casamientos múltiples) y que se mantiene a pesar de la iglesia y, en cierta forma, el gobierno.

Fuimos centro de una ceremonia a la cual no pudimos encontrarle explicación.

Había marihuana, porque se notaba y se olía, pero nadie fumó delante nuestro o convidó. La bebida sí, eso tomamos.

Es blanca, dulzona, tiene un gusto parecido al del ananá. Sirvieron dos vasos -uno para mí y otra para Steve, que estaba realmente encantado con la invitación y que tampoco la había probado- y los vaciamos, por respeto, por entender que era un honor que nos hacían y, por lo menos en mi caso, por curiosidad.

Pasé mucho tiempo en una nebulosa bastante placentera -que para ser sincera todavía me dura- y apenas recuerdo algunas caras decoradas y la de Steve, exaltada y sonriente, mientras bailaba a los saltos -en círculos- con una alumna bellísima.

No sé si lo soñé pero creo haber oído música (¿parecida al jazz?) y haber visto una vitrola.

Después caminamos. El viento me tumbaba, los pies no sentían la tierra.

Adivinamos el camino (dos horas largas o eso parecieron), subimos, bajamos, paramos en el río y sé que hablamos pero no podría decir en qué o de qué. Solamente que la voz de Steve me llegaba amplificada y querida, y que alrededor no había nada, no vi nada; que evitamos la casa del pastor con sus alambres de púa y sus ventanas prolijas y no pudimos dormirnos hasta mucho después.

Podría jurar que la cumbre donde está la casa amaneció cubierta

de nubes y que el sol -que por primera vez calienta las montañas desde que puse el pie en este lugar- salió recién al mediodía, cuando me desperté, destapada, vestida, y vi a Steve apoyado contra el marco de la puerta, con una taza de café en la mano, ojeras y la novedad de que había encontrado un camión que viajaba a la frontera.

19 de Agosto

No puedo saber si el sol cambió los colores o si los ojos se acostumbraron al paisaje. Los abro y los fuerzo a no pestañear, a no cerrarse, a registrar hasta el mínimo detalle: pasto amarillento que empieza a cubrir algunas piedras; gente que camina con sombreros de paja parecidos a los vietnamitas, se para a conversar, me saluda, pregunta cuándo vuelvo; Steve que me espía, me toca y termina de confiarme cómo, por fin, se convenció de que era necesario buscar a los militantes del Congreso Nacional Africano y lo que le está costando encontrarlos; tierra más oscura que va apareciendo en las laderas con los surcos donde pronto plantarán el maíz; otro clima en todas partes -el sol, el buen tiempo-; los chicos que me traen una frazada azul con guardas negras y dicen en inglés: "para el viaje".

Steve copia fragmentos de Fannon en letra imprenta, cuidadoso, y me pide ayuda.

Pasamos la tarde armando el nuevo libro de texto de la escuela -así dice-, recordando otras tardes en las que él se empeñaba en aprender español para leer lo que yo tenía en mi biblioteca, o insistía en que le leyera poemas en voz alta, para ver cómo sonaban aunque no los comprendiese.

Es imposible no perder los olores, el gusto del agua o de las papas. Me empecino aunque la pelea contra el tiempo y las cosas que van a ocupar este espacio sea desigual y esté perdida de antemano.

Sobre todo, la distancia de todo hasta tu casa, el viaje de la voz a las manos y a tu espalda, la luz de cada noche con relatos, el tacto de la mesa, el único pulóver del primer día - áspero -, tu imaginaria entrada a Johannesburgo, pasaporte en mano, banderas y trompetas.

Las cartas que no vas a escribir, y el miedo que le tengo a lo que viene.

20 de Agosto

Llueve. Steve bromea: "con un poco de suerte no podés salir de acá en tres meses", dice.

Parece que el camino a Sunny Pass es pésimo. De todas maneras, es más corto que volver por donde vine.

Salimos mañana. Los chicos vinieron a despedirse y me pidieron que cuando vuelva traiga fotos de Argentina. El headmaster, enterado al parecer de mi visita a la escuela, me saludó -sobrio- con un apretón de manos y un pequeño discurso formal. El pastor no se bajó de su caballo pero paró frente a la casa -partía con rumbo desconocido, campera y guitarra en mano- y me deseó buena suerte.

Steve bajó al almacén a comprar provisiones para un viaje que se anuncia agotador y que puede durar todo el día. Espero que no siga lloviendo.

21 de Agosto

Esperamos casi tres horas, tirados a un costado del camino. Lloviznaba.

Frente a nosotros, cruzando la calle de tierra, se veían unas casas y una tiendita. Fuimos hasta la tienda a pedir agua. Steve preguntó si nos podíamos quedar ahí, por el frío, para no mojarnos. El dueño dijo que sí, siempre y cuando no intentáramos matarlo. "Con los blancos nunca se sabe", dijo, y se rió.

Para ese entonces, habíamos hecho unos cinco kilómetros, un poco caminando y otro en una camioneta que traía cosas a la tienda. Apareció un camión y Steve reconoció en el chofer a la persona que le había asegurado nuestro traslado a la frontera. Esta vez dijo que no sabía, que el tiempo no acompañaba, que si llovía más fuerte corríamos el riesgo de no llegar nunca. Finalmente volvió a buscarnos.

Fue una suerte que oscureciera pronto porque lo que llegué a ver del camino bastó para aterrarme tanto o más que cuando crucé las montañas del otro lado, desde Maseru. El camión era un Mercedes 67 con un solo parabrisas y ninguna luz; el chofer, un tipo altísimo y parco que se sabía la ruta de memoria y al que no le preocupaban precipicios ni curvas.

En la cabina, entre sacudones que nos tiraban uno encima del otro, Steve pidió que terminara de contarle del Mundial y juró que la noche de la fiesta, cerca del río, yo le había hablado del asunto con detalle, hasta que de repente cambié de idioma, dijo, y lo dejé con la mitad de la historia.

Hice lo que pude. No tenía ninguna gana de pasar las últimas horas juntos nombrando a Videla ni recordándolo en las pantallas, victorioso, saludando a las tribunas.

Más tarde, quiso saber fechas y planear un encuentro en Ciudad de México, pero yo no creo en mis planes con la seguridad que él tenía hace dos años para los suyos, y no pude imaginarme ninguna cita en un lugar que, por ahora, no es más que un nombre vacío, sin calles, ni casas, ni esquinas.

Llegamos al puesto fronterizo de noche, abrazados y en silencio, dispuestos a cenar como Dios manda y a dormir en una cama con almohadas y sábanas limpias. En total, habíamos recorrido unos 60 kilómetros, pero eso llevó cinco horas.

El albergue tiene forma de cabaña y una fila de Landrowers durmiendo en la puerta. Los pasajeros descansan. Vienen especialmente a ver el valle y las gargantas que se abren exactamente debajo nuestro, a pocos pasos de la cabaña, y que Steve prometió mirar conmigo al amanecer, desde la terraza.

22 de Agosto

Vi Sunny Pass y su belleza parada en un balcón sin defensas, una explanada de mosaico donde cabíamos pegados, hombro con hombro contra la pared de piedra. La vista era imponente pero yo no quería dejar de mirar a Steve, que tosía al lado mío y me señalaba el verde, abajo, donde termina Lesotho y empieza Sudáfrica.

Lo hice reír llamándolo con todos los nombres que se me fueron ocurriendo. Lo llamé Jesucristo, Crusoe, Kerouac. El abría la boca y apoyaba la cabeza contra las piedras oscuras para reírse sin mirar hacia abajo y perder el equilibrio. "Se te olvidó Che", dijo. "Por ahí tenés razón pero no me importa; mirá el aire que corre acá arriba. Prefiero".

Entramos a desayunar empapados. Pagué el alojamiento y el café

(ese había sido el trato) y rogué que el chofer fuera puntual. Odio las despedidas, no me gusta que duren, que se gasten.

Steve me abrazó y me tuvo de la mano hasta que el camión arrancó. Corrió al bar y desde el ventanal miró cómo empezábamos a bajar.

Estaba parado sobre una silla, con su frazada y su gorro: levantó una mano; se quedó quieto.

El control sudafricano, abajo, era una copia de cemento de las chozas con las que había convivido esos días, rodeada de un parque y de árboles. El chofer me dio la mano y fue a pararse en la cola para negros.

Entré al baño del Holiday Inn y me miré en un espejo: tenía la piel agrietada y el pelo seco, la campera y los vaqueros llenos de tierra ocre. Desentonaba entre las mujeres impecablemente peinadas, en trajes de equitación. Crucé el campo de golf y tuve ganas de incendiarlo; quise a Steve Crusoe con toda mi alma. Salí a buscar un transporte rápido, al primer aeropuerto.

INDICE

## Alberto Laiseca



## Edgardo González Amer



## Gloria Pampillo



## Raúl Brasca



## Cristina Fernández Barragán

## Silvia Silberstein

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 1991 en los
Talleres Gráficos EL LIBRO S.R.L.
Santos Dumont 4457 (1427) Bs. As. Argentina